

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador



012050

Programa de Maestría
Estudios Latinoamericanos
Mención Comunicación

RETORICA PERIODISTICA PARA UN GOLPE DE ESTADO
Del derrocamiento de Jamil Mahuad al de Abdalá Bucaram

Gabriela Córdova

Quito, 2001

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención del grado de magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al centro de información o a la biblioteca de la universidad para que haga de esta tesis un documento disponible para su lectura según las normas de la universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial.

También cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar los derechos de publicación de esta tesis, o de partes de ella, manteniendo mis derechos de autor hasta por un período de 30 meses después de su aprobación.



Gabriela Córdova

Quito, marzo 2001

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Programa de Maestría
Estudios Latinoamericanos
Mención Comunicación

RETORICA PERIODISTICA PARA UN GOLPE DE ESTADO

Del derrocamiento de Jamil Mahuad al de Abdalá Bucaram

Gabriela Córdova

Tutor: César Montúfar

Quito, marzo 2001

Resumen

Los derrocamientos de Abdalá Bucaram (febrero 1997) y Jamil Mahuad (enero 2000) son los primeros acontecimientos políticos en Ecuador que trascienden como sucesos mediáticos. Sin embargo, los tiempos, productos y funciones desarrollados por los mass-media revelan diferencias en esos dos acontecimientos políticos.

¿A qué obedece la distinta manera en que los mass-media socializaron ambos acontecimientos? ¿Por qué una movilización popular fue aclamada en 1997 y otra semejante es estigmatizada en 2000? ¿Por qué los media reaccionaron con formas opuestas a los mandatos de Mahuad y Bucaram?

En búsqueda de respuestas, esta investigación se centra en cuatro tipos de retóricas periodísticas. La agenda mediática, analizada en el primer capítulo desde el discurso informativo, da cuenta de la (de)construcción de las imágenes presidenciales.

La dramatización de la noticia, estudiada en el segundo capítulo a partir del discurso simbólico, abre camino para observar los factores que generaron climas de opinión favorables a las movilizaciones que auspiciaron ambos derrocamientos, al tiempo que propendieron a limitar la presencia del pueblo y sus demandas.

Desde la retórica política-policia, el tercer capítulo ubica los efectos del ritmo informativo sustentado en la transmisión en vivo y en directo, que redujo movilizaciones y golpes de Estado a espectáculos mediáticos.

En el cuarto capítulo, los reportajes y recopilaciones realizados en los días posteriores a cada golpe, permiten describir los efectos del discurso académico y precisar cómo se entretejieron los recuerdos y amnesias requeridos por la dominación.

La investigación arriba a la conclusión de que los mass-media cumplen funciones que rebasan el campo de la información, incursionando en espacios que se suponían privativos del sistema de partidos políticos.

CONTENIDO

Introducción

| | |
|--|----|
| LOS TIEMPOS MEDIATICOS DE UN GOLPE DE ESTADO | 7 |
| En el campo periodístico | 9 |
| Sólo se visibiliza lo verosímil | 12 |
| Cuando la competencia homogeniza | 15 |
| De la connotación a las retóricas | 19 |
| La ineludible enunciación | 26 |

Capítulo I

| | |
|--|----|
| LA LEGITIMIDAD DE UN PRESIDENTE | |
| De cómo diferenciar a un presidente legítimo de un intruso en la Presidencia | 31 |
| El discurso del orden y sus escenarios | 36 |
| La paz: ¿abyecta traición o jubiloso consenso? | 40 |
| La política económica también precisa de buenas maneras | 44 |
| Una moral vaciada de política | 50 |
| Cuando el mandatario pierde representación | 54 |

Capítulo II

| | |
|---|----|
| CUANDO LAS PASIONES MOVILIZAN Y EL MIEDO ORDENA | |
| La felonía del ungido | 59 |
| Sólo se traiciona a los propios | 63 |
| Prensa movilizadora y movilizada | 68 |
| Cambiar un presidente, recrear el poder | 71 |
| De pueblo ordenado a populacho vandálico | 75 |
| La irrupción del marginal corporizó el miedo | 78 |
| Clima movilizador, pero con límite | 83 |

Capítulo III

LOS MEDIA PROPORCIONAN EL ESCENARIO Y LEGITIMAN EL GOLPE

| | |
|--|-----|
| De hecho político a suceso mediático | 87 |
| La espectacularización del movimiento popular | 91 |
| El espectador legitima el derrocamiento | 97 |
| La batalla de los ejércitos virtuales | 101 |
| Consensos mediáticos para la sucesión presidencial | 103 |
| Los fantasmas del establecimiento | 109 |

Capítulo IV

Y LOS VENCEDORES ESCRIBIERON LA HISTORIA

| | |
|--|-----|
| La información revelada reconstruye el acontecimiento | 116 |
| Lo que debe recordarse (u olvidarse) de un golpe de Estado | 120 |
| Sabor popular de una "caída" presidencial | 125 |
| De tu aliado sólo verás lo que te diferencia | 130 |
| Defensores de la Constitución ¿o guardianes de la institución? | 136 |

Conclusiones

DE MEDIADORES A PARTIDO DEL ORDEN

| | |
|---|-----|
| Tras victoriosas certezas... | 143 |
| El poder de los media | 145 |
| Los media del poder | 150 |
| Mas allá de la mediación institucionalizada | 154 |

| | |
|---------------------|-----|
| Bibliografía | 158 |
|---------------------|-----|

Introducción

LOS TIEMPOS MEDIATICOS DE UN GOLPE DE ESTADO

"¿Loco, César? —dije, soltando una carcajada nerviosa—
¿Me preguntas si yo creo que estás loco? ¡Pero si tú sientas las
normas de cordura para todo el mundo habitado!".

Robert Graves

Lejos de calificar la salud mental de Calígula, en la respuesta de Claudio prima el reconocimiento al César como fuente legítima de toda norma aplicada en el imperio. El ocaso de la modernidad no goza de un emperador deificado como referente único y unívoco; la fuente de la normatividad contemporánea ha sido opacada por el encandilamiento de su difusión mediática.

Vivimos una cotidianidad con ascendencia creciente de los mass-media.¹ En una sociedad de la comunicación, lo que prensa, radio y televisión informan determina la diferencia entre lo conocido y lo ignorado, pero también entre lo socialmente aceptado y lo impugnado.

Aunque siempre presente, la acción normativa de la palabra comunicada no es igualmente perceptible para el receptor. Sólo situaciones límite llegan a develar la puesta en escena gestada por el lente periodístico y, momentáneamente, tornan visible el origen de la normatividad establecida.

A esa categoría de hechos extraordinarios pertenece la movilización que catalizó el derrocamiento del gobierno encabezado por Jamil Mahuad. El viernes 21 de enero de

¹ El anglicismo mass-media abarca prensa, radio, televisión, cine. Media es una forma abreviada para referirse a los "medios de comunicación de masas". Ver Ramonet, Ignacio, *La tiranía de la comunicación*, Edición Debate, Madrid, 1998, p. 9

2000, Ecuador vivió un momento de ruptura histórica. Por primera vez en su trayectoria republicana, una rebelión popular, dirigida por una organización indígena y apoyada por oficiales de las Fuerzas Armadas, reclamó para sí la conducción del Estado ecuatoriano.

La utopía de un poder distinto duró apenas unas horas; el rápido desenlace reencauzó al país en la senda conocida. No obstante, la experiencia amedrentó a la élite gobernante. Y el temor a una posible reedición del movimiento popular, se evidenció claramente en la advertencia del recién posesionado presidente Gustavo Noboa: "No olviden el viernes negro".²

La frase no era nueva. También "Viernes negro" tituló el ex vicepresidente Blasco Peñaherrera al libro en el cual divulgó su memoria del 16 de enero de 1987, fecha en que el entonces presidente León Febres Cordero fue secuestrado por militares de la base aérea de Taura.

Aunque de eneros distantes, esos dos "viernes negros" han compartido epítetos como: comedia bufa, pesadilla monstruosa, jornada trágica, golpismo, atentado contra la democracia. En contraste, la movilización realizada el 5 febrero de 1997, que anunció el fin del gobierno de Abdalá Bucaram, tras sólo seis meses de gestión, fue descrita como revolución de las conciencias, amanecer de la dignidad, carnaval multicolor, campanada democrática...

¿A qué obedece la distinta manera en que los mass-media socializaron ambos acontecimientos? ¿Por qué una movilización popular fue aclamada en 1997 y otra semejante es estigmatizada en 2000? ¿Por qué los media reaccionaron con formas opuestas a los mandatos de Mahuad y Bucaram?

Con pupilas modificadas por la derrota de los insubordinados que exigían la salida de Jamil Mahuad y el triunfo de la estratagema política que llevó a la Presidencia a Gustavo Noboa, esta investigación intenta una mirada remozada sobre la producción periodística en Ecuador.

² Declaración de Gustavo Noboa, recogida por *El Telégrafo*, enero 26 2000

Pero, el movimiento del 21 de enero renovó también la comprensión de las funciones cumplidas por los media en el derrocamiento de Abdalá Bucaram. Abrió un ángulo distinto para su enfoque, relativizando la exaltación victoriosa de la movilización que antecedió al interinazgo de Fabián Alarcón y obligó a una relectura de la información difundida en aquel momento.

Enero de 2000 y febrero de 1997 gozaron de una elevadísima cobertura que transparentó la importancia adquirida por los mass-media ecuatorianos y convirtieron a esas experiencias en nuevas atalayas sociales. Y ellas hacen posible preguntarnos: ¿el discurso periodístico se circunscribió a socializar informaciones y opiniones durante los derrocamientos de Mahuad y Bucaram? ¿Las noticias publicadas por la prensa nacional fueron un reflejo de lo sucedido o constituyeron uno de los factores de los derrocamientos presidenciales? ¿Textos e imágenes, titulares y fotografías registraron los hechos políticos o se incorporaron como parte integrante de ellos? ¿De qué manera las elaboraciones retóricas estimularon las movilizaciones que concluyeron con los golpes de Estado de 2000 y 1997? ¿Por qué la producción de la prensa escrita hoy forma parte de la memoria que la sociedad ecuatoriana va construyendo alrededor de esos sucesos?

En el campo periodístico

Toda producción mediática es un lugar de mediación, de encuentro entre las lógicas, diferentes y complementarias, de la producción y el consumo informativo. De su relación emergen el suceso y la noticia como categorías propias del acontecimiento político.

En su versión tradicional, la teoría comunicativa ha interpretado la función de los media como nexo entre lo real social y el público receptor; el suceso se supone exterior y previo a una comunicación que lo refleja o distorsiona. El enunciado se asume como algo dado, el hecho está allí y el periodista se limita a transmitirlo. El mensaje sólo

cumple un papel descriptivo o referencial.

Así, la noticia excluye todo juicio de valor y el comunicador demuestra su imparcialidad borrándose del relato, razón por la cual, la verificación de los hechos se remite a la ética profesional. Una visión de representación-represión hace del poder un factor externo y manipulador de la comunicación, que se realiza en lo no-dicho, en aquello que pudiendo mostrarse, se oculta.

Deslindando posiciones con esa noción liberal, Briguet propone un modelo productivo, en el cual se inspira esta investigación. Resulta insuficiente convocar a la transparencia de lo real para justificar el discurso periodístico. El mensaje no es resultado de transponer un hecho al código de la imagen, "el registro ya no es la traslación de un espacio a otro, la conversión de un acontecimiento en mensaje; es —tanto como eso— la configuración de otro espacio, el indicio de un nuevo tipo de acontecimientos".³

El suceso publicado aún a lo real y lo mediático, el hecho sólo existe en la medida en que se elabora mediáticamente. Como afirma Abril, "el acontecimiento no es algo que ocurre objetivamente, sino algo que ocurre en tanto que es revelado e interpretado como tal acontecimiento por un sujeto"⁴ y, por sujeto, entendemos tanto al emisor como al receptor de la información.

El lente o el micrófono periodísticos gestan un nuevo cuerpo cultural cuya impronta marca al hecho registrado. El mensaje representa, significa y expresa; remite a un referente, al mismo tiempo que construye sentido y provoca emociones. Por ello, aunque en búsqueda de la novedad, la producción periodística tiende a ocultar la regularidad en lo excepcional, no deja de apuntar a procesos en los que pueden reconocerse las condiciones de gestación de los discursos sociales.

El análisis de la lógica periodística no puede restringirse a la visión de mass-media

³ Briguet, Daniel, "El poder de los medios: los medios del poder", *Anuario*, Volumen 1, Dpto. de Ciencias de la Comunicación Social, UNR, Rosario, 1998, p.4

⁴ Abril, Gonzalo, *Teoría general de la información: datos, relatos y ritos*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 247

manipulados y manipuladores. En la información comunicada quedan las huellas del poder, concebido como una relación que circula en el ser social y determina su naturaleza.⁵ No es una realidad externa, sino un factor integrante del producto mediático.

Por ello, las formas que asume la comunicación de masas exceden la voluntad de individuos que, usualmente, aplican sus leyes en forma espontánea. Existe un campo periodístico cuya estructura determina el hábitus⁶ que hace posible su reproducción y a él responden tanto los periodistas como el público.

En el hábitus se anclan las reglas de generación y de lectura, descritas por Verón como gramáticas de producción y de reconocimiento.⁷ Ni el periodista pretende engañar cuando habla o escribe ni el receptor imagina el mensaje que escucha o lee. Ambos integran un campo cuya lógica los marca aunque, por ocupar posiciones distintas a su interior, pueden darse múltiples lecturas de una misma información.

El discurso periodístico se inscribe en esas estructuras gramaticales. Lo presupuesto da soporte tanto a la exposición como a la lectura del acontecimiento. Aludir a aquello que no es necesario explicitar, por considerarse conocido y compartido por todos, convierte al mensaje en portador de nociones ideológicas en las cuales se identifican periodista y público, haciendo de la comunicación un factor social.

El campo periodístico es un constructo histórico que supone una emisión y una

⁵ También siguiendo a Brigue, retomamos el concepto desarrollado por Foucault: "El poder tiene que ser analizado como algo que circula, o más bien, como algo que no funciona sino en cadena. No está nunca localizado aquí o allí, no está nunca en las manos de algunos, no es un atributo como la riqueza o un bien. El poder funciona, se ejercita a través de una organización reticular". Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1979, p. 144

⁶ Según Bourdieu, el hábitus "es una capacidad infinita de engendrar en total libertad (controlada) productos —pensamientos, percepciones, expresiones, acciones— que tienen siempre como límites las condiciones de su producción, histórica y socialmente situadas, la libertad condicionada y condicional que asegura está tan alejada de una creación de imprevisible novedad como de una simple reproducción mecánica de los condicionamientos iniciales". Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, Taurus Humanidades, Madrid, 1991, p. 98

⁷ La gramática de producción "define un campo de efectos de sentido posibles", mientras la gramática de reconocimiento, "aplicada a un texto en un momento dado, sigue siendo insoluble a la sola luz de las reglas de producción: sólo puede resolverse en relación con la historia de los textos". Verón, Eliseo, *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*, Gedisa, Barcelona, 1993, p. 130

recepción siempre colectivas. La producción de un mensaje se basa en supuestos compartidos que responden al mundo de la vida,⁸ base de todo consenso, del sentido compartido sobre el cual se construye la identidad comunitaria. Por ello, los sucesos más fácilmente socializables, reconocibles y legibles son aquellos que se inscriben en el marco aporético de lo conocido y se realizan como socialmente verdaderos. Y, como afirma Habermas, damos por verdadero aquello que la sociedad considera válido.

La verdad está referida a una verosimilitud intersubjetivamente compartida y la validez de la comunicación surge del propio orden social.⁹ La construcción social de la verosimilitud confiere carácter de veracidad a un suceso, no tanto por su relación con el hecho, cuanto por su correspondencia con las reglas de verosimilitud que el campo exige.

Lo que no ingresa en el orden puede existir, pero carece de relevancia y, muchas veces, también de validez.

Sólo se visibiliza lo verosímil

La realidad comunicada es un espectro del movimiento social que actúa como espacio de integración, de reproducción de la aporeticidad del mundo de la vida. Es un mosaico expositivo cuya selección y orientación contribuye a configurar el soporte del pensamiento colectivo.

Pero, esa realidad no es un fruto arbitrario de quienes hacen periodismo. Ellos se inscriben en reglas de noticiabilidad y relevancia —sostiene Wolf—, determinadas por "relaciones que en contextos diferentes se establecen de manera articulada entre el sistema de los media y los otros componentes del sistema social".¹⁰

⁸ De Habermas retomamos el criterio de que el mundo de la vida descansa sobre una masa de presunciones de validez puramente fácticas, cuya legitimidad no se problematiza ni exige demostración.

Ver Habermas, Jürgen, *Teoría de la Acción Comunicativa: Complementos y Estudios Previos*, REI, México, 1993

⁹ Ver Habermas, Jürgen, *Ciencia y Técnica como «Ideología»*, Editorial Tecnos, Salamanca, 1994

¹⁰ Wolf, Mauro, *Los efectos sociales de los media*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1994, p. 163

Allí, lo verosímil del campo determina la validez de lo enfocado, aquello que será jerarquizado y organizado por la agenda mediática. Para su análisis, Alsina parte de la teoría de la construcción del "temario",¹¹ área de contacto entre los temas priorizados por los media y aquellos importantes para el receptor. Al ponerlos en relación, el temario influye en la forma como el destinatario organiza su propio conocimiento y comprensión del movimiento social.

En la misma perspectiva, la proposición del "marco" de Tuchman, establece que la noticia enmarca "tiras" de sucesos cotidianos.¹² Lejos de espejear la realidad, contribuye a construirla. Al describir un suceso, la noticia lo define y da forma. El hecho sólo adquiere significación en el contexto de otros hechos visibilizados, donde se reconoce su facticidad y se le atribuye un significado compartido.

La agenda mediática conjuga temas y actores. Pero, en una sociedad escindida en sectores dominados y dominantes surgirán, inevitablemente, protagonistas dominados y dominantes. El discurso periodístico complementa esa dicotomía con personajes principales y secundarios, activos y pasivos, individuales y colectivos. El conjunto da lugar a actores legítimos e ilegítimos, que son tratados como tales en el campo de la comunicación.

El discurso de un actor legítimo siempre se inscribe en un modelo temático que obedece a percepciones predeterminadas por el hábitus. Por ello, la palabra que emana de un protagonista dominante tiene pretensiones de validez y, al mismo tiempo, es protectora de la aproblematicidad del mundo de la vida.

Al contrario, cuando los media abren un espacio a protagonistas dominados, éstos suelen emitir un discurso ajeno a las formas requeridas, por lo que se vuelve de difícil audición. Educado en la decodificación del mensaje normado, el receptor colectivo soporta su competencia comunicativa en la repetición de la uniformidad. De allí que la palabra fruto de lógicas de comunicación distintas, pueda resultarle ilegible.

¹¹ Ver Alsina, Miguel Rodrigo, *La construcción de la noticia*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1989

¹² Ver Tuchman, G., *La producción de la noticia*, GG Mass Media, Barcelona, 1983

Los actores de las noticias dominantes acostumbran provenir de los sectores dominantes, los de mayor visibilidad. Sin embargo, es el protagonista y no el individuo quien se constituye en sujeto de la información. En el suceso comunicado, la persona se subordina al acto y su representación depende de la coherencia que logre con el rol social construido. Así surge el sujeto textual, el protagonista de la noticia cuya representación se realiza desde parcialidades, jamás desde el sujeto holísticamente concebido.

En forma semejante, la agenda mediática también está compuesta por temáticas parciales. Pero, los mass-media presentan esa franja visibilizada como un todo comunicativo, el todo que se difunde y se vende, porque tiene demanda.

La palabra socializada constituye la percepción social misma, lo que queda fuera de su lente parece no existir y así lo es, de hecho, para efectos de su reconocimiento. Al definir el acontecimiento, la comunicación se revela como uno de los orígenes de la realidad social. Esto es, de la realidad comunicada, pero ¿es que acaso existe otra?

La relevancia asignada al tema y la forma en que se lo enfoca da cuenta de la diferencia comunicativa entre lo dicho, lo no-dicho y lo indecible. Lo que nos es familiar, por su constante visibilización, es lo dicho, el enunciado que goza de la cobertura de una lectura socialmente consensuada.

Lo no-dicho queda fuera del espectro visible y responde a hechos u opiniones que, pudiendo ser ocultados o negados, se reproducen en la esfera del rumor. Lo no-dicho linda con el espacio en off, sistema informal de comunicaciones que complementa a lo dicho, dando cabida a contenidos polémicos que, por esa característica, se mantiene en el límite de lo visible. Lo no-dicho sólo adquiere trascendencia a partir del enunciado y puede llegar a connotarlo, en tanto responde a la misma lógica, es decir, al mismo mundo de la vida.

Al borde del discurso periodístico quedan aquellos procesos que, por el tipo de relación establecida entre protagonista y campo, no pueden ser mirados. Y, cuando acaso llegan a ser enunciados, se vuelven ininteligibles. Es el mundo de lo indecible de

una época, de lo impensable por falta de "disposiciones éticas o políticas que inclinan a tomarlo en consideración, pero también aquello que no puede ser pensado por falta de instrumentos de pensamiento como las problemáticas, los conceptos, los métodos, las técnicas".¹³ Lo indecible no cuestiona al mundo de la vida, pero es capaz de evidenciar su límite e, inclusive, anticipar su resquebrajamiento.

Cuando la competencia homogeniza

El objetivo de la presente investigación se restringe a la producción de la prensa escrita durante las caídas de Jamil Mahuad y Abdalá Bucaram. Pero, hace mucho tiempo que los periódicos dejaron de dirigirse exclusivamente al lector. Los mass-media se entrelazan, se repiten, compiten e imitan entre ellos. Constituyen un entorno donde la competencia se estructura a partir de una atmósfera mediática que envuelve al receptor. El lector de hoy es el televidente y el oyente de ayer.

Prensa, televisión y radio ofertan productos que consolidan percepciones y estados de ánimo únicos, al tiempo que legitiman recíprocamente sus mensajes. Ese mutuo respaldo explica la tendencia a la generación de pulls multimedia. Independientemente de las razones empresariales para su configuración, las redes mediáticas que incorporan televisión, prensa, radio y transmisión por Internet potencian la plausibilidad de cada medio. Ecuador no es ajeno a esa corriente que dinamiza la industria de la información en el mundo.

La dinámica periodística forja categorías para la percepción y apreciación de sus productos. El hábitus proporciona la lógica que homologa los procesos de producción y de consumo comunicativo. Atrapado en la mirada de lo enunciado, el receptor no se plantea su origen y las condiciones de su creación ingresan en la esfera de lo aproblemático.

También gracias al hábitus puede explicarse la función complementaria que

¹³ Bourdieu, Pierre, *El sentido práctico*, p. 20

satisfacen los distintos productos de la prensa. La noticia es una parte del cuerpo informativo que agrupa análisis y editoriales. La forma expositiva que separa narraciones de opiniones es una línea especialmente tenue y, en los periódicos ecuatorianos, se disuelve con tanta regularidad que la única diferencia clara se encuentra en la diagramación y diseño de secciones, no así en los textos publicados.

De allí, la coherencia que mantienen las notas informativas con las columnas de análisis y opinión institucional de cada periódico. En general, noticias y editoriales se inscriben en la temática impuesta por la agenda, a cuya determinación también obedecen los mecanismos de recopilación de informaciones y selección de fuentes citadas.

El universo de la prensa escrita es altamente diferenciado, conflictivo e, incluso, contradictorio. A su interior se libran pequeñas batallas diarias donde cada competidor encarna a un enemigo conocido, aunque siempre cambiante. Sin embargo, independientemente del medio para el cual trabajen, los periodistas son sometidos a las mismas imposiciones de mercado y pauta publicitaria.

Al igual que el raiting en televisión, el tiraje justifica el precio de la publicidad en un periódico. La lógica comercial se impone a la dinámica comunicacional, homogenizando la oferta informativa. Para satisfacer a anunciantes y también a lectores comunes, los resultados tienden a la semejanza, aunque su promoción relieves diferencias nimias.

El estímulo de la competencia impone diferencias entre los diarios nacionales: correr tras la primicia, obtener la exclusiva, acceder al dato oculto; una diagramación con más o menos color, títulos exultantes, fotografías absolutas; asignar mayores recursos a una sección o a otra, más reporteros y espacios de exposición. A ello se suman las condiciones específicas de distribución, a las cuales responden las horas de cierre, la impresión de una o dos ediciones diarias, su alcance nacional o local.

No obstante, y aunque fundamentos más decisivos de las especificidades de cada medio puedan obtenerse del estudio de los paquetes accionarios de cada empresa informativa, el conjunto homogeniza. Como afirma Bourdieu, "Una propiedad muy general de los campos consiste en que la competencia por el envite oculta en ellos la

colusión a propósito de los propios principios del juego. La lucha por el monopolio de la legitimidad contribuye a la reafirmación de la legitimidad en cuyo nombre se ha entablado".¹⁴ La competencia se inscribe en las reglas del campo, en él la prensa es una y así responde su espíritu de cuerpo.

Las reglas de la noticiabilidad impugnan el credo liberal de una competencia diversificadora. La rivalidad impulsa a buscar la primicia, pero una noticia solo es tal primicia cuando se inscribe en un macrotema jerarquizado por la agenda que los periódicos comparten. No hay exclusividad posible al margen de la temática preestablecida, de allí lo efímero de la exclusividad.

Los diarios comparten temas, pero también fuentes y formas de tratamiento de sucesos y personajes. Para mantenerse al tanto de las variaciones en la agenda, los periodistas son los más fieles lectores de prensa, los más asiduos oyentes de noticieros radiales y los más conspicuos televidentes. Para adelantarse a los demás, deben conocer lo que sus colegas difunden. La novedad, que en campos como el artístico puede evidenciar originalidad, en el periodístico desemboca en la uniformidad y la banalización.¹⁵

La especialización de los media funcionaliza sus semejanzas y diferencias, volviéndolas complementarias. La historia de la industria informativa demuestra que la pugna entre empresas de información no suprime el monopolio de lo informado. Al contrario, la segmentación del mercado contribuye a consolidarlo y, los pequeños matices que distinguen la elaboración, ratifican la existencia de un mensaje único.

Quien ingresa al campo periodístico debe participar de sus intereses colectivos, reconocerlos y reproducirlos. Aceptar los presupuestos que definen al campo, es una condición que no se discute. Cuando un emisor no se sujeta a esas normas es rápidamente desplazado, está condenado al fracaso.

Los mass-media constituyen un campo capaz de generar un dominio autónomo, pero

¹⁴ Bourdieu, Pierre, *Las Reglas del Arte, Génesis y Estructura del Estructura del Campo Literario*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1995, p. 252

¹⁵ Ver Bourdieu, Pierre, *Sobre la televisión*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1997

su legitimación final se remite al campo del poder.¹⁶ El nexo entre el periodismo y la política se estructura a través de las sanciones del mercado y de la aceptación de un sistema de valores, construyendo senderos de sumisión al orden establecido, tan inconsciente como incuestionada.

Los media actúan como un grupo de presión que lucha por prebendas materiales y simbólicas repartidas por el Estado, que van desde la publicidad oficial hasta el acceso a información reservada. Ello explica la existencia de un criterio de autocensura, impuesto en nombre del respeto al público, pero cuyo verdadero referente son los otros medios.

De igual manera, los temas de agenda se imponen al lector sólo después de haber sido impuestos al periodista por la acción de sus colegas. El acontecimiento es resultado de un sistema de información configurado por los mass-media en su globalidad. Aunque cada periódico cuenta con lectores propios, solo la elaboración nacida del emisor colectivo hace del suceso un momento de gestación de la realidad.

La atmósfera mediática es una esfera ineludible de construcción social. No es un diario, un canal de televisión o una radio quien informa —incluso en el hipotético caso de que sólo un medio llegara a una fracción del mercado—, sus productos asumen la impronta del colectivo en el momento mismo de su concepción. Por ello, la competencia se impone como elemento homogenizador del campo.

Aunque conscientes de esta indisoluble imbricación de los medios de comunicación de masas, en la producción del acontecimiento político como un nivel de la realidad social, el material que exponemos en este trabajo se restringe a cuatro periódicos de alcance nacional: El Comercio y Hoy, de Quito; El Universo y El Telégrafo, de Guayaquil. Consideramos que, pese a su particularidad, como conjunto dan cuenta de la atmósfera mediática que envolvió los derrocamientos de Mahuad y Bucaram.

¹⁶ Esta noción teórica nos permite ubicar en el campo del poder el espacio más visible de construcción de la hegemonía dominante. Bourdieu lo define como el "espacio de juego dentro del cual los poseedores de capital (de diferentes tipos) luchan particularmente por el poder sobre el Estado, es decir sobre el capital estatal que da poder sobre las diferentes especies de capital y sobre su reproducción".
Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, p. 100

Más allá de las distancias y disputas que dinamizan la vida diaria de la mesa de redacción de los cuatro diarios, su trabajo se enmarca en la misma agenda, acuden a las mismas fuentes legitimadoras de la noticia, buscan a los mismos especialistas para reforzar su opinión y venden publicidad a los mismos anunciantes.

Esa unidad del campo permite tratarlos como un emisor colectivo, como ellos mismos suelen reconocerse en el genérico de *la prensa*. Por ello, también los instrumentos teóricos propuestos para la lectura de esas publicaciones, responden a la especificidad de la prensa escrita.

De la connotación a las retóricas

La presente investigación circunscribe su búsqueda a la observación del tratamiento dado por la prensa escrita a los derrocamientos de Jamil Mahuad y de Abdalá Bucaram, al mundo de lo dicho por el discurso periodístico.

Sin embargo, textos e imágenes no son inocentes ni neutros, son símbolos investidos de sentido. La palabra que socializó la prensa, alrededor de los golpes de Estado de 1997 y 2000, fue fruto de estrategias discursivas que nos introducen en el espacio de la connotación y los connotadores. Al respecto, es muy decidora la diferenciación que establece Barthes cuando afirma que "la ideología sería, en suma, la forma de los significados de connotación, en tanto que la retórica sería la forma de los connotadores".¹⁷

Única y múltiple, la elaboración retórica responde a una coherencia global que enmarca el cuerpo informativo de la prensa escrita en modelos preestablecidos. A partir de esos modelos —y de las cogniciones sociales que los soportan— surgen contextos que determinan las formas singulares con que cada texto se difunde y recepta.

Según el concepto desarrollado por Van Dijk, los modelos son senderos de conexión

¹⁷ Barthes, Roland, *La aventura semiológica*, Paidós Comunicación, Barcelona, 1993, p. 77

entre la representación social y la experiencia individual.¹⁸ Pueden conjugar representaciones textuales, memorias situacionales, guiones comunicativos y, finalmente, caracterizar las metas sociales del discurso.

Para la comunicación no existe una realidad visible, sino elaboraciones sobre lo visible de la realidad. El mundo es la imagen, pero —como sostiene Gubern— esa imagen orientada específicamente a la comunicación social responde a una necesidad y se produce para satisfacerla.¹⁹

De allí que en el modelo contextual se realice el hábitus del campo periodístico. A él responden las rutinas con que se recoge la noticia, los procedimientos con que el periodista interpreta fuentes y textos originales, las maneras en que se describen los sucesos noticiables.

A través de su historia, el discurso periodístico ha perfeccionado diversas retóricas, cada una de las cuales relieves conjuntos de connotadores encargados de "maquillar" el mensaje de modo particular. Su manera de articularse matiza la elaboración noticiosa y da origen a múltiples sesgos discursivos.

Aunque el lector recepta la información en un mensaje único, los matices son germen de funciones comunicativas diferenciadas. Y, por ello, en el tipo de retórica que la prensa privilegia para difundir cada etapa de un acontecimiento político, podemos descubrir la inspiración de las metas sociales que el hábitus define para la producción mediática.

Tras su huella, hemos identificado cuatro retóricas básicas utilizadas por la prensa escrita para difundir el suceso político: informativa, dramática, académica y policial. A partir de su sistematización, este trabajo busca precisar algunas funciones y productos desplegados por los periódicos ecuatorianos durante los golpes de Estado de 1997 y 2000.

¹⁸ Ver Van Dijk, Teun A., "El estudio interdisciplinario de las noticias y el discurso", *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*, Bosch Comunicación, Barcelona, 1991

¹⁹ Ver Gubern, Román, *La mirada opulenta*, GG MassMedia, Barcelona, 1987

EL DISCURSO INFORMATIVO DESCRIPTIVO

La prensa escrita textualiza el hecho convirtiéndolo en noticia. Es el formato institucionalizado de una primera narración sobre la cual se construyen otros relatos. Por ello, según la propuesta de Abril, el discurso informativo o descriptivo se asume como el dispositivo *natural* para socializar el acontecimiento político.

A esa lectura contribuye Van Dijk, remarcando la funcionalidad que satisfacen mecanismos retóricos como: subrayar la naturaleza factual del acontecimiento, describir directamente el hecho gracias a la presencia del periodista-espectador, acudir a evidencias de testigos cercanos, utilizar fuentes fiables, oficiales y legítimas, utilizar indicadores de precisión y exactitud.²⁰ A través de ese tipo de connotadores, la retórica descriptiva hace de la noticia un discurso emotivamente articulado, cuyo suspenso la diferencia del editorial analítico.

Como afirma Cecilia Cervantes, la noticia es un producto donde el personaje enfocado entra en correspondencia con el suceso comunicado.²¹ Actores y sucesos son inseparables, ambos se construyen como resultado de una misma textualización. La pregunta a quién se enfoca, está indisolublemente ligada al dónde y al cómo, lo que determina qué se re-conoce y, finalmente, qué se vende.

El contexto mediático impone al protagonista condiciones de enunciación. El sistema de enunciados opaca la posición de enunciación de la cual nace. En la relación entre enunciación y enunciado se gesta el sentido de la noticia, que el lector recepta en forma diferenciada y múltiple. Pero, en la medida en que "el texto es también un juego en el que se focalizan, difuminan o cancelan y sobrerrepresentan a los sujetos de enunciación",²² el enunciado llega al receptor revistiendo de naturalidad al suceso y al protagonista.

²⁰ Ver Van Dijk, Teun A., *La noticia como discurso: comprensión, estructura y producción de la información*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1990

²¹ Ver Cervantes, Cecilia, "Construcción primaria del acontecer y planeación de la cobertura informativa", *Comunicación y sociedad*, DECS, Guadalajara, N° 28, 1996

²² Lozano, Jorge, Cristina Peña-Marín y Gonzalo Abril, *Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual*, Cátedra, Madrid, 1989, p. 252

Por último, en el discurso informativo, protagonistas, periodistas y lectores se reconocen como actores legítimos del campo periodístico.

EL DISCURSO SIMBOLICO DRAMATICO

Tanto Van Dijk como Abril, resaltan el valor narrativo de la noticia que se reviste de dramatismo y espectacularidad, capaz de adentrarse no sólo en la lógica inteligible del lector sino también en sus emociones. Gracias a un discurso que apela a los sentimientos y se legitima en la moral, en la lucha eterna entre el bien y el mal, la prensa se constituye en elemento integrante de un dispositivo industrial de producción simbólica.

La singularidad de la prensa escrita radica en ofrecer la noticia bajo un soporte impreso. Allí, la diagramación multiplica recursos connotadores que forman una retórica particular. Es el mundo del color, el gran titular, el ordenamiento de los textos, la fotografía relieveada y la palabra al pie, que ancla la imagen a una comprensión privilegiada.

Esa retórica desata pasiones y convierte al receptor en adherente a una percepción valorativa del suceso. "La inteligibilidad emocional no se ve entonces como suma de formulaciones abstractas y simbólicas, no es 'pensar sobre el sentir', sino más bien es suma de pensamientos necesariamente conexos con situaciones sociales y resultados de valor a los que dan fuerza y orientación morales".²³ Esas características hacen del discurso dramático o simbólico una acción comunicativa con dimensión práctica que contribuye a generar estados de ánimos combativos o sumisos, a proclamar un pensamiento en alta voz o repetirlo en susurros.

Capaz de provocar emociones que preludian movilizaciones colectivas, lo dicho se legitima porque se efectúa. El enunciado se torna incontrovertible por la invisibilidad de la enunciación, pero también por su naturaleza autorealizadora. Y, el momento en que la realidad comunicada se transforma en verdad manifiesta, la objetividad de la

²³ Fabbri, Paolo, *Tácticas de los signos*, Gedisa, Barcelona, 1995, p. 175

información se legitima, proporcionando carta de naturaleza a la ideología que la constituye.

Ese es el origen del clima de opinión. Concepto desarrollado por Noëlle-Neumann que arriba a la existencia de una "espiral del silencio", definida como la tendencia de la opinión subalterna a callar, por miedo a la sanción que la discrepancia justifica.

El aislamiento social no actúa exclusivamente sobre los individuos, lo hace sobre grupos sociales que, por su condición de dominados, son susceptibles de castigo. El temor determina su comportamiento público, en términos de adhesión a lo que consideran es la opinión dominante y de ocultamiento de la propia.

Así, "si una mayoría se considera minoría, tenderá a declinar en el futuro. A la inversa, si una minoría es vista como mayoritaria, irá en aumento". Esa dinámica puede convertir la posición de un sector minoritario en "una opinión que en adelante no se puede contradecir sin correr el riesgo de alguna sanción".²⁴

EL DISCURSO DIDACTICO ACADEMICO

Complementario y opuesto a la retórica dramática, se presenta el discurso académico. Organizado desde una matriz racional, recurre a los argumentos del conocimiento oficial, la educación y el progreso. A partir de un saber superior, sus enunciados generalizan y tipifican.

Como analiza Verón, la retórica académica tiene un acento pedagógico que sugiere una dicotomía entre quien sabe y quien ignora.²⁵ Su intercambio comunicativo se basa en el sistema pregunta-respuesta, donde la interrogación es incuestionable y el límite se ubica en un subordinado incapaz de proporcionar la contestación correcta.

Esta retórica encuentra sus fuentes legitimadoras en especialistas y técnicos, autorizados para describir, evaluar y arbitrar. Es la forma propia del artículo de opinión,

²⁴ Noëlle-Neumann, Elisabeth, "La espiral del silencio", *El nuevo espacio público*, Gedisa, Barcelona, 1995, p. 206

²⁵ Ver Verón, Eliseo, *Semiosis de lo ideológico y del poder*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1995

que reconoce la prerrogativa del expositor para justificar la importancia de lo que analiza y determinar el único saber válido para el suceso estudiado. Y, donde sólo se admite un saber, sólo se reconocerá una acción legítima.

El discurso de opinión se sustenta en argumentos validados por creencias generales, sujetas a postulados tácitos que provienen del mundo de la vida. Como sujeto privilegiado de ese discurso, la prensa va más allá de la descripción del acontecimiento singular, pudiendo recuperar, analizar y contextualizar al suceso, por tanto, reconocerlo.

Según Van Dijk, allí se gesta una estructura informativa autorelacional, construida a partir de acontecimientos cuya novedad entra en juego con la redundancia de lo conocido.²⁶ Surgen modelos situacionales que, en tanto preceden al suceso, determinan la lectura de lo nuevo a partir de situaciones que el receptor puede reconocer, al tiempo que posibilitan que el enunciador prediga los hechos.

Aunque discontinua, espacial y temporalmente, la retórica académica conforma macrotemas y, desde ahí, tendencias de opinión, maneras de comprender y recordar. La estructura jerárquica de los temas del discurso periodístico constituye el contexto desde el cual se socializan interpretaciones para cada acontecimiento.

Son los hitos comunes que identifican a los receptores entre sí, la cultura compartida que se configura en la memoria colectiva. Lo que no se inserta en esas corrientes dominantes se diluye y corre el riesgo de ingresar al extenso pantano de la amnesia social.

EL DISCURSO POLITICO POLICIAL

Como afirmamos anteriormente, la prensa contemporánea comparte el campo de la comunicación de masas con otros medios. La preeminencia de la televisión ha impuesto su ritmo noticioso a la realidad comunicada. A ello responde el discurso —quizás

²⁶ Ver Van Dijk, Teun A., *La noticia como discurso: comprensión, estructura y producción de la información*, 1990

menos estudiado por más reciente— que introduce la retórica policial en la lectura de lo político.

La cotidianidad se construye de pequeños fragmentos y, según análisis de Vilches, la imagen periodística reproduce esa fragmentación, anulando la lectura integral y coherente en un juego de diferencias, muchas veces banales.²⁷

Una vez liberado de sus causas, secuencia y temporalidad internas, el suceso se reduce a una exposición fraccionaria. Lo efímero se potencia sobre lo duradero y la fragmentación acentúa una pluralidad que torna necesaria la recomposición ficticia del propio acontecimiento. Finalmente, en la novedad se sepulta la memoria de lo vivido. En ese tránsito, se difumina el carácter de construcción del suceso y se eleva su percepción como hecho en sí, con lo cual, el receptor deviene testigo del hecho.

Los media entregan al espectador un mundo convertido en espectáculo múltiple. Pero, la espectacularización de la noticia no supone un público que mira el suceso como algo lejano, acaecido en un escenario del cual él es ajeno. Por el contrario, atestiguar un suceso es formar parte de él. Quien presencia el milagro o el crimen es inevitablemente transformado por su propia visión.

Percibir un acontecimiento, como espectáculo, alude a una función de la retórica policial que —al decir de Verón— conduce a desvincular la acción social de su sentido político, particularizando lo insólito del hecho en lo extraordinario, aquello que no precisa de causales ni consecuencias para su lectura.²⁸ El discurso privilegia actos y diluye sujetos en una mirada circular y autoreferencial: el ladrón roba porque es un delincuente.

Ante un acontecimiento político, la retórica policial tiende a identificar una violencia carente de contexto que impide mirar la acción como hecho social. Una vez vaciada de sentido, la acción pierde contexto y la violencia se deslegitima como expresión política, siendo restringida al universo delincencial. Finalmente, el protagonista, reconocido

²⁷ Vilches, Lorenzo, *Teoría de la imagen periodística*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1993

²⁸ Ver Verón, Eliseo, *Lenguaje y comunicación social*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971

por su acto y no por la naturaleza de su interés, se disocia del colectivo y su destino.

La retórica policial gesta hechos ininteligibles, cuyo vacío de sentido se cubre con interpretaciones metafóricas. En ese proceso, el hecho es desplazado por el acontecimiento mediático, al tiempo que la realidad se convierte en espectáculo y lo espectacularizado adquiere el estatuto de lo real.

La ineludible enunciación

La información generada por los mass-media es una manifestación epidérmica de la realidad. Pero, como tal epidermis, es parte integrante de esa realidad. Ni ajena, ni incorporada, menos aún superflua o prescindible. No existe acontecimiento fuera de su mediación, ni hecho que pueda socializarse sin antes haber sido connotado. Hechos y mediaciones coexisten en un continuo del cual surge la construcción social de la realidad.

Espacio de mediación entre el espectador y el mundo, el acto de enunciación es un momento de producción de lo imaginario y eso es lo único real de lo que se puede hablar o a lo cual se puede mirar. Pero, aunque la producción de los mass-media enmascara la dinámica de lo real, no puede suprimir su presencia y diversidad.

La denotación, como "la última de las connotaciones",²⁹ no llega a agotarse en el sistema connotado. Lo real está en el origen de lo dicho y puede vislumbrarse si precisamos los efectos retóricos del discurso en que se socializa.

Textos e imágenes publicados son los portadores materiales de una amplia gama de connotadores singulares que la comunicación ha desarrollado a lo largo de su historia. Por eso suponemos posible aprehender lo que de denotado se conserva en el acontecimiento construido, si logramos identificar las formas concretas con que la retórica periodística connotó los derrocamientos presidenciales de Mahuad de Bucaram.

²⁹ Verón, Eliseo, *Efectos de agenda*, Gedisa, Barcelona, 1999, p. 18

Caso contrario, seguiremos consumiendo connotadores, construcciones de lo real e, incluso —como sostiene la predicción de Baudrillard—, deconstrucciones del sentido y de la propia realidad.³⁰

En enero de 2000, como en febrero de 1997, se explicitaron algunas huellas que la globalización va imprimiendo en nuestro país, abocándonos a reconocer "que las cosas han cambiado, pero los instrumentos intelectuales y conceptuales de que disponemos no nos permiten comprender la nueva situación".³¹

Es esa crisis de inteligibilidad la que nos obliga a remitirnos a instrumentos teóricos desarrollados por diversos autores, a utilizarlos en forma parcial y sin otra coherencia que la impuesta por la naturaleza de los propios sucesos en estudio.

Los principios de la visibilidad noticiosa determinan que "Cuanto menor sea la importancia internacional de una nación, los acontecimientos que en ella se produzcan deberán tener un mayor número de condiciones para ser noticia".³² Una rebelión popular o un golpe de Estado forman parte de aquellos sucesos privilegiados capaces de romper con el cerco del silencio que rodea a un país marginal como Ecuador.

Describir, suscitar emociones, analizar los hechos y demarcar su sentido, son funciones que se enlazan en cada noticia, reportaje o editorial que la prensa publica. Sin embargo, ciertas experiencias políticas tornan maniqueos esos productos de la comunicación y en su claro-oscuro es posible diferenciar lo que usualmente amalgama el amplio espectro del gris.

Es allí donde la arbitrariedad del presente trabajo encuentra una justificación para, en el discurso unificado de la prensa, separar metodológicamente las cuatro retóricas antes descritas. Y, desde cada una de ellas, aproximarnos a las formas en que se desplegó la retórica periodística durante esos golpes de Estado.

La producción informativa imprimió a las caídas presidenciales ritmos mediáticos distintos a los del hecho social, cada uno de los cuales aportó con productos

³⁰ Ver Baudrillard, Jean, *El crimen perfecto*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1996

³¹ Ramonet, Ignacio, *La tiranía de la comunicación*, p. 60

³² Alsina, Miguel Rodrigo, *La construcción de la noticia*, p. 112

comunicativos específicos. Así, la estructura de la agenda mediática incidió en la construcción de las imágenes protagónicas; la dramatización de la noticia contribuyó a generar estados de ánimo que auspiciaron los derrocamientos; el ritmo informativo reconstruyó los hechos políticos como espectáculos mediáticos; finalmente, recopilaciones y análisis entretrajieron memorias y olvidos colectivos.

Cada capítulo de la presente investigación se centra en un tipo de retórica periodística y busca sistematizar la acción de un conjunto particular de connotadores. Aunque, usualmente, esos discursos actúan como un todo único, las características específicas de los dos últimos golpes de Estado, permiten su diferenciación coyuntural, directamente vinculada a los tiempos, productos y funciones comunicacionales que construyeron la percepción social de las caídas de Mahuad y Bucaram.

La agenda mediática, analizada en el primer capítulo desde la retórica informativa, dió cuenta de la construcción y deconstrucción de las imágenes presidenciales de Mahuad y Bucaram. Fue el espacio para la conformación de protagonismos y representaciones en quienes se reconoce el lector y se realiza el poder.

La dramatización de la noticia, estudiada en el segundo capítulo a partir del discurso simbólico, abre camino para observar los factores que contribuyeron a generar climas de opinión favorables a las movilizaciones que auspiciaron ambos derrocamientos, al tiempo que propendieron a limitar la presencia del pueblo en las calles y sus demandas.

Desde la retórica política-policial, el tercer capítulo se aproxima a la información de los sucesos del 5 y 6 de febrero, del 21 y 22 de enero. Ubica los efectos del ritmo informativo sustentado en la transmisión en vivo y en directo. Su conversión en sucesos elaborados desde imágenes fragmentadas, que redujeron movilizaciones y golpes de Estado a espectáculos mediáticos vaciados de su sentido inicial.

Por último, en el cuarto capítulo, los reportajes y recopilaciones realizados por la prensa, en los días posteriores a cada golpe, ofrecen un escenario adecuado para describir los efectos del discurso académico. Y precisar cómo, a partir de connotadores específicos, se entretrajieron los recuerdos y amnesias requeridos por la dominación.

Al tiempo que caracterizó el enunciado, cada retórica también determinó matices diversos en la formación del receptor colectivo: el representante en quien nos reconocemos todos, el clima de opinión que nos integró en una emoción común, el espectador que asistió y dió fe del acontecimiento, la memoria desde la cual reconstruimos nuestra existencia como comunidad.

A partir del análisis de la naturaleza de esos productos últimos de la mediación periodística, esta investigación arriba a la conclusión de que los mass-media cumplen funciones que rebasan el campo de la información. El periodismo ecuatoriano ha incursionado en espacios que se suponían privativos del sistema de partidos políticos y lo ha hecho en defensa del establecimiento.

La comunicación de masas contemporánea se inscribe en la formación de instancias políticas representativas y estimula la participación social, al mismo tiempo que pliega a su institucionalización. Así, se ha convertido en un importante pilar del orden establecido, es decir, de aquel capaz de establecer la normatividad a la que la sociedad debe someterse; del orden que desarrolla un grado de gobierno, genera autoridad y ejerce poder suprimiendo la diferencia.

El análisis de las formas que asumió la difusión noticiosa de la caída de Jamil Mahuad y de Abdalá Bucaram exigió seleccionar, clasificar y jerarquizar lo publicado por la prensa escrita. Desplegar criterios de pertinencia y relevancia respecto de la franja de visibilidad gestada por la producción periodística. Por tanto, este trabajo supone también una posición de enunciación, que no pretende soterrarse tras los enunciados cuyo desarrollo determina.

Lo mediático amalgama lo real y lo virtual. Pero, como no existe imagen sin imaginario, ésta no puede ser concebida en sí misma. Por ello, aún dentro de la moderna masificación comunicativa, el receptor gesta procesos de reorganización de la información no previstos por la lógica dominante de los media.

Sin embargo, no es intención de esta investigación analizar la diversidad en que se realizaron las gramáticas de recepción —reclamadas por Verón— alrededor de la

información difundida sobre los golpes de Estado de 2000 y 1997. Tampoco buscamos sintetizar los procesos o causales no divulgados por los media ni los hechos que excedieron el ámbito periodístico, aunque allí pueda encontrarse la determinación de lo publicado.

Queda pendiente, además, el estudio del papel cumplido durante esos sucesos por aquellas formas de comunicación que provienen de relaciones de resistencia al interior de los espacios dominantes y que precisan de una decodificación distinta a la lógica que prevalece en los mass-media.

Y, no obstante, reconocemos que sólo en esos nodos "el murmullo no es el vaciamiento del sentido, sino que es una medida contra el terrorismo codificado de éste".³³ Es el mundo de la sospecha, refugio de contrapoderes que aún anidan en lo indecible, pero son capaces de reproducir la diferencia en la subordinación y presagiar nuevas irrupciones de actores marginales en los escenarios consagrados por el poder.

³³ Fabbri, Paolo, *Tácticas de los signos*, p. 234

Capítulo I

LA LEGITIMIDAD DE UN PRESIDENTE

De cómo diferenciar a un presidente legítimo de un intruso en la Presidencia

El rostro del presidente se ilumina con una sonrisa de triunfo. Una vez firmado el documento, se ha puesto de pie. Elegantemente vestido con un terno oscuro y camisa blanca de la mejor calidad, que resaltan su figura esbelta, mira complacido al presidente peruano, con quien se funde en un estrecho abrazo. Los presentes estallan en aplausos. "Fue el acto más valiente que mandatario alguno haya realizado"³⁴

Veintiún meses antes. Utilizando sus dedos, el presidente se lleva a la boca un pedazo de pollo y lo saborea golosamente. El gorro de lana que cubre sus orejas resalta la redondez de su rostro, serpentinas multicolores ocultan su cuello que se pierde en un amplio poncho de confección artesanal. A su lado, el presidente peruano sonrío. "Traidores a la Patria serían quienes, festejando no sé qué, se visten de incas en el Perú".³⁵

Jamil Mahuad (agosto 98-enero 00), en su condición de presidente de la República del Ecuador, firmó en Brasilia un acuerdo de paz con Perú. Abdalá Bucaram (agosto 96-febrero 97), como presidente de Ecuador, realizó la primera visita oficial de un mandatario ecuatoriano al gobierno peruano, en 63 años. Dos presidentes, cumpliendo actos propios de la misma investidura y relacionados con el mismo problema, fueron

³⁴ Palabras de Alberto Dahik, publicadas por *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 31

³⁵ Declaración de León Febres Cordero, recogidas por *El Telégrafo*, enero 24 1997

mirados desde imágenes opuestas.

Esas imágenes no fueron fortuitas. La manera como se socializaron las fotografías arriba descritas, las convirtió en parte de representaciones colectivas, cuyo eje central fue el protagonismo presidencial. En el entorno mediático, hecho y actor sólo adquieren vida social al ser comunicados. De ahí la trascendencia de a qué y a quién enfocan los mass-media, qué protagonistas se configuran en este escenario, cómo son vistos y receptados, cómo serán recordados.

Por su condición de primera textualización del hecho, la noticia es considerada la forma natural de difundir un acontecimiento político. En ella se sustenta el discurso descriptivo o informativo, retórica aparentemente imparcial y objetiva. Suceso y personaje son sus ingredientes básicos. A partir de un suceso que lo cualifica y en relación con su elaboración textual, el personaje llega a ser protagonista. Pero no todo personaje recibe el mismo enfoque ni igual tratamiento.

El 10 de agosto de 1998, la noticia era la asunción de Jamil Mahuad como nuevo presidente de Ecuador. "Es el momento de nacer para el país", había dicho el flamante mandatario y el periodista reseñó que fue "Un mensaje oportuno en el momento oportuno, dicho de modo oportuno, porque 'yo no he sido votado Presidente para ver la disolución del Ecuador. Yo he sido elegido para evitar que acabe de hundirse'..."³⁶

Aunque esas frases hoy suenen a trágica ironía, la lectura inicial de la palabra presidencial ofertando paz y armonía se difundió con optimismo, aquel que un nuevo representante podía aportar a quienes confiaban en la reconstitución de las formas y legitimidad de la conducción gubernamental. "Desde este comienzo, Mahuad se mostró como un líder, un navegante, un guía", cuyo discurso de posesión dejaba —cuando menos en quienes hacen la opinión publicada— la "nostalgia de que acierte tan bien y bellamente como habló".³⁷

Unos versos compuestos para la ocasión, por el poeta oficial de la nueva corte,

³⁶ Espinosa Cordero, Simón, "Pastor y navegante", *Vistazo* N° 743, Guayaquil, agosto 14 1998, p. 27

³⁷ *Ibíd.*

complementaron el discurso de un presidente cuya palabra confirmaba lo que su presencia física traslucía en las pantallas televisivas: un intelectual educado para representar al poder había asumido la Presidencia de la República. Mahuad compendia las formas corporales y discursivas que pueden ser leídas desde el ritual. Como protagonista, exhibía una estructura simbólica ligada a una corporeidad que, por responder a lo preestablecido, le permitía ser reconocido.

El poder es narcisista, gusta de mirarse como forma de recrearse continuamente. Se contempla a sí mismo cuando aprecia a sus representantes y, en menor medida, cuando avista a sus representados. Pero, como Zeus, no puede ser visto directamente, apenas accedemos a sus criaturas, instituciones y representantes.

Los actores de las noticias dominantes suelen provenir también de los sectores dominantes y son quienes gozan de la mayor visibilización. Pero, en el ámbito de la comunicación de masas, el protagonista no es un individuo, sino un rol social. El personaje ha sido fragmentado para ser tipificado, razón por la cual, de él solo son visibles aquellos aspectos relevantes para el rol. El protagonista debe responder al modelo con el que se identifican tanto el productor como el receptor de la noticia.

En Mahuad se conjugaban aquellos aspectos cuya comunicación gesta representación social. De allí que la amplia difusión noticiosa de su imagen estimulase un clima de tranquilidad en el país. Por fin, la *majestad* de la Presidencia de la República había sido recuperada. El país se enrubaba en la promesa de orden, paz y armonías.

La trascendencia que la agenda mediática proporcionó a ese aspecto de la posesión presidencial, respondía a que la *majestad* había sido rota dos años antes. "El contraste con el 10 de agosto de 1996 no podía ser mayor: entonces se impuso la tribu y la pandilla; el mensaje del 96 nadaba en gotas de sudor; el del 98, humedeció los ojos de quienes escuchaban al pastor y al navegante".³⁸

En agosto del 96, el país se había estremecido ante la noticia de que la solemne posesión presidencial fue convertida en "Un solo toque de 6 horas". Titular con el cual

³⁸ *Ibíd.*, p. 25

Hoy describió la asunción del mando por Abdalá Bucaram. Luciéndolo la banda símbolo de su alta magistratura, el nuevo presidente cantó a dúo con el vocalista de los Iracundos. "El dúo dinámico ya no es entre Batman y Robin, sino entre Abdalá y Jorge Gatto, que se cambió de camiseta y se desiracundizó de un solo toque", precisaba el pie de foto. (*Hoy*, agosto 12 1996) Esa narración fue sólo el primer eslabón de la larga cadena con que la prensa nacional exhibió su asombro ante el inusual comportamiento del nuevo mandatario.

Gracias a la capacidad del texto para cancelar a los sujetos de la enunciación, la noticia aparece como forma espontánea para informar la realidad pública. Por ello, el discurso descriptivo conduce al lector a aceptar asertos como ciertos y alimentar creencias, aunque difícilmente las cree.

Un mandatario declamando poemas durante su posesión, realiza una acción que se inserta armoniosamente en la estética que el campo del poder impone; un presidente cantando rock, la rompe. Estas dos lecturas, en apariencia antagónicas, obedecen a una misma lógica de producción noticiosa. El discurso informativo actúa desde un efecto acumulativo, años de retórica forjaron las imágenes de Mahuad y Bucaram; sus protagonismos en la Presidencia de la República fueron precedidos por identificaciones y desconocimientos sociales de larga data. Esa percepción encontró una continuidad espontánea en el enfoque que los media dieron a los dos períodos presidenciales.

Aunque actores del mismo escenario de la política y supeditados a un rol semejante, la naturaleza protagónica de los dos presidentes fue distinta, lo que hace suponer diferencias también en su representación social. El uno, en el que somos todos, no es el individuo sino el representante; reconocerlo así exige que en él se encuentren coherentemente articuladas las huellas de los representados, nuestras propias huellas. Para constituirse en protagonista, el personaje debe ser visto y escuchado. Rostro, cuerpo y palabra son los soportes materiales de la mirada, el discurso y la acción, cuyas especificidades dieron cuenta de las diferencias entre ambos protagonistas.

El discurso de posesión de Mahuad facilitó su inmediato reconocimiento como un

representante legítimo del poder.³⁹ Era un actor dominante actuando en el campo dominante, su legitimidad estaba garantizada por esa concordancia.

En el caso de Bucaram, cantar y bailar con la banda tricolor era algo más que un hecho insólito, exponía a la mirada pública a un mandatario capaz de acciones que no forman parte del rol presidencial. Bucaram fue rápidamente identificado como un actor ajeno al campo y, la ausencia de concordancia con su rol, deslegitimó su representación política.

En esas condiciones, el discurso descriptivo se alimentó del melodrama y el cuerpo del actor fue caracterizado desde una estilización metonímica.⁴⁰ La moral traslució en los rasgos físicos del protagonista presidencial. El bueno fue físicamente reconocible y el malo fue, también, físicamente repudiable. Estos estereotipos han sido perfeccionados por la crónica roja, pero es una novedad que lleguen a reproducirse en la noticia política, de manera abiertamente maniquea.

Un protagonista dominante es un cuerpo del poder y surge al enfoque mediático ya estéticamente construido para esa representación. Durante las dos últimas décadas, los ex presidentes Osvaldo Hurtado, León Febres Cordero, Rodrigo Borja, Sixto Durán Ballén y, ahora, Gustavo Noboa, confirman la producción de un cuerpo presidencial cerrado, estructurado desde negaciones que restringen su contacto físico con los otros y con la naturaleza, mientras se eleva el nexo ofrecido por la mirada y la palabra.

Ese fue también el caso de Jamil Mahuad. Basta observar las fotografías que lo muestran luciendo la banda presidencial, firmando el acuerdo de paz en Brasilia, posando junto a otros presidentes en reuniones internacionales e, incluso, en sus encuentros informales con Fujimori en Ecuador o Perú. La estética exigida por el campo dominante a sus representantes encontraban en él su plena realización.

³⁹ Esta referencia a la legitimidad del ex presidente no está vinculada a la noción de legalidad originada en un proceso electoral o en otras formas de elección. No hacemos referencia a la percepción que el pueblo pueda tener de él; la legitimidad solo la proporcionan los legitimadores estatuidos y estos surgen del campo del poder, jamás de los sectores dominados.

⁴⁰ Ver Martín-Barbero, Jesús, *Televisión y melodrama*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1992, pp. 44, 45

Lo disruptivo fue la presencia de Bucaram. Tres años después de su caída, los formadores de opinión siguen asombrándose de que, alguien con sus características, haya ostentado el cargo de presidente de la República. A fuerza de ser algo dado, hasta 1996 la imagen presidencial aparecía como natural, difícilmente podía leerse como una construcción histórica, social y mediática. La ruptura aportó una nueva condición para reconocer en los antecesores y sucesores Bucaram a cuerpos disciplinados para ejercer la representación del poder.

Abdalá Bucaram puso en escena el anticuerpo presidencial, en el cual una corporeidad exuberante sirvió de soporte al ademán desmedido, la palabra soez, la alimentación vulgar y la actitud desproporcionada. La palabra, la risa, la gestualidad, en fin, las formas de la vida cotidiana proclamaron a un protagonista ajeno a la cultura institucionalizada.

El discurso del orden y sus escenarios

La ruptura, entre el personaje y su rol, definió el tipo de visibilidad que la agenda mediática dio al presidente roldosista. Durante los seis meses de su gobierno, las portadas de la prensa escrita se cubrieron de fotografías y titulares que daban cuenta de que Abdalá Bucaram bailó y cantó luciendo la banda presidencial, sesionó entre risas con el Gabinete, bailó en público, asistió a un banquete, se escapó del Palacio las noches para jugar fútbol, fue directo a comer una guatita, se afeitó el bigote más caro del mundo, grabó el disco *Un loco que ama*, apadrinó con Lorena Bobbit a la hija de Silvana, fue electo presidente del Barcelona, visitó Panamá como si fuera su segunda Patria, hizo cascaritas con un jugador de Barcelona Sporting Club, comió con las manos en Vilca Huamán en compañía de Alberto Fujimori, aulló delante de 15 mil espectadores cantando el Rock de la Cárcel...

Periodistas y lectores estaban habituados a las formas histriónicas de Abdalá en los escenarios de campaña. Allí, la tarima electoral garantizaba el fin del espectáculo y, esa

certeza, auspiciaba un indiferente desprecio de la prensa por su cercanía con el gusto popular. Pero, como denunció *Hoy*, (agosto 22 1996) "ciertas imágenes que proyectó Bucaram en el pasado se repiten en el Palacio de Carondelet", el presidente posesionado convirtió al Ejecutivo en un espacio para la fiesta y lo grotesco popular impregnó el discurso oficial.

Mientras Bucaram solo era candidato, su comportamiento podía tolerarse, pero de quien llegó a la Presidencia se esperaban formas elegantes, costumbres adecuadas, palabras correctas, un dominio práctico de los usos socialmente apropiados. Eso lo consiguió Jamil Mahuad. Aunque no haya nacido en el seno del poder, el ex presidente había sometido a su cuerpo al entrenamiento necesario para que sea, por sí mismo, un espacio de representación de las relaciones de poder, gracias al cumplimiento espontáneo de las normas preestablecidas.

El orden encuentra en el actor legítimo un factor para su autoafirmación; éste sabe lo que debe hacer, donde y cuando corresponde. Es la manera, en que la lógica dominante proporciona concordancia a la relación entre protagonista, acción y escenario y a ella responde el orden del discurso, como eje organizador de la estructura noticiosa.

La concordancia fue visible en el discurso profesoral de Mahuad, que caricaturizaba al Estado ecuatoriano como un *Titanic* hundiéndose. El ejemplo fue de fácil socialización y su potencial de difusión se elevó debido a que el primer escenario en donde se informó sobre la crisis fue, justamente, la gran prensa nacional. El claro reconocimiento de los lugares desde dónde debe hacerse la política, validó la representación presidencial, al tiempo que consolidó la verosimilitud de su palabra.

De la misma manera en que existen actores legítimos e ilegítimos, también los escenarios de la política responden a esa categorización. Al igual que el Salón Amarillo o el Plenario Legislativo, el consejo editorial de un periódico o el plató televisivo son considerados espacios naturales para el discurso del poder. En cambio, el partido de fútbol, el concierto de Los Iracundos o la cevichería de La Lojanita son lugares no reconocidos en la construcción del rol presidencial. Y solo un protagonista ilegítimo

actúa en escenarios carentes de legitimidad. También en ese sentido, Abdalá Bucaram se denunció, a sí mismo, como un intruso en la Presidencia.

El ex presidente provocó inestabilidad no sólo por su ruptura con las reglas establecidas, sino porque se enorgulleció de no cumplirlas, poniendo en cuestión la propia normatividad imperante. Por ello, la negativa de Bucaram a residir en Carondelet fue considerada como un atentado a la institucionalidad. Tomando como punto de partida la afirmación del futuro ministro de Gobierno, César Verduga de que "El Palacio encarna la majestad del Estado", *Hoy* inquirió: "¿Cómo se gobierna desde ninguna parte? Los problemas de no contar con una sede y gobernar desde insospechados lugares". (*Hoy*, enero 25 1997) La prensa exigió concordancia entre el rol y sus espacios; reo de sordera, Bucaram desconoció la importancia del escenario y "su presencia en el Palacio de Gobierno en la agonía de su régimen confirma que muy tarde intentó comprender lo que significa la Patria y sus lugares". (*Hoy*, febrero 9 1997)

Pero no son sólo gestos y espacios. El orden del discurso crea un hábito de lectura que se proyecta sobre la realidad social y la prensa da por supuesto que una fuente legítima produce respuestas legítimas. Su validez está definida por el sentido previamente compartido, de ahí la facilidad con que periodistas y lectores aceptaron el discurso presidencial cargado de ideas preconcebidas.

Un representante adecuado del poder, como Jamil Mahuad, consiguió una comunicación casi instantánea, porque respondía de manera automática y en los términos esperados a los tópicos impuestos por la agenda periodística. Su discurso mantenía una estructura autoreferencial que se legitimaba desde supuestos dados.

En cambio, un representante de sectores marginales, como Abdalá Bucaram, solo pudo ser considerado en la frontera del orden. En él, apenas podía mirarse lo lejano al hábitus del campo del poder, por ello, la prensa estimuló la información permanente del presidente que come guatita, juega fútbol, canta y baila. Su presencia en la dirección del Ejecutivo era tan ajena como inverosímil fue su palabra o las decisiones que de allí nacieron y, quien carece de verosimilitud, tampoco tiene condiciones de comunicación.

Cuando, a poco de posesionarse, el ex presidente envió "al diablo" a la oposición, calificó de "minusválidos mentales" a los dirigentes del MPD, rebautizó al FRA como "Frente de Rateros Asociados" o señaló que "Borja fue un burro en el poder", no solo fue sospechoso de utilizar la violencia simbólica⁴¹ que el ejercicio del poder confiere, sino de hacerlo fraudulentamente.

La palabra presidencial es la máxima concreción del potencial regulativo del discurso, capaz de construir hechos desde su enunciado y de modificar la realidad a partir de su representación. Pero, no siendo un protagonista legítimo, Bucaram carecía de los derechos necesarios para incidir en las formas de reproducción del poder —formas siempre destinadas a garantizar su continuidad— y, por ello, sus palabras amenazaban con tematizar aspectos aporoblemáticos de la dominación.

La prensa reaccionó de inmediato. Tanto el llamado a la prudencia de *El Universo*, alertando que "La oposición política al actual Gobierno no debe ser desafiada de manera tan imprudente", (agosto 29 1996) como la beligerancia con que, el mismo día, *Hoy* abrió fuegos, porque "Las palabras del presidente autorizan palabras y actos de grueso calibre", dieron cuenta del peligro. Es que el orden sabe protegerse y, cuando quien tiene voz no respeta la ritualidad, el receptor tampoco lo hace.

El contexto se mantuvo durante todo el gobierno de Bucaram. Así lo demostró, cinco meses después, la columna de opinión de *Hoy* titulada "Ultraje y democracia". Una vez más, se exigía el restablecimiento del orden, ya que "Cuando una autoridad -más el presidente de la República- recurre a 'las malas palabras' o al lenguaje soez, no preocupa tanto la urbanidad e incluso el honor mancillado de los destinatarios de los agravios, sino que alarma la posibilidad de que algo está fuera de control, en quien tiene tanto poder y responsabilidad". (*Hoy*, enero 7 1997)

⁴¹ Retomamos el concepto desarrollado por Bourdieu, para quien el poder simbólico se basa en la creencia social de que quien lo ejerce posee un estatuto de legitimidad. Por tanto, su aplicación como violencia simbólica, supone la anuencia de quienes la experimentan, volviendo innecesaria la coerción física.
Ver Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc J.D., *Respuestas. Por una Antropología Reflexiva*, Editorial Grijalbo, México, 1995, p. 106, p. 120

El discurso es el discurso del orden, pero cuando en un escenario de altísima visibilidad se introduce una palabra ajena, la institucionalidad se siente amenazada. Y, si el temor es muy grande, llega a exhibirse el protagonismo de quienes están llamados a defender la cultura dominante.

La paz: ¿abyecta traición o jubiloso consenso?

La historia reciente de Ecuador demuestra que el rol de presidente de la República solo puede ser cumplido por determinados protagonistas. La discordancia entre personaje y representación hizo crisis cuando Abdalá Bucaram se develó como un líder marginal en la Presidencia. De Jamil Mahuad, exitoso aspirante de la clase media, se esperaba la restitución de esta armonía, pero el proceso quedó trunco.

No obstante, la diferencia en la naturaleza protagónica de los dos ex presidentes determinó una configuración distinta de la agenda que los media desarrollaron en cada gobierno. Las acciones de un mandatario sólo son relevantes cuando visibilizan las demandas del poder al cual representa, lo que permanece fuera de esta franja carece de trascendencia comunicativa. De allí, la exhaustividad en la información de determinados aspectos y el bajo perfil de otros.

Un protagonista legítimo responde a la expectativa de lo visible y su validez se inscribe en lo preconcebido. Así sucedió con Mahuad, sus actos y palabras estaban inscritas en la lógica del modelo dominante, obedecían a lo relevante del rol presidencial.

El discurso de Mahuad presidente, como el de Bucaram candidato, daban respuesta al presupuesto. A través de ellos, ambos protagonistas se convirtieron en sujetos textuales y, finalmente, en representantes. Posteriormente, el desplazamiento en la posición de enunciación despojó de legitimidad a la palabra de Bucaram y la prensa denunció que, tras sus enunciados, había una incongruente relación con el rol presidencial.

No sucede así con el rol Bucaram-marginal. Mientras se circunscribió al suburbio y lo reconoció como su espacio natural, su discurso pudo inscribirse en la lógica de los mass-media. Abdalá debe mantenerse en las fronteras, ya sean las del Guasmo o de Panamá, "Dalo en Panamá es como si estuviera en el Guasmo", tituló *Hoy*, (enero 15 1997) la noticia de la visita del mandatario al Istmo, ratificando la necesidad de que acciones y escenarios concuerden con el rol del protagonista.

Bucaram en la Presidencia rompió con esa concordancia. Para que un protagonista político se constituya en máximo representante del poder, no basta con que sea electo. Debe asegurar los principios y consecuencias de sus órdenes. La elevada capacidad regulativa que posee la palabra presidencial, se asienta en la creencia de legitimidad del discurso y de quien lo pronuncia. Es así como la comunicación reproduce cotidianamente la bíblica relación entre verbo y carne. Pero, toda palabra proviene de un cuerpo y, cuando éste es señalado como ilegítimo, el enunciado pierde condiciones de materialización.

Un protagonista ilegítimo siempre será mirado como un subordinado, que una circunstancia lo haya ubicado en la Presidencia de la República, no autorizaba su discurso como representante del poder. Y, cuando así lo intentó, su palabra ingresó en una zona de difícil percepción para la mirada mediática, tornándose ilegible. Sin embargo, una palabra semejante es ampliamente recogida si proviene de un representante legítimo.

Allí radica otra diferencia importante entre los dos ex presidentes. Lo que Bucaram no podía satisfacer, por ser un subordinado en el campo del poder —a menos que le hubiera precedido una reconfiguración de la hegemonía dominante, capaz de otorgar consecuencia a su palabra—, fue ampliamente reconocido en la legitimidad del discurso de Mahuad.

Varios ejemplos advierten de la curiosa posibilidad de que un desplazamiento en la posición de enunciación llegue a difuminar el enunciado. Fue el caso del acuerdo de paz firmado con Perú, en ostensible distancia con la cobertura informativa que los media

proporcionaron a la visita de Bucaram, casi dos años antes. También fue la diferencia en el enfoque dado al proyecto de convertibilidad y al de dolarización. La misma lógica noticiosa explicaría por qué la propuesta económica que Bucaram expuso el 1 de diciembre del 96, quedó fuera de todo tratamiento y ni siquiera llegó a ser de conocimiento social.

Durante el gobierno de Mahuad, la agenda mediática jerarquizó tres temas críticos. El primero fue el problema limítrofe. Coincidiendo con su asunción de la Presidencia, el país fue informado que "El gobierno de Perú mantendrá roto el diálogo con Ecuador hasta que ese país retire las tropas que presuntamente han invadido su territorio". (*El Universo*, agosto 11 1998) La prensa distribuyó una noción de crisis como un momento de ruptura de la estabilidad permanente, cuyo mantenimiento se presupone de interés general.

El temor generado alrededor de esa crisis, convertida en *la crisis*, se ligó al temor al caos, a lo desconocido, a la confrontación, a la guerra. Frente a la incertidumbre, el Estado debía garantizar la estabilidad, la paz, la certeza, lo conocido, la continuidad de lo mismo. Y, de esa noción partió Mahuad al constatar la existencia de la crisis para, de inmediato, garantizar la continuidad de la estructura institucional que permitiría recuperar la estabilidad perdida.

Ante la reactivación del peligro, el recién posesionado gobierno de la Democracia Popular (DP) implementó una política internacional que culminó con la aceptación del acuerdo vinculante propuesto por los países garantes. Las concesiones de soberanía que se hicieron durante el proceso, se tornaron secundarias. Lo importante era un resultado que garantizase el consenso. Y éste no precisaba tanto de una aceptación a la fórmula concreta del acuerdo, cuánto de reconstituir una sensación de seguridad colectiva. Hacia allá se encaminó la información periodística.

El titular "Mahuad invita a Fujimori a que 'ejerzamos la paz'", (*El Telégrafo*, octubre 27 1998) sintetizó el espíritu victorioso de la firma del acuerdo rubricado en Brasilia, tono que se impuso en la reiterativa información sobre el acto diplomático. La prensa

saludó el acuerdo hasta que no cupo duda de su validez. La frase oficial de que "Gracias a la Paz la bandera ecuatoriana ondeará en el Amazonas y Tiwintza es nuestro", (*El Universo*, octubre 26 1998) reproducida por el diario como propia, resaltó el regreso al territorio conocido y apromático, aquel en el cual nos construimos como un nosotros. Allí nos recuperamos como identidad colectiva y los colectivos garantizan una capacidad de acción o, cuando menos, la suponen en sus representantes.

Pero, aquello que, en el caso de Jamil Mahuad, condujo a la construcción de su imagen como líder del Estado ecuatoriano, en Bucaram se revirtió deconstruyendo su representación presidencial. Lo que en el 2000 fue el "acto más valiente que mandatario alguno haya realizado", en el 97, fue una "traición a la Patria". Así lo intuyó *El Comercio* (enero 15 1997) al *informar* que mientras "El 'perdón mutuo' que pidió Bucaram en el Congreso impresionó a los legisladores [peruanos]. En el Ecuador, esta frase levantó polvareda".

En esa línea, el avance editorial que el mismo diario publicó en portada, con formato de noticia, advirtió al lector que, si bien "El 'perdón' impresionó" debe primar el realismo, "Las reacciones a la visita del presidente Abdalá Bucaram al Perú no deben llevar a un optimismo exagerado, pues subsisten posiciones intransigentes".

Manteniendo el formato noticioso —que opoaca al sujeto de la enunciación—, también *Hoy* expuso su opinión: "Un viaje histórico traspasado de buenas intenciones, el de Bucaram a Perú. Lima, palabras perversas: Se requiere de un Congreso de la Academia para redefinir la palabra 'perdón'". (*Hoy*, enero 18 1997) Al titular sigue un texto, que por el tipo de discurso desplegado es propio de la página editorial: "Para el régimen de Bucaram, las palabras fueron la victoria y son ahora las que marcan las derrotas".

Alrededor de esta retórica informativa, se creó un entorno de adhesiones. A la mayor fuente de legitimidad de la política ecuatoriana, el ex presidente León Febres Cordero⁴² se sumó la indignación del ex —y futuro— ministro de Defensa, José Gallardo, "¿De

⁴² Ver pie de página N° 2

qué pedimos perdón?". "El apuro por viajar impidió que se meditara detenidamente en las palabras que se usarían". (*Hoy*, enero 16 1997)

Finalmente, la escasa capacidad regulativa de los actos de Bucaram decantó, en la memoria, como una visita carente de trascendencia. "Las iniciativas que van del fútbol profesional a la generosidad con las barriadas panameñas, resaltan tanto sus fulgores que dejan a la visita al Perú, como un asunto pálido, sin grandes emociones". (*Hoy*, enero 14 1997) Un presidente sin representación del poder no puede realizar acciones que comprometan la política general del Estado. Así lo ratificó la agenda mediática, deslizándose de la denuncia por "traición" a la insignificancia de hecho: "En aquellos días nadie pensaba en su anodino viaje al Perú ni en el ambiguo pedido de perdón que, en realidad, poco o nada significan en las relaciones entre los dos países". (*Hoy*, febrero 20 1997)

La política económica también precisa de buenas maneras

La segunda crisis fue financiera. Mahuad la oficializó declarando ante el Congreso que ésta es "la peor crisis de los últimos setenta años"⁴³ A ello sumó afirmaciones en el estilo de: todos debemos sacrificarnos, el país es de todos, hay que luchar juntos. El conjunto pertenece al campo de los tópicos, aquello que no se discute porque forma parte de la esfera concebida como natural.

Como integrante del mismo mundo de la vida, al lector le resultó familiar la reproducción periodística de ese discurso del poder y llegó a reconocerse en él. Así, la palabra dominante se legitimó porque provenía de una fuente legítima y, también, porque el receptor la aceptaba como válida. Abriendo camino al consenso, la prensa reconoció como suya la racionalidad del discurso académico de Mahuad que, en un pizarrón, ilustraba la gran crisis económica con diagramas.

En cambio, la consigna del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) "Un solo toque"

⁴³ Mahuad, Jamil, *Informe al Congreso Nacional*, Quito, enero 19 1999

había generado incertidumbre, porque "describe una actitud efectista y rápida, porque en realidad, nada de algún significado se puede construir de un solo toque, sino como resultado de esfuerzos prolongados", (*Hoy*, enero 19 1999) diría el diario, resaltando la necesidad de entrenamientos que disciplinen el cuerpo y el espíritu en las exigencias de la dominación.

A Bucaram se lo acusó de exceder la capacidad de asimilar lo nuevo, de someter al país a una permanente incertidumbre. "Esta administración se propuso desconcertar a 'esa gente'. Lo ha hecho con creces, pero no para", se lamentaba *El Comercio*. (enero 17 1997) En contraposición, Mahuad dramatizó el peligro de la crisis económica, pero a continuación prometió la calma, el retorno al orden. Lo peligroso es la incertidumbre que nace de lo imprevisto, mientras que lo conocido suprime el desasosiego y la lealtad a patrones de interpretación aceptados restablece la tranquilidad.

Alrededor de la crisis financiera, la prensa distribuyó un discurso cuyo eje central fue el fantasma de la desestabilización. En ese contexto, el temor al cambio cobró fuerza y, frente al miedo, se levantó la promesa presidencial de encontrar una salida que restableciera la certeza. Inscribiéndose en esa orientación gubernamental, el entorno mediático difundió masivamente la idea de que "todos debemos poner el hombro", porque "la Patria es sólo una". Así, se tomó el camino que llevaría a aceptar resoluciones impuestas, aunque consensuadamente leídas.

El miedo llegó al paroxismo durante la "semana negra". "Al decreto de feriado bancario, se sumó el Estado de emergencia debido a la grave crisis económica que vive el País". (*El Telégrafo*, marzo 10 1999) Lo fundamental era mantener lo conocido: el sistema bancario nacional y los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional.

"Aquí lo que estamos resolviendo es si tenemos o no un presupuesto balanceado, aquí lo que estamos resolviendo es si vamos a tener o no un sistema bancario nacional saneado" confirmó el presidente Mahuad, (*El Telégrafo*, abril 16 1999) demostrando que la búsqueda de estabilidad no es objeto de cuestionamiento.

Se da por hecho que todo el país exige seguridad, permanencia, continuidad. Ese

debe ser el objetivo de todos, ya que así lo considera la élite en el poder. Las voces que pudieron cuestionar este *ineludible* destino quedaron fuera del enfoque de los media. Dudar de la estabilidad como meta común pertenece al mundo de lo indecible. Y, a forjar un consenso que legitime esa estabilidad se dirigió, en los últimos meses del 98, el continuo reclamo de la prensa hacia Jamil Mahuad. Se le demandó tomar decisiones, porque "hubo temporadas en las cuales el presidente desaparecía de la escena política, no se lo veía, tampoco se lo escuchaba, era un fantasma habitando el Palacio de Gobierno".⁴⁴ De allí nació la coartada de que el límite del gobierno obedecía a la falta de liderazgo presidencial.

Una vez logrado el entorno, se dio por sentado que atravesábamos una crisis que nos involucraba a todos. La "solución" al problema se tornó secundaria frente al tópico central articulado por la aceptación aproblemática de un conflicto general,⁴⁵ capaz de identificar una crisis económica con una catástrofe natural.

Bajo la misma lógica aplicada en el problema limítrofe, cuánto perdieron los depositantes con la congelación fue de poca relevancia. Que la decisión tomada beneficiare a un sector extremadamente limitado fue considerado un hecho secundario; lo importante era que se dé y esté enmarcada en los presupuestos correspondientes a la política económica que ha dirigido al país.

Cuando los mass-media construyen un acontecimiento político no buscan promover una decisión gubernamental, cuanto consolidar la percepción unánime del entorno conflictivo. Una vez que la naturaleza de la crisis sale del espacio de discusión, una solución que responda al modelo dominante será fácilmente aceptada, al menos por la mayoría.

La noción de crisis económica ingresó a tal grado en lo aproblemático que, cuando

⁴⁴ Burbano de Lara, Felipe, "Cuando todos deciden saltar al vacío", *Iconos* N° 9, FLACSO, Quito, abril 2000, p. 13

⁴⁵ ¿Adónde conduciría el problematizar la noción socialmente aceptada de que la crisis financiera no es un problema nacional? Ubicar su origen en la quiebra fraudulenta de una o varias empresas privadas, que debía ser resuelta en su ámbito, podía deslegitimar la creación de la AGD, el congelamiento de depósitos, la adquisición de bancos quebrados con dineros públicos...

Mahuad planteó la dolarización, ésta se difundió como punto de consenso entre los sectores de la élite gobernante. La prensa la asumió como un elemento que recualificaba la política económica del país. Y, una vez más, los especialistas —en tanto fuentes legitimadoras— se encargaron de reducir el debate a las características, plazos y ritmos de la desaparición del sucre.

El mejor ejemplo lo proporcionó *Hoy*, (enero 16 2000) bajo el título "La dolarización ya tiene una respuesta" inició la difusión de "un folleto con respuestas a todas las inquietudes que han hecho llegar a Don Elhoy y las que se hacen en casas, oficinas, calles y parques del Ecuador". Más discreta, pero no menos eficaz, fue la acción de los diarios guayaquileños. El mismo 16 de enero, *El Telégrafo* anunció en portada: "Dolarización: última carta que tiene el gobierno", titular extensamente explicado por el ex ministro de Finanzas, Francisco Swett, en un artículo que copó toda la segunda página de esa edición.

Por un sendero semejante se enrumbó *El Universo*, "El tiempo apremia para la dolarización", rezó la noticia de portada que remitía a apreciaciones recogidas de fuentes "autorizadas", desplegadas en interiores. Aunque los consultados llegaron a mostrar diferencias, se impuso la noción de que la dolarización era una medida "sin retorno". Por ello, el resumen semanal del mismo *El Universo*, destacó la declaración de un "analista económico" que sintetizaba el conjunto de opiniones publicadas: "Como propuso la dolarización, hay que dejar atrás el debate de si conviene o no, ahora simplemente hay que apoyarlo" fue lo que el periódico relievó de la palabra de Walter Spurrier. Y, cuando la prensa recurre a una fuente como esa, no solo reconoce como legítimo el discurso del especialista sino que autolegitima su propia narración.

Las posiciones opuestas a la medida monetaria fueron perdiendo espacio de visibilización mediática. Un proceso semejante se impuso en las instancias de decisión política. "Es una posición ante la crisis y debemos contribuir para que funcione. Pero aclaro que no es responsabilidad del Congreso", (*El Universo*, enero 16 2000) fueron las declaraciones, recogidas por el mismo diario, del presidente del Parlamento Juan

José Pons, precisando la legitimidad del lugar en que se asumió la decisión de política monetaria, lo que contribuía a confirmar su validez.

La dolarización gestó la expectativa de nuevos espacios de negociación y acuerdos. Era un nuevo punto de partida, desde el cual se podían reconstruir los deteriorados nexos entre la élite y el gobierno. "La dolarización impone un acercamiento obligado entre Jamil Mahuad y Jaime Nebot", auguraba *El Comercio*. (enero 16 2000) La dolarización fue vendida por el gobierno como tierra firme para el naufrago y, en los mismos términos, fue distribuida por la prensa, al punto en que, una semana antes de su caída, el periódico consideró que Mahuad había logrado "reoxigenarse y ganar tiempo, una vez que su situación política era complicada. Y consiguió que el Ecuador se vuelva a instalar en la confianza". (*El Comercio*, enero 16 2000)

La frase se construyó desde un supuesto, el sujeto concreto que recuperaba "la confianza" no requería ser nombrado. Entre líneas, el lector entrenado podía identificar a los grandes capitales nacionales y los centros financieros internacionales; ese es un sujeto universalmente aceptado, los sectores no poderosos del pueblo ecuatoriano están fuera de la construcción y también de "la confianza".

Quizá esto ayude a explicar por qué fueron precisamente los indígenas y otras organizaciones gremiales, quienes evidenciaron la fractura en el discurso del poder, al exigir la supresión de la dolarización. Pero, esa demanda alertó a la prensa del peligro que surgiría si se ponía en duda una medida que debía ser incuestionable. "Ecuador no se ha dividido en dos. Pero, en las circunstancias políticas en las que se han colocado los indígenas y los movimientos sociales, la dolarización se ha convertido en la frontera divisoria entre estos grupos y buena parte de las élites de poder", afirmó entonces *El Comercio*. (enero 19 2000)

Sin embargo, todo discurso subordinado tiene un escaso potencial de realización, como ya lo había demostrado el deterioro sufrido por la palabra del presidente Bucaram. En su caso, la prensa reaccionó con las estrategias que consolidan el principio de no visibilidad. De igual manera que la visita que realizó al Perú fue recogida como un

hecho insignificante, el planteamiento de la convertibilidad enfrentó una validez muy disminuida en relación con la otorgada a la dolarización.

La convertibilidad fue propuesta por un gobierno *no serio*, "El sacrificio impuesto habría requerido compensaciones sociales apropiadas, racionalidad y tiempo en su aplicación y la garantía de un gobierno sobrio, creíble que suscite las esperanzas, lo cual, francamente, no es la situación del país en el momento del paquetazo". (*Hoy*, enero 9 1997) La ilegitimidad del gobernante roldosista ilegitimó la medida, "El hecho es que no se ve la capacidad de gestión para conducir la economía apropiadamente, menos para asumir los enormes riesgos de la convertibilidad". (*Hoy*, enero 24 1997)

Las diferencias en el enfoque otorgado a ambos proyectos no respondió, únicamente, a su relación con la soberanía monetaria del Estado ecuatoriano, ni a sus diferentes posiciones ante los centros de poder mundial, el conflicto nacía de un distinto protagonismo presidencial. Planteada por Fernando Henrique Cardoso o Vicente Fox, la convertibilidad habría sido profusamente difundida y mundialmente discutida, como lo demostró la experiencia argentina. Formulada por Bucaram, desde esta zona fronteriza de la economía internacional que es Ecuador, ni siquiera pudo ser vista por la sociedad ecuatoriana.

Bucaram sólo podía protagonizar temas banales, razón por la cual, la agenda elaborada por el gobierno se volvió secundaria. Sus planes sociales, propuestas políticas o proyectos económicos no adquirieron la jerarquía de noticias dominantes, se mantuvieron en el nivel destinado a las palabras sin capacidad regulativa.

Es que el discurso informativo de la prensa tiende a reforzar la capacidad del enunciado, difuminando las condiciones de enunciación, con lo cual el peso denotativo del texto parece absorber al hecho mismo. Sujeto, posición y lugar de enunciación conforman una unidad textual cuya concordancia, a fuerza de ser algo dado, se torna aporoblemática. Tanto para el productor como para el receptor de la noticia, la enunciación se encuentra en el marco de lo dado y, como él, es impensable, dejando para dominio exclusivo del enunciado el mundo de lo visible que, finalmente, es el ser.

No obstante, la política ecuatoriana nos demuestra que también existe la posibilidad de que una ruptura en la concordancia de los aspectos que integran la enunciación llegue a problematizarla. Cuando el actor no corresponde a la posición o al lugar de enunciación, ésta pierde su transparencia, ingresa al campo de lo visible y lo abarca como lo único real. Entonces, es el enunciado el que corre el riesgo de diluirse o —lo que finalmente es igual— de volverse ilegible.

Una moral vaciada de política

Con la economía y la política fuera de la franja enfocada por los media, desde el inicio mismo del gobierno roldosista, éstos dirigieron su lente hacia la impugnación moral. En tanto el protagonista era extraño a la representación del poder, su moral también se presupuso reñida con él. Para fines de enero del 97, *Hoy* (enero 27 1997) certificó que "Si algo ha derrochado el gobierno, quizás hasta el agotamiento de sus reservas, es la autoridad moral". La imagen, crecientemente difundida, de un gobierno culpable de nepotismo y corrupción, se conjugaba con la visión negativa y estereotipada del actor subordinado y su marginalidad cobró el rostro familiar de la delincuencia.

Ya en ese plano, cualquier acción de un presidente cuestionado fue susceptible de sospecha. El rumor se volvió verosímil y es que "¿Acaso el presidente defenestrado no rompió con arrogancia, desde su llegada al poder, principios legales y éticos? [...] ¿Acaso no confundió la propiedad pública con la propiedad personal y dispuso de bienes estatales, que no le pertenecían, para asuntos particulares?"⁴⁶

Diez días después de la posesión de Abdalá Bucaram, la prensa ya se sentía autorizada para sospechar. "¿Era necesaria la intervención personal del presidente en las aduanas o se trataba de un show?", interrogaba *Hoy*. (agosto 22 1996) Para fines de año, no quedaba duda: "El presidente Bucaram canta y baila en la teletón organizada por él. Afirma que logró recoger 17 o 18 mil millones de sucres. Al final la teletón dispuso

⁴⁶ *Vistazo*, Editorial central, Nº 708, Guayaquil, febrero 20 1997, p. 6

de menos de la mitad de esos fondos. El oscuro manejo del dinero no fue aclarado". (*Hoy*, diciembre 16 1996)

Del espacio en off, el rumor había saltado al de la noticia y allí se inscribieron las denuncias sobre latrocinios atribuidos a Bucaram y sus allegados. A la insinuación de un negociado en la teletón, se sumó la del lanzamiento del "Programa de la mochila escolar". Posteriormente, las alusiones acusatorias encontraron un fácil refuerzo en nuevas acciones banales del presidente, que ya no solo atentaban contra la *majestad* del poder sino que, al insinuarse un fin *non santo*, se miraron como sucesos propios de la crónica roja.

En ese mecanismo retórico se regodeó la prensa escrita al informar que "Abdalá Bucaram entró a Barcelona con el dinero por delante". (*El Comercio*, enero 21 1997) O cuando amplió su mirada al entorno familiar y acicateó la curiosidad por comprobar si su hijo Jacobito celebró con una farra su primer millón de dólares. Por último, la impugnación moral confluyó con la política y el legislador "Guillén denunció que el régimen permanentemente ha intentado comprar la voluntad de los diputados". (*Hoy*, enero 20 1997)

La ausencia de pruebas jurídicas no era relevante; la impugnación moral, que hizo de contexto, bastó para proveer de realidad a la referencia del delito. Como recuerda el propio ex presidente, "Durante el golpe y, en los primeros días posteriores a él, los medios se convirtieron en tribunales inquisitoriales. Las declaraciones de cualquier enemigo mío se consideraron pruebas; las publicaciones de prensa, pruebas plenas; los absurdos más descabellados, silogismos perfectos si denigraban a Bucaram y los suyos".⁴⁷

Un derrotero semejante vivió Jamil Mahuad en los últimos meses de su gobierno. A raíz del cuestionamiento a la moral del presidente desencadenado por la denuncia del propietario del Banco del Progreso, Fernando Aspiazu, de que "Hubo manejo indebido de fondos, en financiamiento de campaña electoral de Mahuad". (*El Telégrafo*, octubre

⁴⁷ Bucaram, Abdalá, *Golpe de Estado*, Predicciones, Ecuador, 1998, p. 20

21 1999) Las dos crisis anteriores —el problema limítrofe con Perú y el congelamiento bancario— no afectaron a Mahuad en su condición de representante del poder, la tercera sí lo hizo.

El mandatario sólo podía superar la denuncia a condición de revertir el enjuiciamiento a su moral,⁴⁸ hacia la naturaleza del control financiero privado sobre el Estado, lo cual suponía cuestionar las razones del congelamiento bancario. Preservar el statu-quo exigió cumplir con el axioma de que el colectivo —y los intereses de sus sectores dominantes— están por sobre el individuo y, para que la norma se mantenga, bien podía deconstruirse un representante.

La crisis financiera se desató en marzo del 1999, pero sólo en enero de 2000 voces aisladas se interrogaron por su relación con la donación de Aspiazu y sus intereses vinculados. Sin embargo, esas dudas se mantuvieron en el campo del rumor. Para esa fecha, el país estaba inmerso en el cuestionamiento a la moral presidencial, la mirada mediática se concentró en una relación personal ajena al nexo entre la política monetaria del gobierno y una forma especulativa de acumulación de capital.

Al ingresar al terreno moral, la acusación ubicó culpables individuales. Un candidato a la Presidencia, un banquero encarcelado y un banco cerrado fueron individuaciones que no problematizaban el origen de la quiebra financiera. Pero, Jamil Mahuad había perdido credibilidad ética, fue sindicado política y penalmente,⁴⁹ y ello puso en cuestión su propia representación política.

Sin embargo, el nuevo entorno creado por la dolarización propició una efímera reconstrucción de la imagen presidencial, "El presidente Jamil Mahuad decidió jugarse

⁴⁸ Partimos de la noción habermasiana de que la modernidad desinstitucionalizó la moral, al punto en que su único anclaje es la personalidad, comprendido como sistema de control interno del comportamiento. En la misma medida, el derecho se transformó en un poder externo sancionado por el Estado.

Ver Habermas, Jürgen, *Teoría de la Acción Comunicativa II. Crítica de la Razón Funcionalista*, REI, México, 1993, p. 246

⁴⁹ La denuncia de Aspiazu de que, sólo su banco entregó 3 millones de dólares en aportes para la campaña de Jamil Mahuad, cuyas cuentas nunca recibió el Tribunal Electoral, obligó al Congreso a formar una comisión para investigar el uso de fondos electorales. Desde la función judicial, la jueza séptima de lo Penal del Guayas llegó a sindicarlo al presidente de la República, decisión que concluyó con la remoción de la propia jueza.

el todo por el todo para enfrentar la crisis política y económica del país", (*El Comercio*, enero 10 2000) celebraba la prensa, al tiempo que los partidos del poder y las Cámaras de la Producción daban su visto bueno. Desde la certeza de un consenso entre las élites, *El Comercio* afirmó que, gracias a la dolarización, "Mahuad volvió a granjearse un espacio en el cual el país le otorgará, sin duda, tiempo", (*El Comercio*, enero 16 2000) y *Hoy* recalcó: "Mahuad recupera popularidad: por el anuncio de la dolarización". (*Hoy*, enero 17 2000) Cuatro días antes de su caída, varios periódicos aún trabajaban en la construcción de su imagen protagónica.

Dolarizar la economía ecuatoriana, nunca fue considerado por los mass-media como una causal de la caída de Jamil Mahuad. Al contrario, su realización prometía el regreso al orden y, en ese marco, la medida monetaria adquirió carta de naturalidad. "Ecuador ha tomado la vía del no retorno. 'Es como cuando el conquistador Hernán Cortés ordenó quemar las naves', es decir no hay marcha atrás para un proceso de dolarización". (*Hoy*, enero 21 2000) Esta visión del Miami Herald reproducía el discurso de la prensa ecuatoriana, pero en boca de una fuente considerada de alta legitimidad —un periódico estadounidense— reforzó la credibilidad de quienes lo citaban.

Para que la dolarización —al igual que la subordinación a los criterios vinculantes en el problema limítrofe o el convenio que entregó la Base de Manta al ejército estadounidense— se mantuviera aporoblemática era imprescindible que quien la llevase a cabo dispusiera también de un discurso incuestionado. La élite del poder apoyó las medidas, pero ya no se sentía representada por quien las tomó y, para garantizar su viabilidad, prefirió la conducción de otro protagonista. La sucesión se impuso.

Pero la pérdida de representatividad no fue observada de inmediato por los media, todavía seducidos por la imagen de un Mahuad digno, demócrata, gestor de consensos. Abocados a explicar una caída, incomprensible desde la imagen mediática construida, el discurso periodístico se refugió en las condiciones individuales del presidente. Aunque sin dejar de lado sus compromisos electorales, insistió en la incapacidad de liderazgo,

lentitud y desorganización.

El diagnóstico fisiológico fue el argumento final, "Y todo se deriva, según testimonio de quienes estuvieron en su entorno, de esa trágica condición de impávido, abúlico e irresoluto que [...] se debe atribuir a la lesión cerebral que, para desventura del país y la suya propia, sufrió en abril de 1997".⁵⁰ ¿Quién podría dudar de una razón médica? No fueron los intereses de la élite hegemónica los que llevaron al país a la debacle, fue la enfermedad. El individuo quedó definitivamente liberado de todo nexo con el destino colectivo.

Cuando el mandatario pierde representación

En su etapa de aspirante presidencial, el protagonismo de Jamil Mahuad se construyó desde la figura del héroe, justiciero, protector del pueblo que, frente a los desafueros de Bucaram, lideró la Asamblea de Quito.⁵¹ Como presidente, revistió el rostro de la víctima: heredó crisis políticas y económicas —semejantes a heredar una maldición familiar—, enfermó, no podía trabajar, no tenía capacidad de decisión, se aisló. En un tercer momento, de corta duración, Mahuad se convirtió en un traidor ante el pueblo. Pero, la prensa recuperó rápidamente a la víctima para la memoria social. Es que, como el melodrama enseña, mientras el traidor convoca a la venganza, la víctima suscita compasión, por tanto desmoviliza.

La imagen de Abdalá Bucaram no atravesó por momentos tan diversos. Como muestra, basta leer la siguiente síntesis: "Abdalá Bucaram representó el papel de Nerón: la Costa fue su Roma Imperial; Quito y la Sierra, la región de los bárbaros; el pan, el circo, los gladiadores, las fieras: su propuesta de gobierno".⁵² Su protagonismo transitó

⁵⁰ *Vistazo* N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 36

⁵¹ Reunión altamente combativa, como lo revelan algunas frases de su Manifiesto: "El pueblo ecuatoriano ha dicho ¡basta!... Está harto de la insolencia y grosería...; está harto de las acusaciones falsas...; está harto de ver cómo el jefe de Estado desprestigia al país y se enorgullece de hacerlo...; está harto de la desvergüenza y de la corrupción institucionalizada...;" *Vistazo*, N° 707, Guayaquil, febrero 7 1997, p. 7

⁵² Espinosa Cordero, Simón, "Pastor y navegante", p. 25

del antihéroe plebeyo, torpe y grotesco, justiciero popular contra la oligarquía, mientras fue candidato, al traidor cuando asumió la Presidencia. Bucaram siempre fue culpable.

Dos protagonistas que acceden a igual ubicación en la jerarquía institucional en similar período histórico, se supone representan al mismo poder. Sin embargo, en el caso ecuatoriano, parece ser que solo uno lo fue: Mahuad. La construcción del rol presidencial de Bucaram fue un proceso trunco, en el cual se intuyó la emergencia de un contrapoder aún indefinido o, por lo menos, de una expectativa de modificación en la hegemonía dominante.

Aunque no prefiguró un proyecto distinto, la presencia de Abdalá auguró la del inconforme. Su ruptura con la estética dominante no basta para explicar las determinaciones del golpe que lo derrocó, pero sí exhibió su ausencia de representación del poder. Como afirmó el propio ex presidente, "Bucaram encarnaba lo absurdo del poder, lo torpe, lo innecesario. No tenía maquillaje suficiente para llegar a la Presidencia de la República".⁵³

Ajeno al contexto que determina la representación del poder, las acciones de Bucaram fueron cuestionadas por su impertinencia respecto al campo y abrieron un espacio mediático para forjar el consenso alrededor de la locura del presidente. Casi desde su posesión, la prensa auspició declaraciones que construyeron ese contexto.

Gracias al aporte de fuentes de reconocida legitimidad, el proceso de deconstrucción de la imagen de Abdalá Bucaram —iniciado aún antes de que éste asumiera el cargo— encontró un eco temprano en la republicación del editorial del Miami Herald titulado "El loco ataca de nuevo", según el cual "El presidente Abdalá Bucaram trata en todo lo posible de justificar su apodo de 'El Loco', pese a que prometió madurar sus acciones". (Hoy, agosto 31, 1996)

Dos meses después de que Abdalá se posesionara, el ex presidente Rodrigo Borja anticipó: "Bucaram es indigno de ocupar la Presidencia" (*El Telégrafo*, octubre 2 1996) y, un mes después, recurriendo a otro referente también estigmatizado por el poder,

⁵³ Bucaram, Abdalá. *Golpe de Estado*, p. 351

reafirmó su oposición: "Borja compara a Bucaram con Saddam Hussein". (*El Telégrafo*, noviembre 13 1996)

Al asumir una agencia política directa, la prensa se convirtió en uno de los espacios más importantes para que los sectores opuestos a Bucaram pudieran mirarse a sí mismos, acumular fuerzas y, por último, organizarse. Todo ello precedido por un decidor reclamo de *El Comercio*, (octubre 2 1996) "Donde está la voz de la oposición? A casi dos meses de gobierno, la oposición no termina de articularse", ante el cual se produjo un rápido alineamiento.

Así, un mes después, "ID declara oposición al gobierno", (*El Telégrafo*, noviembre 19 1996) "PSC, ID y DP firmaron acuerdo de oposición al gobierno", (*El Telégrafo*, noviembre 29 1996) "FRA rompe con el gobierno" (*El Telégrafo*, diciembre 11 1996) Finalmente, el consenso para el golpe había madurado: "Se arma la oposición. Se va cerrando el camino para que el Ejecutivo conforme mayoría en el Congreso". (*Hoy*, enero 7 1997) Casi parecería que dirigentes y partidos políticos sólo esperaban el llamado de los media para desatar la oposición.

Como subordinado, Bucaram no tenía condiciones para producir los acuerdos que las élites dominantes exigían, lo cual se tradujo en la denuncia de su incapacidad para comunicarse. "El gobierno del PRE ha preferido la confrontación al diálogo", fue la afirmación de *Hoy* (enero 16 1997), a la que el contexto informativo de los meses anteriores convirtieron en verdad incuestionable.

En momentos en que ya se organizaba el golpe, *Hoy* (enero 21 1997) volvió a recurrir a otra republicación de una fuente legítima, esta vez el *New York Times*. "Seis meses después de que Abdalá Bucaram, el auto denominado loco de la política ecuatoriana, llegó al poder en la más irreverente campaña presidencial del hemisferio occidental, parece que no logra satisfacer a las clases poderosas ni a las abandonadas multitudes que lo eligieron". A continuación, en una curiosa particularización del conflicto, la nota señalaba que "Bucaram ha minado su propio plan, cuando saliéndose del tema de su discurso lanzó un prolongado ataque a *Hoy*, un periódico de Quito".

La traducción y reproducción del artículo las realizó el propio *Hoy*, con lo cual delegaba su denuncia y creaba un nuevo sujeto de enunciación, elevando la verosimilitud de lo enunciado. Presentar en portada una opinión editorial, es una forma de exposición periodística que tiende a generalizarse en estos últimos años. Con ello, el medio no solo jerarquizó esa palabra, sino que la convirtió en hecho noticioso, cuya importancia se elevaba al provenir de un medio extranjero, siempre considerado de credibilidad probada.

Para inicios de 1997, los pilares del clima de opinión que viabilizarían el golpe de Estado, estaban listos. "Pocas veces, como en estos momentos, el país ha estado tan vacío de sentido, tan huérfano de perspectivas. Pocos mandatarios como Abdalá Bucaram han hecho esfuerzos tan extraordinarios para desorganizar el país, para quebrar toda institucionalidad",⁵⁴ afirmó una de las voces oficiales de *Hoy*.

Su protagonismo había transgredido elementos fundamentales para la legitimación de la dominación, la sola presencia de Bucaram cuestionaba las formas de reproducción de la estructura institucional del país. Abdalá Bucaram introdujo formas profanas en el ámbito de la Presidencia y eso era un grave atentado contra lo sacro del poder. De prolongarse ese proceso, se habría resquebrajado la inmunización que la aporematividad otorga a la dominación.

Cinco meses después de su posesión, la exhibición exhaustiva de "su estilo bufonesco" aportó a la acusación que viabilizaría el golpe. *Hoy* (enero 26, 1997) la concretó en el gran titular: "Seguro: el presidente está loco", también en esta ocasión, la *noticia* provino de otra fuente legitimadora, un periódico de Ginebra sostuvo que "Abdalá Bucaram encarna el populismo más delirante de América Latina". Bucaram había caído.

Primero la locura, luego la enfermedad. La historia reciente demuestra que, en Ecuador, los presidentes carecen de condiciones físicas o mentales para gobernar. Los media se encargarán de recordarnos esta causal de la tragedia nacional.

⁵⁴ Ponce, Javier, editorial publicado por *Hoy*, enero 23 1997

Pero en ambos casos, tanto frente al presidente de maneras perfectas, como al intruso que irrumpió en la Presidencia, la agenda mediática cumplió con la construcción y deconstrucción de sus imágenes protagónicas. Tras el derrocamiento de Abdalá Bucaram, en febrero de 1997, y de Jamil Mahuad, en enero de 2000, el poder ungió a sus nuevos representantes y los mass-media se abocaron a su legitimación. Sin embargo, la naturaleza de las movilizaciones que precedió a cada caída presidencial, determinó el uso dispositivos de comunicación diferenciados, que se reflejaron también en agendas distintas durante los gobiernos de Fabián Alarcón (febrero 97-agosto 98) y Gustavo Noboa (enero 00).

Capítulo II

CUANDO LAS PASIONES MOVILIZAN Y EL MIEDO ORDENA

La felonía del ungido

"El humo se esparcía por el Agora. Entonces Vargas, el líder principal, habló: 'El triunfo está más cerca, vamos con energía a esta nueva marcha, no se desanimen, vamos a cortar la mala raíz. Viva el Ecuador, vamos a resistir'. Los pífanos y los churos (caracoles) sonaron con fuerza". (*El Comercio*, enero 20 2000)

El llamado se revistió de símbolos que presagiaban una acción ajena a la cultura oficial y suprimían la racionalidad que guió a la movilización del 97, cuya combativa convocatoria anticipaba, inclusive, que "a las 19h00 habrá un apagón en todo el país". La marcha organizada con planos del recorrido desde varios sectores de la capital, se anticipaba exitosa, pues "la Coordinadora de Movimientos Sociales y los políticos desfilarán juntos y confluirán al final de la tarde al Congreso. El anuncio lo hicieron los ex presidentes Osvaldo Hurtado y Rodrigo Borja y el alcalde Jamil Mahuad". (*El Comercio*, febrero 5 2000)

Perder su condición de representante del poder es factor determinante para que un presidente sea sustituido, pero no basta para explicar masas congregadas exigiendo su salida. La movilización social es una respuesta que conjuga factores políticos, económicos, sociales y, en las sociedades mediáticas, la comunicación colectiva se incorpora como uno de ellos.

La producción noticiosa se orienta, de manera explícita, a satisfacer los requerimientos cognitivos del receptor. Sin embargo, imbricado en ese discurso se halla

el estímulo emocional. Lo que mejor comprendemos es aquello que sentimos. Las emociones profundas elevan la memoria de un hecho y la dramatización de una noticia incrementa la efectividad del mensaje, porque interesa y conmueve al lector. De allí nace la fortaleza del discurso dramático, en el cual reminiscencias simbólicas y religiosas despliegan una dicotomía entre el bien y el mal en lucha, escenario para que la maldad de unos realce la bondad de otros.

Gracias a la moral, la retórica periodística logra aproximar el discurso político a lo cotidiano del imaginario mediático, contribuyendo tanto a la movilización como a la desmovilización social. Así, el discurso simbólico o dramático promociona consensos, diluye disensos, eleva creencias y consolida el mundo de la vida.

Durante su primer año de gobierno, la imagen de Jamil Mahuad fue la de un presidente carente de liderazgo, enfermo y aislado. Era una víctima, de sí mismo principalmente. Pero, como enseña la lógica del melodrama, la víctima suscita sentimientos de compasión, indiferencia o desagrado. En general, emociones pasivas. El único personaje dramático cuyas acciones pueden desencadenar reacciones dinámicas e, incluso violentas, es el traidor.⁵⁵

Una traición develada es eje aglutinador de traicionados dispuestos a castigar al culpable. Nada es más movilizador que el deseo de venganza, bajo cuyo manto el castigo adquiere el rostro de la justicia. Para fines de 1999, la información desplegada por la prensa escrita dio cuenta de un giro de esa naturaleza en la imagen del ex presidente. Mientras a inicios del mes de noviembre, todavía se le exigía que rectifique, para mediados de diciembre, inclusive, su renuncia era insuficiente.

El cambio de tono en la relación con Mahuad, se evidenció en titulares centrales y opiniones publicadas luego de que "un sorpresivo acuerdo del Gobierno con los roldosistas permitió el jueves [noviembre 25] la aprobación del presupuesto del

⁵⁵ Martín-Barbero ubica cuatro personajes básicos en la estructura del melodrama: traidor, víctima, justiciero y bobo. El traidor es tipificado como perseguidor o agresor, "la personificación del mal y del vicio, pero también la del mago y el seductor que fascina a la víctima, y la del sabio en engaños, en disimulos y disfraces".
Martín-Barbero, Jesús, *Televisión y Melodrama*, p. 47

próximo año". Aunque la misma nota reconocía que el presidente "desmintió que exista un compromiso para facilitar la llegada del cesado mandatario, a cambio de la aprobación del presupuesto", (*El Universo*, noviembre 28 1999) el acuerdo en el Congreso dejaba sin piso una posible reconstitución de la alianza PSC-DP.

Intuyendo un fortalecimiento del enemigo reconocido, *El Comercio* (diciembre 12 1999) insistió en que "El PRE, que apareció como una llanta de repuesto, parece haber cumplido su misión: ayudar a votar el presupuesto y enviar un mensaje tan claro, como lapidario al PSC: Bucaram puede volver". Jamil Mahuad había excedido su capacidad de presión ante los pilares políticos de su gobierno.

La inmortalidad es parte consustancial de todo fantasma. Después del 6 de febrero del 97 —y quizás aún antes— Abdalá Bucaram conquistó esa naturaleza. Años de acción constante de los mass-media construyeron estigmas que parecían lo suficientemente sólidos para tranquilizar a los conductores del Estado. Sin embargo, el temor al regreso del líder roldosista permanecía latente y Mahuad lo reactivó.

El acuerdo con el PRE insinuó la imagen de un Mahuad que iba semejándose peligrosamente a la de Bucaram. Estimulando el acercamiento, *El Comercio* (diciembre 15 1999) recordó que "Ocho días antes del 6 de febrero, Abdalá Bucaram visitó ese diario". Aunque para entonces, "El escenario no podía ser peor. Sin embargo, Abdalá Bucaram, negando visiblemente la realidad se dedicó durante el largo diálogo a tratar de tapar el sol con un dedo. Unos días después se cayó". A continuación se establece el paralelo con el nuevo gobierno, "Todo parece confirmar que el presidente Mahuad no escapa a esa suerte de fatalidad. [...] Ese contexto no parece haber calado lo suficientemente en el equipo de Carondelet. Ni en el Presidente, quien considera [...] que él está en la buena dirección. Y las críticas son solo palabras. Eso pensaba Bucaram".

Una vez gestado el paralelo con el presidente derrocado, su destino no podía ser distinto. La voz de mando la dio quien tenía autoridad para hacerlo. Pocos días después de que el gobierno hizo público su acuerdo con el PRE, el ex presidente León Febres

Cordero dispuso: "Mahuad debe renunciar al cargo" (*El Telégrafo*, diciembre 10 1999) y, una semana después, el líder socialcristiano Jaime Nebot informó: "el plazo para que Mahuad renuncie ha concluido" (*El Telégrafo*, diciembre 16 1999). Dirigentes y analistas políticos no tardaron en sumarse a esa demanda y la prensa ofreció el escenario para su encuentro.

Al aliarse con un elemento satanizado, Mahuad asumió el estigma para sí. El acuerdo con el PRE tornó irreversible su distanciamiento con el PSC, al tiempo que debilitó su relación con la Democracia Popular. Para fines de diciembre, se concretó la idea de una traición presidencial. Una reforma al Código Penal, aprobada por el Congreso a iniciativa de Mahuad, se consideró el camino para anular los juicios penales contra el ex presidente Bucaram.

Repicando campanas de alarma, *El Comercio* alertó que "Abdalá Bucaram debe estar preparando las maletas. [...] La historia le ha dado la razón. No la historia de la Justicia, sino la historia de una política circunstancial, hecha de amarres, arreglo de cuentas y visiones tan chatas como mezquinas". La culpa recayó sobre Mahuad, olvidó que, tres años antes, "hacía parte del grupo que estaba preparando la caída de Bucaram. Ahora, sin taparse la nariz —la expresión es de Vladimiro Alvarez— hace una mayoría para tratar de que Bucaram vuelva". (*El Comercio*, diciembre 23 1999)

El editorial lleva el significativo título de "La Hoguera de las traiciones". Mahuad fue traidor ante su propia *acción heroica* de febrero del 97, ante quienes estuvieron a su lado en *La Camioneta* y ante quienes le permitieron llegar a la Presidencia de la República. Por ello, su acción era tan sucia que resultaba incomprensible ni siquiera se "tape la nariz" para cometerla.

Esta palabra de un periódico de alta circulación, nos permite recordar que más allá de los resultados de una votación nacional —cuyo escrutinio fue siempre de dudosa transparencia—, Jamil Mahuad fue reconocido como un aspirante legítimo a la Presidencia de la República por la alianza de Cusín.⁵⁶

⁵⁶ Ex presidentes, ex vicepresidentes, jefes de partidos y representantes de todo el espectro político del

Como otro medio escrito precisó en ese entonces, el acuerdo de Cusín actualizó la letigimidad de la victoria —y también de la derrota— de 1997. "Abdalá Bucaram ha vuelto a ser el protagonista del drama ecuatoriano: el terror hacia el retorno de la corrupción y el nepotismo, y no el consenso sobre un proyecto nacional, ha sido el factor unificador de líderes de distintas tendencias de la clase política, la industria y la cultura en torno a Mahuad".⁵⁷

El pacto parlamentario con Bucaram rompió la alianza que llevó a Jamil Mahuad a la Presidencia. La felonía del ungido precipitó el desenlace y aportó un elemento de coincidencia entre la oposición de los de arriba y la de los de abajo. El mes de enero de 2000 fue de creciente movilización y la prensa contribuyó activamente. Como una bola de nieve, la publicación cada vez más frecuente de declaraciones que exigían la renuncia del presidente, estimuló la incorporación de nuevos sectores a la oposición.

Es así como se establece un clima de opinión. Nos hemos habituado a columnas editoriales desde donde los periódicos actúan como maestros y jueces, pero aún hay reticencia a admitir el efecto político que genera la difusión o el silenciamiento de la opinión de un personaje individual o colectivo.

Sólo se traiciona a los propios

La traición también había demostrado su potencial generador de emociones movilizadoras durante el derrocamiento de Abdalá Bucaram. Solo que, a diferencia de Mahuad, Bucaram no podía traicionar a una élite que se opuso a su triunfo y a su gobierno. Un traidor sólo puede serlo ante los propios; Abdalá debía traicionar a los marginados.

establecimiento, tras el cónclave de Cusín (junio 22 1998) acordaron su apoyo unánime al candidato Jamil Mahuad contra Alvaro Noboa, candidato auspiciado por el PRE y otros sectores marginales.

⁵⁷ *Vistazo*, N° 740, Guayaquil, junio 18 1998, p. 25

El detonante fue la supresión de los subsidios, en especial al precio del gas de uso doméstico, medida que permitió denunciar al presidente por incumplir sus promesas de campaña.⁵⁸ La noticia que se inserta en presupuestos compartidos cobra cuerpo con rapidez, su sólo enunciado legitima lo dicho y se convierte en parte de lo real.

Fue un "Abdalazo a todo bolsillo", tituló irónicamente la noticia *Hoy*, (enero 9 1997) apuntando a la construcción de una opinión mayoritaria de rechazo a la medida. La construcción de un clima de opinión se dinamiza gracias a connotadores específicos y, uno de los más importantes, es la diagramación de la prensa escrita. Este es un universo semántico compuesto por titulares, colores, fotografías y pies de foto en el cual se articulan actores, funciones y cualidades del discurso periodístico.

De ese conjunto emerge la fuerza de la imagen. Una fotografía está fuera de todo cuestionamiento,⁵⁹ puede dar fe de la autenticidad de un suceso. Por ello, imágenes de ancianos, jóvenes, hombres y mujeres, marchando en varias ciudades del país confirmaron la naturaleza popular de la oposición a las medidas tomadas por el gobierno roldosista. El pie de foto generalizó la movilización y la volvió de todos: "A los cinco meses de gestión, el gobierno de Abdalá Bucaram enfrentó ayer las primeras protestas masivas. La causa: el paquetazo. Jubilados, maestros, estudiantes y desempleados salieron a las calles", aseguró *El Comercio*. (enero 9 1997)

Para entonces, la prensa había asumido el papel de *vocero de los desposeídos*. Reclamó contra el alza del precio del gas, porque se resolvió "sin mediar consideraciones sobre sus efectos en la sociedad, menos todavía en más del 60 por ciento de la población, formada por los pobres". (*Hoy*, enero 9 1997) Exigió "compensaciones sociales apropiadas", pero cuando el gobierno anunció un bono de

⁵⁸ Alrededor de la supresión de los subsidios se dio una verdadera batalla informativa. Se inició con la información extraoficial de que el tanque del gas llegaría hasta 18.000 sucres (*El Comercio* enero 8 1997) para a día seguido aclarar que el incremento se había pensado a 15.000 y que el gas quedaría en 10.000 sucres. La prensa había añadido, sin soporte oficial, un incremento del 80% al precio del gas, acicateando el enojo popular.

⁵⁹ Como afirma Vilches, "nadie se pregunta si una foto dice la verdad, porque parece como evidente (e-vidente) y las evidencias son eso". La fotografía de prensa precisa y refuerza las imágenes mentales que el texto produce "sirve para valorizar las aserciones del texto, para probarlas como documentos de autenticidad del acontecimiento narrado". Vilches, Lorenzo, *Teoría de la imagen periodística*, pp. 245-246

84.000 sucres [alrededor de 24 dólares], tampoco fue aceptado, porque "aunque el gobierno no sabe aún cuanto le costará el ofrecimiento, lo hizo", afirmó *El Comercio*, (enero 21 1997) insistiendo en la naturaleza poco seria del presidente.

Para ese momento ya no importaba lo que dijera o hiciera Bucaram, cualquiera acción sería rechazada y siempre en nombre de los más pobres. Argumento que encontró un importante pilar de legitimación en las palabras del presidente de la Conferencia Episcopal, José Mario Ruiz: "La Iglesia pide que no sean los pobres los sacrificados con las medidas económicas". (*El Comercio*, enero 29 1997)

Organizando la inconformidad popular tras la oposición de la élite política, la supresión de los subsidios aceleró el derrocamiento de un gobierno caído. Las medidas de ajuste fueron el factor movilizador para los de abajo, así como la *falta de decoro* lo fue para los sectores medios.

Sin embargo, el paquete económico era una *traición anunciada*. Ya el 7 de agosto del 96, tres días antes de que Abdalá Bucaram se posesionara como presidente, los media consideraron que en su gira por Estados Unidos dejó entrever el destino de su gobierno, desde entonces, "el sector laboral se coloca ahora en actitud defensiva. Considera que Abdalá incumple ofertas de campaña". (*Hoy*, agosto 7 1996)

Si esa noticia pudo publicarse —si resultó verosímil para el periodista y el medio— cuando el presidente ni siquiera había asumido el cargo, es fácil entender por qué seis meses más tarde "Los trabajadores no creen en las buenas intenciones de Abdalá Bucaram" y los sindicatos declaran "La Ley del hielo a Bucaram". (*Hoy*, enero 28 1997)

Una semana después, el mismo periódico informó que "nueve de cada diez ecuatorianos han expresado su respaldo para el paro nacional que se celebra hoy en protesta contra el Gobierno del presidente Abdalá Bucaram y, en especial para oponerse a la brutal alza del costo de la vida, la corrupción y los atropellos del régimen". (*Hoy*, febrero 5 1997)

Una vez constituida la opinión dominante, ésta se legitimaba exhibiéndose como

mayoritaria. En esas condiciones, lo que resulta extraño es que aún un diez por ciento de los encuestados haya declarado una posición contraria, exponiéndose al aislamiento social con que se castiga a quienes disienten de la mayoría.

Otro importante elemento constructor de la opinión dominante que condujo el derrocamiento de Bucaram fue la intervención del embajador estadounidense. Leslie Alexander consideró que "Ecuador se está ganando 'una reputación'. El Ecuador debe perder millones de dólares, debido a los actos de corrupción en el proceso de privatización", según recogió *El Comercio*. (enero 30 1997) A continuación, la interpretación del reportero convirtió la denuncia en amenaza: "O se corrige el problema o el embajador de EEUU, Leslie Alexander, pedirá a sus conciudadanos que no inviertan en el Ecuador".

Las palabras del embajador de norteamericano tuvieron la más alta difusión en la prensa nacional. Aunque el gobierno roldosista no había puesto en venta ningún bien estatal, el clima de opinión forjado durante los meses anteriores era propicio para aceptar como verdadera cualquier alusión a "actos de corrupción". El conocimiento pasado proporcionaba credibilidad a la opinión sobre el presente.

La prensa actuó como alto parlante de la denuncia. "Penetrante corrupción", "Estados Unidos denuncia corrupción estatal", "Denuncia al mundo", "Alexander logró lo que nadie pudo", fueron algunos de los titulares publicados el 31 de enero, cuyo creciente dramatismo demostraba el nexo ideológico entre el diplomático y el periodismo nacional. En tanto la palabra provenía de una fuente de máxima legitimación —nada menos que el embajador norteamericano—, aparecieron con rapidez voces que lo secundaron. Es que "la lengua se suelta cuando uno se siente en armonía con el espíritu de la época".⁶⁰

El análisis reforzó la declaración noticiosa de Alexander, consolidando lo plausible

⁶⁰ Como afirma Noëlle-Neumann, el estatus de quién dice se da por lo que dice y viceversa. Un discurso legítimo que nace de una fuente legítima, estimula pronunciamientos semejantes. Ver Noëlle-Neumann, Elisabeth, *La espiral del silencio: opinión pública nuestra piel social*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1995, p. 44

de la denuncia que "refleja el descrédito internacional en que ha caído este país en seis meses de la administración Bucaram". (*Hoy*, enero 31 1997) Era el momento de adherirse a la opinión dominante o someterse al castigo por divergir de ella.

Quien se mostrase en desacuerdo, se asumía miembro de la minoría estigmatizada y sería objeto de acusación pública. Ese fue el caso del secretario de la Administración, porque —como afirmó la misma publicación— "Con cinismo, sostiene que 'está de acuerdo con las expresiones del embajador de EEUU', cuando las palabras del representante de la primera potencia mundial y fuente de las mayores inversiones extranjeras, condenan sin duda a la actual administración".

Las declaraciones de Alexander auspiciaron una amplia movilización de los mayores gremios económicos del país: "Cámaras coinciden con lo que dijo embajador de Estados Unidos [...] porque el nombre del Ecuador se deteriora seriamente en el plano internacional". (*El Universo*, febrero 5 1997)

Y, en decisión saludada por la prensa como "hecho inédito en el Ecuador: El Consejo de Cámaras y Asociaciones de la Producción de Pichincha decidieron sumarse a la jornada de protesta del 5 de febrero".⁶¹ (*El Comercio*, enero 22 1997) Los empresarios enarbolaron la bandera de los más pobres y confirmaron que el "Paro será por el bien del país". (*El Telégrafo*, febrero 5 1997)

Para entonces, León Febres Cordero ya había anunciado el fin del gobierno de Bucaram, señalando que "en el país existe una rebelión, que Bucaram se expone a ser destituido por el Congreso y que se ha convertido en rey de burlas a nivel internacional".⁶² Al igual que en 2000, su palabra fue decisiva. A ella plegaron la dirección de partidos políticos y organizaciones sociales. Era la palabra que sería difundida por los media como la opinión de todos.

⁶¹ Como un ejemplo de la novedad en que se sepulta la memoria social, esta calificación de "inédito" revela amnesia. "Las Cámaras de Guayaquil conceden plazo hasta lunes a Junta Militar de Gobierno", fue el titular con el mismo *El Comercio* (octubre 3 1966), anunció la incorporación de los gremios de la producción al paro que precipitó la caída del gobierno que entonces dirigía el país.

⁶² Entrevista a León Febres Cordero, *Vistazo*, N° 707, Guayaquil, febrero 7 1997, p. 15

Prensa movilizadora y movilizada

El discurso simbólico o dramático contribuye a crear climas de opinión favorables —o desfavorables— a la movilización social y quienes trabajan en los mass-media no son ajenos a este efecto. Una prensa movilizadora es también una prensa movilizadora.

Los periodistas no participaron en la rebelión que precedió el derrocamiento de Mahuad, acción a la que calificaron de antidemocrática. En cambio, en 1997 se reconocieron parte del pueblo traicionado por Bucaram y marcharon hasta el Palacio de Gobierno, "en defensa de la libertad de expresión y en rechazo a los ataques de algunos funcionarios del régimen contra la prensa". (*Hoy*, enero 10 1997) Considerada por sus realizadores como "significativa y realmente sin antecedentes", la protesta contó con una amplitud informativa que magnificó tanto la acción como su *carácter democrático*.

Ese fue un hecho curiosamente inscrito en la institucionalidad de la República. Institucionalidad también defendida por la Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión, al enfrentarse a la cadena gubernamental *La Chimenea*. Cuando "Bucaram 'desenmascaró a la oposición' y cuestionó a los diputados, a quienes culpó de la adopción de las medidas económicas y de 'prostituir la justicia'", (*El Telégrafo*, enero 25 1997) AER exigió que se pregrabe el programa "para evitar que el espacio se convierta en una tribuna para agredir verbalmente o para presentar un informe de obras y de acciones". Los dueños de radiodifusoras, auto designados gran censores del gobierno, advirtieron que, "cuando algún funcionario se exceda, se detendrá y se corregirá". Para ser admitida, la palabra del presidente debía someterse a la censura de los medios, ellos garantizarían que sea *adecuada* para el oyente. Así, los mass-media se erigieron en interlocutores entre ciudadanía y gobierno.

En claro contraste, a la palabra de Jamil Mahuad siempre se la supuso pertinente. Mahuad fue un presidente mediático, mimado y aupado por los media, primero como alcalde, luego como candidato y, finalmente, como presidente. Su ruptura final dejó un sabor a nostalgia en la prensa, una sensación de pérdida que se prolonga en la

imprecisión con que se leen las causas de su caída y en los ambivalentes sentimientos que su derrocamiento despierta.

Así se explica que, un día después que el Congreso declarara vacante la Presidencia, *El Comercio* evaluara: "Sube Jamil Mahuad: El ex presidente de la República enfrentó a los golpistas al negarse a renunciar a su cargo. Luego de ser derrocado tuvo un buen gesto y pidió apoyo a todos los sectores políticos, sociales y económicos para respaldar a Gustavo Noboa en sus funciones". Por supuesto, Mahuad sube mientras "Baja Antonio Vargas". (*El Comercio* enero 23, 2000)

Un año antes, cuando el gobierno empezó a evidenciar dificultades, esa misma prensa había ofrecido otra oportunidad al mandatario. "Presidente, haga un pacto con la nación" se tituló, entonces, la carta abierta, que urgía por "un acuerdo nacional y un nuevo contrato social". (*El Comercio* el febrero 3, 1999) Tras esa demanda, se mantenía latente el fantasma del regreso de Abdalá Bucaram y la exigencia, a Mahuad, de volverse a diferenciar de él.

La carta confirmó: "Tras el triunfo electoral del populismo, muchos en la nación se tornaron hacia las élites políticas. Ese fue, Usted lo recuerda, un voto de confianza que, a la postre, fue malgastado por aquellos que, a pesar de la catástrofe nacional que tanto evocan, solo viven pendientes del calendario electoral". Mahuad había sido llamado a soldar esa ruptura entre "la nación" y las élites; el periódico lo vindicó por no haberlo logrado.

A través publicaciones de este tipo, varios medios asumieron un protagonismo político directo. Del análisis pedagógico de la coyuntura, pasaron a la prescripción de una solución y concluyeron exigiendo acciones. Similar fue la carta abierta enviada a Bucaram por *El Comercio* y convertida en noticia, gracias a su reproducción por otros diarios. El entorno mediático remarcó su trascendencia y elevó su influencia: "Ayer, diario *El Comercio* de Quito publicó una carta abierta de casi una página, titulada 'Señor presidente no siga amurallándose', donde se invita a Bucaram a negociar, concertar y construir". (*El Telégrafo*, enero 27 1997)

El periódico recordó al presidente: "Usted no era, y lo sabe, el candidato de las clases dirigentes". Reclamó: "Varias veces la redacción de este Diario ha solicitado una entrevista con usted. Sin resultado. Le hemos querido preguntar ¿por qué su Gobierno parece animado de un afán autodestructor?". Amenazó: "no habrá más concertación porque usted responde a un clamor nacional —expresado en un paro pacífico— con mano de hierro". Exigió: "sosiéguese señor presidente". Y aconsejó: "No se amuralle como lo está haciendo". Finalmente, anunció: "Mañana este Diario enviará, con el mismo sentido de país, una carta a la nación ecuatoriana". (*El Comercio*, enero 26 1997)

La capacidad de crear climas de opinión no se reduce al discurso editorial de un periódico, éste es sólo un complemento de la retórica dramática. Menos visible, pero más efectiva, es aquella información que, bajo el formato de noticia, contribuye a gestar estados de ánimo en la población. El hecho de informar implica una elaboración de la realidad capaz de provocar movilización o desmovilización social, al mostrar se induce al lector a creer en lo que muestra y, así, se genera un *efecto de realidad*.

En el caso de Bucaram, la posición de los media fue uniforme. La ruptura se inició antes de su posesión, en los meses siguientes sólo se confirmó. Aunque no haya sido la intención del autor, el editorial que encaró a la prensa por ubicarse "en la primera línea del frente para conspirar en la caída de Mahuad", para luego añadir: "La prensa pide al Presidente que reconozca sus errores. Debería ella reconocer los suyos, sobre todo este último monumental de apoyar el caos",⁶³ no dejó de reproducir la denuncia del gobierno de Abdalá Bucaram sobre el papel semejante que los media cumplieron dos años antes.

Seis meses de campaña confirmaron lo espurio de la presencia de Bucaram en la Presidencia de la República y consensuaron los intereses dominantes con los prejuicios estéticos de la clase media. La dramatización en el enunciado motivó al lector, más allá del contenido informativo. Finalmente, conceptos como corrupción, indignidad y derrocamiento se entrelazaron en un solo significado.

⁶³ Espinosa, Simón, "Nosotros", *Hoy*, enero 2 2000

Como guardiana de la moral y la estética dominantes, la prensa fue el escenario de la confluencia opositora. Una fotografía del Loco que ama, cantando el Rock de la Cárcel junto a una bailarina que exhibe sus piernas a la vez que connota la indignidad presidencial, fue profusamente difundida en Quito y Cuenca los días del golpe. Gracias a mecanismos como ese, el discurso simbólico ratificó que Bucaram "avergonzó" al país y "denigró" la majestad de la Presidencia.

La realización de la vocación performativa de la palabra, evidenció la existencia de un sistema de valores socialmente aceptado, gracias al cual el lector fue empujado a la acción y la información devino llamamientos, órdenes y movilizaciones. Las retóricas con que la información se despliega, forman parte de la naturaleza de mass-media que inevitablemente toman partido, son espacio de polémicas, decisiones, apoyos o confrontaciones. Esta dinámica explicita el rol protagónico que los medios de comunicación de masas cumplieron en el campo de la política.

En Ecuador ello no es nuevo, baste recordar su incidencia en la sindicación, juicio y salida del vicepresidente Alberto Dahik, en 1995. Desde entonces, su protagonismo político se ha robustecido, diversificando sus funciones y sentidos, al grado en que, durante "la coyuntura de Bucaram los medios se convirtieron en coprotagonistas del proceso con sus propios intereses. Cuando Mahuad, los medios ocultaron la información respecto al asalto del milenio. Y si dijeron algo no lo denunciaron con la suficiente fuerza".⁶⁴

Cambiar un presidente, recrear el poder

En febrero de 1997, la movilización fue única; el movimiento se mantuvo a la sombra de un colectivo que adscribió al poder. En enero de 2000, dos movilizaciones con orígenes distintos confluyeron en un fin único para, casi de inmediato, volverse a

⁶⁴ Esta afirmación corresponde a Fernando Buendía en entrevista titulada "Un enfoque crítico sobre los medios", *El Comercio*, junio 13 2000

diferenciar.

Frente a Mahuad, su deslealtad a los de arriba encontró un complemento espontáneo en aquello que los de abajo consideraron un engaño.⁶⁵ Para ellos, al empobrecimiento generalizado se unió la pérdida de soberanía: el congelamiento de depósitos, la recesión económica, la dolarización, el tratado de paz con Perú, la entrega de la Base de Manta...

Las voces que difundió la prensa escrita dieron cuenta de esa dualidad. Mahuad había perdido credibilidad, traicionó a la cúpula que lo hizo presidente y no podía seguir representando al poder. Por tanto, también su salida debía responder a un acuerdo entre las élites, era un problema de gobernabilidad.⁶⁶

De allí que la sucesión precisara de la anuencia de los votantes, pero no de una movilización de sectores populares con pretensiones protagónicas como las que exhibieron las organizaciones indígenas en enero de 2000. Eso creó un nuevo peligro y, frente a él, la palabra de la prensa escrita estimuló la idea de que el eje del problema radica en la "democracia" ecuatoriana, constituyendo al "bloqueo" en categoría permanente de análisis.

Sintetizando el panorama político al momento de la caída de Mahuad, *El Comercio* desplegó un imponente titular de portada: "Las lógicas en contravía se acentúan". Pasando del discurso descriptivo al explicativo, esa primera apreciación se sustentó en un singular análisis en páginas interiores: "El país tiene el secreto del bloqueo" y, para superarlo "una mediación se revela necesaria. No entre el Gobierno y los movimientos en abierta rebelión, sino entre éstos y el país para admitir dos hechos: al poder se llega por las urnas y en el país hay enorme factura social por pagar". (*El Comercio* enero 21

⁶⁵ Como lo sintetiza Alfredo Castillo, en editorial titulado La capitulación del poder, "El último año y medio asistimos a una subrepticia cesión de la soberanía. Se encubrió (para no reconocer la derrota) la irresponsabilidad en la fijación de límites con Perú, con la "caballerosa" fórmula de aceptación de 'criterios vinculantes'. [...]Por eso, la rebelión del 21 de enero —pese a todos sus límites— insurgió contra esa infamia y por sentimiento de orgullo nacional". (*El Telégrafo*, marzo 8 2000)

⁶⁶ Asumimos el concepto desarrollado por Coppedge, para quien "la gobernabilidad es el grado en que las relaciones entre los actores poderosos obedecen a unas fórmulas estables y aceptadas", lo cual supone que "sólo los actores poderosos son capaces de crear los disturbios al orden público o a la economía que consideramos síntomas de ingobernabilidad". Ver Coppedge, Michael, *El concepto de gobernabilidad*, Cordes, Quito, 1996, p. 28

2000)

Para el diario, no había ruptura entre el gobierno y el país. No es el poder quien ha dejado de representar los intereses nacionales, era solo uno de sus representantes. Una vez sustituido el mal funcionario, todo volvería a la normalidad. No obstante, quedaba pendiente el peligro surgido por la incursión de un elemento ajeno a la relación entre el gobierno y "el país". Para contrarrestarlo, los indígenas fueron calificados como un tercer actor, "cuyas posiciones extremas" conducían al "bloqueo del diálogo social y los trastornos, y ahonda la crisis". (*Hoy*, enero 21 2000) En síntesis, la acción indígena atentaba contra el pueblo.

En esos editoriales centrales, publicados el día de la rebelión popular por los dos periódicos de mayor circulación en Quito, el nombre de Jamil Mahuad ya no aparece. El protagonista individual fue semantizado por ausencia, lo que contribuyó a consolidar la mirada institucional tras la salida del representante temporal. La sucesión presidencial no tenía por qué significar ruptura, bastaba desplazar al rostro manchado por una cara limpia, que asegurase continuidad, estabilidad, superación de la crisis.

Encasilladas como minorías distintas al pueblo, las organizaciones indígenas carecían de derechos para determinar la conducción del país. Su condición de actores era inocultable, pero seguían siendo protagonistas ilegítimos. "En esta ocasión, el 'levantamiento' [...] no ha tenido la espontaneidad de oportunidades anteriores, por lo que no cuenta con la adhesión suficiente como para comprometer la estabilidad del régimen, más preocupado en dar forma a un vuelco en el sistema monetario, la dolarización", informó *Hoy*, (enero 21 2000) estimulando la percepción de estrechez en el movimiento popular.

El escenario se había desplazado, modificando a los propios actores. El discurso informativo se centró en enfocar al gobierno, al Parlamento, los indígenas, los militares. Resaltó a actores colectivos con representaciones individuales de bajo perfil, con protagonismos que la propia coyuntura fue forjando. Así, la resolución del momento político privilegió la acción de colectivos e instituciones.

Ese protagonismo colectivo fue enfocado por el titular de portada de *El Comercio* (enero 14 2000), "Ejército e indígenas están listos". Ilustrado por una gran fotografía en la cual un primer plano de escudos antimotines de la Policía convirtió a los uniformados en barrera infranqueable para la masa de anónimos indígenas que, desde el otro lado, miraban absortos el despliegue de fuerza.

El ambiente textual en el que se inserta la fotografía restringe el abanico de interpretaciones que podría tener de una imagen liberada a su sólo contenido. El texto al pie ofrece un anclaje preciso, indica al lector qué debe extraer de la escena representada, qué conocer de lo sucedido, que retener y qué pasar desapercibido.

Una función semejante cumplen los titulares. El título central define el suceso que domina el conjunto de la actualidad, organizando la clasificación de la información publicada. Es un sendero para jerarquizar la lectura, superar las diferencias y homogenizar su comprensión. Así, la noticia se vuelve legible, actúa como resumen del texto, macro proposición que despliega el argumento, su localización y objetivo. Los títulos atraen y etiquetan, reproducen actitudes y prejuicios, orientan la rutina de la redacción periodística, integran valores informativos e ideológicos, construyen la relevancia en la reconstrucción de la realidad.

La prensa aportó con la dramatización necesaria para que la caída de Mahuad fuese, no solo un hecho predecible, sino necesario. El clima de opinión que estimularon los mass-media promovió una movilización controlada, destinada exclusivamente a exigir la renuncia del presidente. Esa expectativa señalaba el límite a la movilización. El discurso simbólico jugó un doble papel: al tiempo que estimuló la movilización social, procuró su contención, anunciándola como un "Levantamiento a medias". (*Hoy*, enero 17 2000)

Mahuad debía ser sustituido, pero garantizando la continuidad institucional. Con títulos como "Protesta continúa y el diálogo en espera", (*Hoy*, enero 21 2000) los periódicos mantenían la esperanza de una reconciliación. La movilización que se esperaba de las organizaciones sociales, de derechos humanos, barrios, sindicatos, respondía a un estímulo moral.

Se cuestionaba a un protagonista que perdió legitimidad, abriendo paso a la sucesión. Una movilización de estas características podía inscribirse en los canales de participación institucional, hubiera sido la continuación de febrero del 97, cuya eficacia fue probada.

De pueblo ordenado a populacho vandálico

"Hoy habla el país" fue el saludo de diario *Hoy* a la huelga general del 5 de febrero. "Este día se desatarán las tensiones políticas acumuladas en los últimos seis meses en el Ecuador", informó su portada. Los media reconocieron la presencia —entonces sí *democrática*— de un pueblo que, en las calles, demandaba la salida de un presidente por los canales que el orden determina.

En cambio, en enero del 2000, la presencia indígena con el respaldo de algunas organizaciones gremiales y un sector de militares jóvenes abrió un espacio no previsto por la institucionalidad. Los insurrectos rompieron con un proceso de sucesión que debía ser legal y ordenado.

Esa distinta percepción de las movilizaciones que precedieron a los dos derrocamientos, obedece también a la naturaleza distinta de sus protagonistas principales. En 1997, el presidente Bucaram atentó contra la institucionalidad y la movilización popular apuntó a su restauración, reconociendo al Congreso Nacional como instancia legítima de resolución. Al contrario, Mahuad siempre protegió las formas institucionales, fue la movilización indígena quien las negó, irrumpiendo en espacios-símbolo del poder.

La fase conclusiva del gobierno de Bucaram se inició con el llamado a un paro nacional. El 9 de enero, se difundió la noticia de que "Los sindicatos convocan a una huelga general para el 5 de febrero, en protesta por las medidas económicas y la corrupción".⁶⁷ El día 18, *El Comercio* informaba: "El paro tiene su propia lista de

⁶⁷ Información recogida por "Cronología de los acontecimientos", *El Universo*, febrero 8 1997.

demandas. Una de ellas, exigir al gobierno que derogue el 'paquete económico antipopular', que contempla el incremento de los precios del gas, combustibles, pasajes de transporte público y las tarifas de servicios públicos".

El liderazgo de las organizaciones sindicales, conducidas por el Frente Unitario de Trabajadores (FUT), determinó el horizonte de la plataforma reivindicativa. Inicialmente circunscrita a los andariveles de la protesta gremial, uno de sus dirigentes afirmó que "no se pretende desestabilizar al régimen".⁶⁸ En un segundo momento, el apoyo de diversas organizaciones aglutinadas tanto por la Coordinadora de Movimientos Sociales como por las Cámaras de la Producción, politizó la exigencia y demandó al Legislativo que enjuicie al Ejecutivo.

Posteriormente surgió, desde los sectores que tomaron la Catedral Metropolitana de Quito, la propuesta de "una Asamblea Constituyente, la dimisión de Abdalá Bucaram y la formación de un gobierno transitorio de consenso". (*El Comercio*, enero 31 1997) Pero esa posición se diluyó rápidamente, aceptándose el interinazgo de Fabián Alarcón.

En contraste, en enero de 2000, la movilización popular surgió bajo el liderazgo de una estructura étnica, la Conaie, con proyección política en el Parlamento de los Pueblos del Ecuador. La instancia era, por su propio nombre, el germen de un espacio extra institucional y su posición se plasmó en el Mandato de esa organización que, el 11 de enero, "asume plenos poderes para decidir el nuevo rumbo económico, político, administrativo y moral de la patria".⁶⁹

Así, las demandas del movimiento étnico rebasaron, desde su origen, el horizonte de lo gremial. Su planteamiento inicial fue la renuncia de Jamil Mahuad, no solo por mal funcionario, sino como representante de un Estado en decadencia, lo que volvió inevitable la exigencia de sustituir a los miembros del Legislativo y el Judicial.

En febrero del 97, el pueblo que salió a las calles -principalmente a la Av. de los

⁶⁸ Declaración de Jorge Loor, presidente de la Confederación de Afiliados al Seguro Social Campesino, *Hoy*, enero 15 1997.

⁶⁹ "Mandato del Parlamento de los pueblos del Ecuador para la Salvación Nacional", reproducido por *21 de enero: la vorágine que acabó con Mahuad*, *El Comercio*, Quito, 2000, p. 263.

Shyris en el norte de Quito- se mostró disciplinado, ordenado, honrado, higienizado, homogenizado. La concentración evidenció el control corporal⁷⁰ que el poder ejerce sobre sus subordinados, ratificando la importancia de la vigilancia, más que del castigo, en la reproducción del orden estatal. Como resaltó *El Comercio*, (febrero 6 1997) "Industriales, banqueros y políticos reconocidos confluyeron en la exclusiva zona quiteña. Fue curioso, no sólo que se olvidaron de sus corbatas sino que empuñaron banderas con crespones negros⁷¹ y se unieron al coro 'Que se vaya Bucaram'".

La mirada mediática sobre enero del 2000 fue diametralmente opuesta. Abundantes titulares, fotografías y textos dieron cuenta de que el pueblo ordenado se había transformado en *populacho* y, además, rebelde. La canalla tomó las calles y exhibió su naturaleza violenta, destructora, agresiva. Masas de sensibilidad exacerbada, pusieron en escena emociones y pasiones, llegando a agredir a ciudadanos honrados, a funcionarios públicos que circulaban por el sector que ellos controlaban.⁷² Carente de guía, se reveló dispuesta a la violencia y el caos.

Junto a su radicalización, la dirección indígena evidenció una disposición *antidemocrática*. Se dirigieron al Ministerio de Defensa, pidiendo "intervenir a los militares en nombre de los 12 millones de ecuatorianos, con el fin de evitar una conflagración social de impredecibles consecuencias", informó *El Universo*. (enero 20 2000)

Pero las normas constitucionales obligan a que una solicitud de estas características, se dirija al presidente de la República o —si éste tiene las horas contadas, como en el caso de Mahuad— al Congreso Nacional. Para eso están los representantes democráticamente elegidos por el pueblo, en las urnas, y no las Fuerzas Armadas que

⁷⁰ De Bourdieu retomamos la noción de que la sumisión inmediata al orden estatal, no responde tanto a estructuras cognitivas cuanto a disposiciones del cuerpo, que responde a los "llamados al orden" sin pasar por las vías de la conciencia y del cálculo.

Ver Bourdieu, Pierre, *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*.

⁷¹ "Industriales, banqueros y políticos" portando "crespones negros", la imagen se volverá familiar en posteriores movilizaciones regionalistas.

⁷² Bajo el título de "Cerco y Humillación en el Parlamento" se describía que "Los indígenas, cada vez en mayor número, optaron por 'cercar el cerco' tendido por el Ejército y la Policía y humillaron a los ciudadanos que se atrevieron a pasar junto al sitio", *Expreso*, enero 21 2000.

deben mantenerse obedientes y no deliberantes.

No obstante, el mensaje llega al receptor porque posee realidad y ésta difícilmente puede reducirse a la dicotomía entre lo bueno y lo malo, impuesta por el discurso simbólico de la prensa. Afirmar el carácter "antidemocrático" de la lucha indígena solo era plausible si se compartían otros supuestos. La rebelión de la Conaie, en enero de 2000, fue una acción disruptiva ya que la exhibición de fuerza del dominado es inadmisibles, el no-poderoso no está autorizado para demostrar poder.

Por ello, hubo ruptura de las normas cuando la "Conaie muestra su fuerza", (*El Universo*, enero 20 2000) y se pretende actor legítimo y protagónico de la política ecuatoriana. Hubo ruptura cuando Antonio Vargas reafirmó que "A nosotros no nos interesa coger el Palacio, ni el Congreso, lo que queremos es el cambio total".

Sin embargo, los media estaban prevenidos. La "naturaleza antidemocrática" de los líderes indígenas ya se insinuó en febrero del 97. "Al buscar la salida del presidente Bucaram, ¿dónde quedan las reglas del juego de la democracia?", fue la pregunta a la que Antonio Vargas respondió: "No es sólo la salida de Bucaram sino de todo su grupo. [...] No queremos que vengan los mismos partidos políticos". (*El Comercio*, febrero 1 1997) Entonces, como ahora, el jefe de la Conaie hizo gala de un peligroso irrespeto a las instituciones y a su *democrática* esencia.

La irrupción del marginal corporizó el miedo

Un pueblo vengador es una imagen heroica sólo a condición de garantizar su límite y temporalidad. Pero, cuando una movilización social excede los espacios que la institucionalidad prevé, aquellos asimilables por el orden instituido, surge la amenaza del caos y, frente a ella, el miedo se impone. La rebelión del 21 de enero quebrantó la certeza que el orden promueve y la sociedad mestiza volvió su mirada a la institucionalidad, en búsqueda de estabilidad, de continuidad, del "malo conocido" que siempre será mejor que "el bueno por conocer".

La retórica dramática sustentada en el temor, forjado por siglos de colonización y recreado por las relaciones cotidianas de poder, reforzó la frontera identitaria que "engendra la diferencia como inferioridad y, por consiguiente, legitima la dominación de la población indígena por la ciudadana blanco-mestiza".⁷³ De allí que la palabra que estimula el miedo estuviera básicamente dirigida a los sectores medios, llamados a contener la movilización de los de abajo, antes de que el uso de las armas se torne inevitable. El miedo al Otro actuó como gran desmovilizador.

Ese clima de opinión ya se había consolidado para el 21 de enero. "La Conaie suma y asusta" fue el titular que antecedió a la información de que los "indígenas cometen excesos". (*Expreso*, enero 21 2000) Noción eficazmente reforzada por una fotografía que, a todo lo ancho de la portada, daba cuenta de un grupo de indígenas realizando rituales shamánicos en las afueras del Palacio Legislativo, encabezados por "un ciudadano con un atuendo que representa la muerte del actual sistema".

La imagen fotográfica —que en otro momento pudo ser leída como una expresión de *folclor* andino— adquirió sentido político gracias al explícito discurso escrito que le acompañaba. Y también por la implícita distribución de la página, que condujo su lectura relevando la jerarquización del tema y orientando su información. Esos son los andariveles desde los cuales cada periódico educa a sus lectores y, desde esos criterios, la imagen reforzó la palabra y se convirtió en documento gráfico que autentificaba el discurso periodístico.

La construcción del miedo social hacia los indígenas dejó en su camino huellas decisivas, como la supuesta amenaza de que "En la toma de Quito habría 50.000 muertos". Título de portada de diario *Hoy* que tuvo por toda fuente *cálculos* realizados por un reportero sobre la base de declaraciones de un dirigente de la Conaie, según los cuales, "un millón de indígenas y manifestantes ingresarán a Quito en busca del poder. Admitió que la represión podría significar la muerte del 5% de ellos". (*Hoy*, enero 14

⁷³ Guerrero, Andrés, "Ciudadanía, frontera étnica y compulsión binaria", *Iconos*, N° 4, FLACSO, Quito, marzo 1998, p. 114

2000)

Aunque la información fue desmentida por la Conaie, por considerar que hablar "de un levantamiento que cueste 50.000 muertos es hablar de un estado de guerra y desvirtuar el sentido de una forma de protesta",⁷⁴ la relevancia dada a la primera noticia y, sobre todo, el tono extremadamente dramático de su titular garantizó su permanencia en la memoria del lector.

El ejemplo nos remite no tanto a un conflicto surgido del escaso profesionalismo de un reportero, cuanto a la veracidad noticiosa. Es necesario recordar que en la lógica de la producción informativa no existe un anhelo de engañar al lector, el periodista está sometido a las reglas que estructuran el campo y su trabajo se inscribe en ese hábitus, generalmente sin conciencia de ello.

Anticipar que habrían "50.000 muertos" en la toma de Quito, sólo era posible por la existencia de prejuicios de larga data, que integran el mundo de la vida. Su aproblemática aceptación por el reportero, jefe de sección y editor del periódico citado —podemos suponer un mínimo de tres personas—, permitió creer en esa información, considerarla verosímil y, además, de alta jerarquía, para publicarla en portada.

Ediciones de ese tipo demuestran que las nociones impuestas por reminiscencias de la conquista pueden reactivarse fácilmente. Bastó que los media sospecharan de la existencia de una conspiración contra el statu-quo, para dar vida a un mítico levantamiento indígena. Informar que habrían "50.000 muertos" era una imagen textual, de algún modo, necesaria. Se inscribía en el clima de opinión ya creado y respondía a los viejos temores del conquistador. Por tanto, fue verosímil.

La prensa resucitó fantasmas coloniales y las formas culturales recuperadas por la movilización sirvieron para alimentar el estigma.⁷⁵ En el escenario mediático, los

⁷⁴ Esta aclaración fue recogida por *Hoy* en la Columna del Lector, dos días después, en enero 16 2000, página 9, en condiciones de exposición absolutamente inferiores a las de la noticia inicial.

⁷⁵ Gracias a ese tipo de comprensiones o incomprensiones de la cultura indígena, el futuro Ministro de Gobierno, Francisco Huerta, afirmó: "No vamos a curar la República con brujerías ni con manifestaciones hostiles. La potencialidad de los indígenas no puede estar ni el shamanismo ni en el alcohol". (*Hoy*, enero 24 2000) una vez más, es la mirada estigmatizadora del blanco dominante.

indígenas solo pueden ser vistos como subalternos y el discurso dominante rechaza la palabra que nace de la oralidad popular. Por ello, cuando se rompió el silencio impuesto a los actores marginales, su voz fue sometida a lecturas distorsionadas. Más de un periodista sospechó que el discurso de los dirigentes indígenas escondía cosas no dichas, mensajes cifrados, ocultamientos intencionales.

Protectora de la fe colectiva, la prensa exigió una actitud transparente, propia de la que surge de una relación entre iguales. Era un nuevo factor de desconcierto, la palabra indígena no fue transparente para el periodista y, muchas veces, tampoco para el receptor mestizo. El Otro ingresó en la zona de lo ilegible y su silencio ya no fue sólo sospechoso, sino que se lo percibió como una agresión a la lógica comunicativa de los mass-media.

Entonces se acusó a los líderes indígenas de no cumplir con las reglas del juego. "Conaie, el ajedrez secreto: indígenas no evidencian su estrategia y mantienen al país en incertidumbre", fue el título del artículo central con que el miedo del medio —asumiendo la representación del país— dio paso a la interrogante: "¿Cuáles son las piezas con las que la Conaie abre esta nueva partida de ajedrez contra el Estado?" y exigió una rápida respuesta porque "Quito no puede respirar con tranquilidad y el dirigente Antonio Vargas dijo que el control de carreteras es inútil, 'pues los indígenas ya están en la capital'". (*Expreso*, enero 18 2000) Primó la sensación de haber sido burlados, "La calma del pasado fin de semana despistó a muchos: aparentemente la temida revuelta había fracasado", reclamaba la misma publicación.

Pero no, negándose a actuar frontalmente, "Al parecer los indígenas burlaron la vigilancia de las fuerzas del orden en las carreteras, porque llegaron en camionetas que transportaban víveres, a pie y sorteando muchos obstáculos, pese a las condiciones climáticas adversas que se presentaron en la Sierra". (*El Telégrafo*, enero 19 2000)

El peligro alertó a la prensa sobre la necesidad de recanalizar institucionalmente la movilización, para evitar "consagrar la marginación y promover la confrontación", precisó el editorial de *El Universo*. (enero 17 2000) A continuación añadió que "El

activo protagonismo de las comunidades étnicas demanda del Estado y del resto de la sociedad civil una estrategia de integración".

Afirmaciones en la misma línea se multiplicaron en todos los periódicos, tanto en los días de la rebelión, como después de ella. En permanente referencia a los indígenas como colectivo dominado, la prensa exigió del gobierno, no el reconocimiento a un igual, sino mejorar las políticas de bienestar social, de ayuda internacional, de bonos de solidaridad... El poder puede absorber al diferente, a condición de que éste se mantenga como subordinado y, la producción del campo periodístico, apuntó a preservar ese estatus.

Mientras los subordinados permanezcan en escenarios considerados como naturales, pueden ser objeto, incluso, de ayuda social por parte del Estado. Pero, en cuanto los abandonan, se convierten en sujetos peligrosos para la estabilidad institucional. Quito "tomada" no era de los indios. Pese a la aclaración de la Conaie, una guerra inconclusa se tornó visible como forma de continuidad de la política.⁷⁶ Los pueblos indios siguen caminando por territorio ocupado, pero esta vez fueron sindicados como invasores.

El estigma se construyó en doble dirección. Por una parte, los líderes indígenas eran acusados de pretender modificar su condición de dominados, ingresando a espacios que no les corresponde. Por otro lado, ese ingreso lo realizaban sin el adecuado *blanqueamiento*. De alguna manera, la sociedad ecuatoriana volvió a enfrentar el conflicto que supuso superado con el derrocamiento de Abdalá Bucaram. El fantasma del subordinado volvía a levantarse.

⁷⁶ Esta relación entre la guerra y la política, es desarrollada por Foucault, quien afirma que "Si hay una serie política-guerra que pasa por la estrategia, hay, una serie ejército-política que pasa por la táctica. Es la estrategia la que permite comprender la guerra como una manera de conducir la política entre los Estados; es la táctica es la que permite comprender el ejército como un principio para mantener la ausencia de guerra en la sociedad civil". Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*, Siglo XXI editores, México, 1997, pp. 172-173

Clima movilizador, pero con límite

Para el 21 de enero, entre los sectores medios, mestizos y ciudadanos, el miedo había sentado sus reales. Así lo demostró la exultante contraportada con la que, en esa fecha, *Hoy* exhibió todo el potencial dramático que guarda la diagramación. A todo lo ancho de la página, el título "Tensión telúrica en la protesta", ubicó la naturaleza de las acciones temidas, "telúricas" más que racionales. Un gran titular equivale a una exclamación, es una exageración retórica que produce un nivel de generalización, donde la descripción conduce al análisis y el plano narrativo a la interpretación.

Bajo la altinosante titulación, se recalca la estrechez de la protesta. "La multitudinaria presencia de las comunidades indígenas de la sierra contrasta con la ausencia de diálogo y galvaniza una inútil radicalización de las demandas políticas del movimiento". Queda claro, la acción indígena era tan radical como inútil. Idea reforzada por el pie de foto que daba cuenta de que "Soldados protegidos con alambradas de púas resguardan el palacio de Carondelet, donde el presidente de la República, Jamil Mahuad y su Gabinete trabajan el plan de la dolarización, ajenos a las voces que piden su renuncia".

Esa publicación circulaba en la capital, al mismo tiempo en que el "inútil" movimiento ingresaba al Palacio Legislativo, sellando el fin del gobierno de Mahuad.

Los mass-media no crean el miedo social, pero lo estimulan direccionada y selectivamente. Son una fuerza unificadora, indiferenciadora, normalizadora de lo cotidiano y la normalización es la meta de la opinión dominante, aquella que puede expresarse en público sin riesgo de sanciones. Mirar como todos miran, pensar como todos piensan, decir lo que se espera que sea dicho. Como afirman los encuestadores, las masas son previsibles y el 21 de enero así lo demostraron.

La intensidad de la dramatización fue del desasosiego, a la aprensión y al temor. Este último demandó que se cerque a los insurrectos, a quienes la vindicta mediática sindicó como vándalos. El discurso dramático dejó entrever la posibilidad de acciones

delincuenciales, devastadoras, subversivas. Y, poco a poco, estos adjetivos —semánticamente diferentes— se fusionaron en un significado similar: el miedo.

En enero de 2000, la difusión periodística logró que el pueblo ecuatoriano se mire, a sí mismo, como minorías dispersas. La dramatizada información de desmanes rompió la unidad y el pueblo mestizo fue impulsado a enfrentarse con el "populacho", para *defender la democracia*. La clase media se alineó y exigió castigo para los "golpistas". Con la memoria de febrero del 97, se volcó a la Av. de los Shyris en Quito,⁷⁷ aunque en escaso número y ninguna disposición combativa.

Esta última constatación no sugiere un acto fallido. Al contrario, el fantasma del *indio alzado* no fue convocado para movilizar, sino para desmovilizar a los sectores medios. Las revitalizadas fronteras étnicas impidieron la concreción de una alianza entre los indígenas y la clase media, la misma que días antes permitió asegurar a las encuestadoras que la popularidad de Mahuad había caído en picada. Así, la retórica periodística contribuyó a que la exigencia de recambio presidencial de los sectores medios —que son el mayor mercado de la prensa— no se tradujese en apoyo a la rebelión popular.

En enero de 2000, los sectores medios fueron arrastrados por la lógica discursiva de la prensa que apoyaba al movimiento que exigía la salida de Mahuad, pero que —y eso es lo fundamental— buscaba preservar la institucionalidad, frente al caos y la incertidumbre provocados por la irrupción del Otro secular. También entonces, la movilización debía encontrar límite y a ello aportó *El Comercio* (enero 20 2000) cuando sostuvo: "Hay sí una inquietud dentro de la población, pero contrariamente a los movimientos de marzo y julio, los ciudadanos no apoyan ni con su actitud ni con la logística a los indígenas".⁷⁸

⁷⁷ "Desde las 18 horas, en la tribuna de los Shyris, cerca de 400 personas iniciaban una vigilia 'democrática'. La gente no se da cuenta de lo que puede pasar. Yo no quiero vivir en dictadura, dijo Ricardo Perotti, uno de los organizadores de la marcha". (*El Comercio*, enero 22 2000)

⁷⁸ El periódico alude a los paros de marzo y julio de 1999. El primero se dio en respuesta a una drástica alza de combustibles decretada por Mahuad, momento en que también se impuso la congelación de los depósitos bancarios. El segundo, también fue una respuesta a una nueva alza de combustibles y precios de los servicios básicos. En marzo, el movimiento popular tuvo como eje a los taxistas, en el segundo hay una mayor presencia indígena. En ambos casos, la reivindicación

Los sectores mestizos estaban a favor de la salida de Mahuad, pero no podían aceptar una dirección proveniente de la organización étnica. La imagen del enemigo se desplazó. Finalmente, quien representa al Otro era Antonio Vargas; Mahuad era tan solo un rostro circunstancial de la Presidencia. Convertido en clima de opinión, el miedo aisló a la acción indígena y la institucionalidad encontró, en él, a su mejor aliado.

Invocar al miedo como desmovilizador social no era algo nuevo. Pese a que fue considerada por los media como un llamado al aglutinamiento en contra del gobierno de Bucaram, la toma de la Catedral Metropolitana, en febrero del 97, también revitalizó el prejuicio construido alrededor de la participación indígena. Y éste es tan fuerte que, en un primer momento, "La toma de la catedral de Quito por un grupo vinculado al poder indio trajo el fantasma del levantamiento indígena que paralizó a Ecuador en 1990".⁷⁹

También entonces la movilización debía ser controlada. La supresión de los subsidios, fue una decisión unánimemente repudiada por la "nación ecuatoriana", según se desprende de la indignación periodística en defensa de los pobres. Pero extrañamente, cuando Bucaram anunció la supresión de estas medidas, la indignación fue aún mayor. "Abdalá Bucaram se fue del poder malogrando el mandato de su sucesor. Con el precio del gas a 2.900 sucres, sin el alza de las tarifas eléctricas y con un precio congelado de los combustibles", reclamó *Hoy*, (febrero 7 1997) en noticia de portada —no lleva formato de editorial ni de análisis—, al día siguiente del derrocamiento. Bucaram había traicionado también a su sucesor, fue incapaz de dejar hecho el trabajo sucio y, quizás, eso era lo único que las élites esperaban de un marginal en la Presidencia.

Una vez caído el gobierno del PRE, incluso la convertibilidad ya no era tan mala. Pocos días después, una diagramación adecuada del mismo diario —también esa ocasión en portada y con formato de noticia— relievra que, mientras "Hace apenas una

fue limitada: derogar las medidas económicas. No estaban en juego demandas políticas generales como en enero de 2000, de allí la fácil alianza indígena-mestiza resaltada por el diario.

⁷⁹ Este recuerdo es recuperado por Juan Carlos Calderón, "¿Por qué tiene que ser un hombre?", *Vistazo*, N° 707, Guayaquil, febrero 7 1997, p. 10

semana se hablaba de un crecimiento superior al cuatro por ciento y de una inflación anual menor a 10 puntos porcentuales (si se cumplía el plan de convertibilidad). Hoy todo ha quedado en el olvido". (*Hoy*, febrero 10 1997)

Esas publicaciones dan cuenta que la caída de Bucaram fue resuelta al margen del paquete económico y sugieren que elementos de ese "paquetazo" encontrarían continuidad en gobiernos posteriores;⁸⁰ aunque, entonces, el destino de los recursos no sería programas de vivienda popular sino el salvataje bancario. Por ello, la impugnación a las medidas económicas, una vez cumplido su papel movilizador, no debía prolongarse y, una vez más, los periódicos actuaron en consecuencia.

Sin embargo, era necesario preservar el rechazo hacia el presidente derrocado. La denuncia de actos de corrupción desplegada por los media durante los meses siguientes —talvez años, pues aún no ha concluido—, cumple con mantener un clima de opinión adverso a Abdalá Bucaram y a su regreso.

⁸⁰ El 1 de octubre de 1998 se dio el primer paro nacional contra medidas tomadas por Jamil Mahuad. La impugnación principal fue a la supresión al subsidio al gas de uso doméstico, cuyo precio se elevó en 25.000 sucres.

Capítulo III

LOS MEDIA PROPORCIONAN EL ESCENARIO Y LEGITIMAN EL GOLPE

De hecho político a suceso mediático

"Hoy habla el país" fue el titular con que diario *Hoy* saludó la movilización del 5 de febrero de 1997. Dos años después, el mismo periódico calificó la acción popular del 21 de enero de 2000 como "Golpe y caos".

Los derrocamientos de Abdalá Bucaram y Jamil Mahuad son los primeros acontecimientos políticos en Ecuador que trascienden como sucesos mediáticos, en tanto fenómenos sociales compartidos desde su construcción comunicacional. En ambos momentos, la tecnología hizo del pueblo ecuatoriano público asistente, en vivo y en directo, a la caída de dos presidentes de la República.

Durante la Guerra del Cenepa (1995) ya existían en el país condiciones tecnológicas que pudieron hacer de la conflagración bélica un suceso mediático. Sin embargo, pese a la importancia asignada por los mass-media al conflicto limítrofe, la ubicación geográfica y normas militares sólo permitieron una información parcial y, casi siempre, en tiempo diferido.

Los escenarios urbanos facilitan la transmisión en tiempo real, así se evidenció tanto el 21 y 22 de enero de 2000, como el 5 y 6 de febrero de 1997. Esa condición impuso que los sucesos acaecidos en Quito y Guayaquil tuvieran una amplísima visibilización, en menor medida los de Cuenca, Portoviejo y otras capitales de provincia; mientras los eventos de las zonas rurales pasaron casi desapercibidos para los media y sus espectadores.

Cientos de horas de transmisión en tiempo real, hicieron de la televisión el medio de comunicación líder frente a la prensa y la radio. Los periódicos se precian de entregar información analítica y contextualizada, pero la imposición del ritmo televisivo diluyó la diferencia, homogenizó la información y la noticia cedió al imperativo de conectarse, de enlazar, de estar simultáneamente en todas partes. Procesar la información fragmentadamente no fue un acto volitivo del editor, se impuso como naturaleza propia del ritmo de transmisión en directo, obedeciendo a una forma tecnológica concreta. Es la determinación que permitió decir a McLuhan que "el medio es el mensaje".⁸¹

Las ediciones de los principales periódicos nacionales, que circularon los días 22 y 23 de enero, al igual que el 6 y 7 de febrero, se redujeron a la versión impresa y resumida de la transmisión televisada. De la misma manera en que actores y escenarios se sucedían vertiginosamente en la pantalla, así se enlazaron las noticias en los diarios del día siguiente.

Con ello, la prensa escrita incorporó las principales mistificaciones de la televisión: titulares y diagramación dirigidos al shock emocional, fragmentación del suceso, cortedad de los textos y despliegue fotográfico que se ofrece al lector como un mosaico de pequeñas pantallas congeladas en la imagen más espectacular.

"Golpe y caos" tituló *Hoy*, a todo lo ancho de la portada, su edición del 22 de enero. La exageración retórica, destinada a conservar la aproximación emocional del lector, se complementó con bocados que mantenían el clima de temor generado en días anteriores: "El desconcierto fue la tónica generalizada en todo el país", "La jornada dejó un muerto y 103 heridos en manifestaciones".

El campo periodístico impuso una visión especial de la política, que nace de su estructura y se reproduce en la práctica de periodistas formados por el propio campo. El hábitus periodístico hace de la crónica policial un tipo de discurso capaz de atravesar el

⁸¹ Concepto citado por Gubern, quien añade: "cada especificidad técnica altera la sustancia semiótica de la representación, porque la imagen figurativa, además de plasmar una intención o interpretación de su autor, es sobre todo y ante todo una *tékne* determinada, y esta *tékne* específica tiene ya propiedades semánticas propias".
Gubern, Román, *La mirada opulenta*, p. 111

campo político. Por ello, aunque las retóricas descriptiva y dramática se deslizaron en la noticia ofertada, la naturaleza del acontecimiento privilegió el discurso político policial en la difusión de los dos derrocamientos.

Esa lógica discursiva organizó la portada de *Hoy*, sintetizando lo acontecido durante la rebelión popular en los siguientes puntos: a) un "coronelazo" desató el caos, b) el problema surgió por la reducción del presupuesto militar, c) un segundo Triunvirato consolidó el liderazgo militar con "Mendoza, el hombre fuerte", d) a la hora del cierre de edición, se suponía que "Mendoza habría dejado sin efecto lo acordado hasta media noche". e) el diario orientó la expectativa ciudadana en "Defensa de la Constitución" ya que "la salida sólo puede darse dentro del orden constitucional".

De esta manera, los hechos del 21 de enero quedaron reducidos a cuatro noticias y un editorial; cada uno de ellos, desagregado en múltiples detalles. Tres presentes: el levantamiento popular, la concesión de los coroneles a sus superiores jerárquicos y la derrota de la rebelión. Un pasado más que inmediato para explicar la insubordinación militar por una desavenencia presupuestaria. Un futuro "constitucional" demandado por la prensa investida de vocero de la ciudadanía.

Aunque la diagramación desplegó un discurso retaceado, el texto se inscribió en una estrategia de información unificada por el ritmo de producción noticiosa. El modelo estaba completo. La contigüidad se asienta en una red de significaciones, produciendo el contexto y, con él, el sentido del acontecimiento que el lector tendería a privilegiar.

Al calificar de "coronelazo" los sucesos del 21 de enero y ubicar su causal en la reducción del presupuesto militar, *Hoy* restringió a un solo detalle las causas del conflicto social, al tiempo que desnaturalizaba la rebelión popular hasta convertirla en autoritarismo arbitrario de un pequeño grupo de militares. Ese tránsito autorizó al periódico para dar su opinión y, bajo el formato de noticia central, *informó* que "Una jornada lamentable vivió, ayer, la democracia del Ecuador".

Unas horas de diferencia en el cierre, permitieron a *El Comercio* exponer otro enfoque, el artículo central de portada ya no jerarquizó el levantamiento sino su derrota.

El título, "El Triunvirato sólo duró tres horas", dio cuenta de un periódico que consideraba a sus lectores televidentes informados y privilegió los sucesos acaecidos en el espacio en off de la transmisión televisiva. Cuando las cámaras se retiraron del escenario, "Carlos Mendoza pidió la disponibilidad y hoy se posesionaría el presidente Noboa".

Dos fotografías complementaron esa página. La primera, Mahuad en su último saludo —no se precisa a quién— desde el balcón de Carondelet. Abajo, en formato más pequeño, los miembros del segundo Triunvirato —formado por Solórzano, Mendoza y Vargas— unen sus manos en señal de unidad y triunfo, que "solo duró tres horas".

Las portadas de los dos matutinos quiteños publicaron un total de cuatro fotos, ninguna de las cuales visibiliza actores colectivos. El lente de los fotógrafos se centró en personajes individuales y resaltó uniformes militares. Así, la corriente que, en días anteriores, forjó una mirada estigmatizada de la movilización indígena, fue cediendo primacía a la imagen de una "asonada militar".

La orientación gráfica del 2000 contrasta con la que esos mismos periódicos desplegaron en 1997. El 6 de febrero, con una foto que copaba toda su portada, *Hoy* magnificó la marcha de la Av. de los Shyris en Quito, contextualizada por el inmenso titular: "Que se vaya". La diferencia entre las portadas del 6 de febrero y 22 de enero es un buen ejemplo de la función retórica que realiza la diagramación en la prensa escrita. La masa anónima que salió a las calles el 5 de febrero fue saludada como un hecho que "quedará marcado en la historia política de la democracia ecuatoriana". Entonces, *Hoy* no llamó a defender la Constitución, consideró que la movilización representaba a "El pueblo y su mandato", según tituló su columna oficial de opinión.

El Comercio desplegó una tónica discursiva semejante, también sus fotografías del 6 de febrero resaltaron el movimiento de masas y su "mandato". "Ecuador le dijo no de un solo toque", tituló a cinco columnas la dramatización noticiosa: "Más de dos millones de personas actuaron en una jornada pacífica". A continuación, el medio asumió funciones de juez y, manteniendo el formato de noticia, afirmó que "se esperaba

una fiesta no violenta, dolorosa por el contenido pero jocosa en sus formas: el país no defraudó".

Más cautos en los cambios de su diagramación, los guayaquileños *El Universo* y *El Telégrafo*, publicaron en enero de 2000 portadas semejantes a las de febrero de 1997. El 22 de enero, *El Universo* resaltaba al líder indígena Antonio Vargas junto al coronel Lucio Gutiérrez, frente a un Jamil Mahuad que se despedía. Abajo, una enorme fotografía da cuenta del momento en que indígenas, entremezclados con soldados uniformados, ingresaban juntos a la sede del Parlamento. El título, "Intensos diálogos para integrar nuevo gobierno", respondía a una edición cerrada a media noche e insinuaba la posible continuidad del movimiento del 21.

Sin acudir a adjetivos como golpistas, caos o violencia, el editorial central "aspira a que se mantenga el orden constitucional. Sin embargo, son imprescindibles cambios profundos de las reglas políticas de nuestra sociedad. De lo contrario la estabilidad institucional sería imposible". (*El Universo*, enero 22, 2000)

La espectacularización del movimiento popular

Tanto en el derrocamiento de Mahuad como en el de Bucaram, la gran mayoría de los ecuatorianos vivieron mediáticamente la política. La transmisión en vivo y en directo se impuso al receptor como fiel reflejo del mundo. Pero, como lo demuestran otras experiencias, la presencia *in situ* de los media contribuye a desencadenar efervescencias destinadas a satisfacer el ojo de la cámara. Así, el acontecimiento político se socializó desde la dramatización articulada por el guión televisivo.

La puesta en escena marcó una huella en el discurso periodístico que puede ser rastreada a partir del análisis de la retórica policial que los diarios privilegiaron en aquel momento. La crónica roja aportó a la mirada del acontecimiento político la expectativa de violencia, sufrimiento e, inclusive, muerte. En ese contexto, el impacto emocional,

estimulado por la imagen espectacular,⁸² logró forzar una homogenización en la jerarquía de las acciones y en la orientación de su lectura.

Así, el universo mediático configuró una atmósfera que acogió a cada medio en un conglomerado único y sumergió al televidente, lector u oyente. Impregnada por el poder, esa atmósfera mediática demostró capacidad para generar movilización y desmovilización social. Por ello, la transmisión en vivo de la marcha del 5 de febrero y su reproducción, al día siguiente en una fotografía de página entera, que casi convirtió a la portada de *Hoy* en un afiche a todo color, se incorporó como un elemento más de la concentración política. Recreó las tomas que la televisión difundió, durante todo el día anterior, al punto en que su continua repetición fue multiplicando en la retina del televidente la magnitud de la manifestación. Así, a una congregación —calculada en cien mil personas— se le arrogó la representación de dos millones de movilizados.⁸³

La repetitiva difusión de la marcha perennizó una movilización efímera. El 6 de febrero, mientras estas publicaciones circulaban profusamente en la capital, el Congreso Nacional se reunía para decidir la suerte del Presidente de la República. Los periódicos anunciaron —como en un exit poll— que dos millones de ciudadanos habían estado en las calles. Difícilmente, un diputado podía negarse a la exigencia de dos millones de voluntades. Un extraño desplazamiento de escenarios proveía al sucesor de Bucaram de algo muy semejante a dos millones de votos. La resolución parlamentaria estaba legitimada de antemano.

Se había realizado una "sucesión democrática",⁸⁴ y así fue aceptada por los

⁸² Este espectáculo mediático es radicalmente distinto al espectáculo popular, entendido como aquel que "procura, de forma inseparable, la participación individual del espectador en el espectáculo y la participación colectiva en la fiesta cuya ocasión es el propio espectáculo". Bourdieu, Pierre, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus Humanidades, Madrid, 1991, p. 32

⁸³ La contabilidad de 100.000 personas en la marcha de Los Shyris y de dos millones de movilizados en el país, la proporcionó *El Comercio*. Diario *Hoy* se mostró aún más generoso y, recurriendo a una fuente legitimadora, confirmó que, "según Cedatos, 2.2 millones de personas habían marchado en todo el país". (*Hoy*, febrero 6 1997)

⁸⁴ Se parte de la supuesta existencia de un pacto fundacional de la democracia ecuatoriana que se mantuvo en febrero de 1997. A ello apunta Echeverría cuando afirma: "La substitución del Presidente por un miembro de la legislatura, utilizando la figura inexistente en la Constitución del interinazgo, y el desconocimiento de la tradición jurídica de la sucesión presidencial por parte del vicepresidente electo, terminaron por cerrar el círculo de la ruptura de la legalidad constitucional.

movilizados, al grado en que el vicepresidente de la Conaie anunció: "los bloqueos de las carreteras continuarán hasta que Alarcón sea reconocido como presidente de la República" (*El Telégrafo*, febrero 8 1997). Casi se podría suponer que el Interinazgo había sido el objetivo final de la toma de la Catedral de Quito.

Las imágenes difundidas en el 2000 fueron radicalmente distintas. Las fotografías privilegiaron a dos Triunviratos, respaldados por unos cuantos militares y algunos miles de indígenas. El protagonismo se individualizó en los fallidos gobernantes, con lo cual se dio paso a la intuición de resentimientos y ambiciones personales.

El pueblo movilizado quedó fuera y, una vez deslegitimado el sentido del hecho político, el discurso mediático sólo pudo entregar una visión cínica de los hechos políticos, dominados por intereses particulares. La lectura integral y coherente del hecho político se anuló en medio del juego de diferencias triviales, vaciando al suceso de su espesor histórico. Finalmente, el mundo del detalle comunicado fragmentó el proceso y su sentido, hasta volverlos invisibles.

La producción mediática privilegió la contemplación sobre la explicación y la reflexión, entregó fragmentos inconexos de documentales y opiniones, generando una realidad desestructurada, en la que es muy débil la línea divisoria entre el reportaje y la ficción. Lo parcial fue autonomizado, impidiendo una mirada del conjunto y el actor se individualizó en ruptura con el colectivo, convirtiendo a la retórica política en un mosaico de efímeras banalidades.

En 1997, el Congreso decidió la suerte de Bucaram y los media confirmaron la naturaleza *democrática* del movimiento. "El Congreso fue una suerte de imán, que atrajo a casi todas las marchas que desfilaron en la capital", (*Hoy*, febrero 6 1997) afirmó el matutino quiteño resaltando la legitimidad del escenario reconocido por la

[...] A pesar de que está claro que estos eventos alteraron la vigencia constitucional, no se produjo una ruptura democrática, en cuanto no se rompió el acuerdo fundacional que sustenta a la democracia y que se concretiza en el pacto civil-militar".

Echeverría, Julio, *La democracia bloqueada*, Letras, Quito, 1997, pp. 104-105

movilización ciudadana.

Pero no sólo el escenario era legítimo, también lo eran sus líderes: "Freddy Ehlers, Rodrigo Paz, Rodrigo Borja, Osvaldo Hurtado, Jamil Mahuad, Blasco Peñaherrera, Jaime Nebot, Sixto Durán Ballén, miles de estudiantes, amas de casa, trabajadores... a una sola voz pidieron la destitución del presidente Bucaram". El régimen de verdad de una sociedad está ligado a la forma del discurso político oficial y a las instituciones que lo producen; esa verdad construye escenarios que tornan legítimo un acontecimiento.

Protagonistas, acciones y escenarios legitimados por su institucionalidad produjeron un golpe de Estado aclamado como ejemplarmente democrático. "El Paro Cívico Nacional del 5 de febrero fue catalogado como la más grande manifestación popular en los últimos 50 años en el Ecuador", afirmó *Hoy*, (febrero 7 1997) en medio de un recuento gráfico de los participantes: niños, pobladores rurales, obreros de la construcción, mujeres, artistas, personas de la tercera edad, indígenas, religiosas e incluso un 'grafitero' que "se disputa la pared con un guardia privado". Esas imágenes llegaron a construir una memoria en la que nadie faltó: es la masa heroica y difusa que derriba presidentes.

A diferencia del 97, la movilización del 2000 no fue considerada épica sino vandálica. Hubo "cerco y humillación en el Parlamento" (*Expreso*, enero 21 2000), los indígenas "obligaron a empleados legislativos a bailar danzas autóctonas, además a pintarse la cara" (*El Universo*, enero 21 2000), Guayaquil quedó "prácticamente a merced de grupos revoltosos que cometieron toda clase de desafueros en contra de la urbe" (*El Universo*, enero 28 2000) y, "con los periodistas se mostraron agresivos".⁸⁵

Finalmente, la irrupción de sectores subordinados en escenarios privilegiados del poder fue calificada de "golpismo antidemocrático". La televisión fue la primera en estigmatizar a la rebelión popular como golpe de Estado,⁸⁶ valoración alimentada por la

⁸⁵ Esta última memoria es de una periodista de *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 24

⁸⁶ En estas circunstancias, la noción de golpe de Estado se utilizó como estigma y no como categoría política. Por definición, el golpe de Estado nace en las alturas del gobierno y se dirige hacia abajo para imponer un orden y sus actores son los propios gobernantes. Los movimientos insurgentes que nacen de abajo, que se generan entre los gobernados y se dirigen a arrebatarse el poder a quienes

repetición de escenas que enfocaban acciones y palabras violentas.

Esa lectura ya se había anticipado en los días anteriores a la rebelión. Entonces, la presencia de actores dominados que habían excedido sus escenarios *naturales*, fue denunciada por un protagonista legítimo. "Veo unos payasos y extremistas" fue la frase de León Febres Cordero, recogida por *Hoy*, (enero 14 2000) exigiendo el retorno de los subordinados a los escenarios de donde nunca debieron salir. "Los curas a la iglesia y los idiotas al manicomio", insistió el Alcalde de Guayaquil.

Su incursión había adquirido el matiz de lo insólito y fue leída como hecho episódico, en contradicción con el contexto social de sus actores. La presencia indígena en el Congreso atropelló un espacio símbolo de la élite política, humillada cuando "los curules fueron ocupados por indígenas que suplantaron los nombres de los diputados con los de sus dirigentes". La descripción periodística⁸⁷ desvinculaba la acción del sentido planteado por sus actores y redujo una expresión política a un acto impulsivo.

Por último, la violencia colectiva devino violencia anómica y, vaciada de sentido político⁸⁸, se tornó ininteligible para la comunicación. La retórica periodística llenó el vacío con interpretaciones metafóricas: vandalismo, alboroto, subversión.

En 1997, las acciones vandálicas tuvieron escenarios menos oficiales. Se concentraron en las calles de Guayaquil⁸⁹ y corrieron a cargo de la "Marcha de pobres por Bucaram". Allí "desfilaban grupos de hasta cinco jóvenes armados con palos al grito de 'a nosotros nadie nos bota'". (*Hoy*, febrero 5 1997) Las acciones cobraron

hoy lo detentan, se definen como rebeliones.

Ver Borja Rodrigo, *Enciclopedia de la política*, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 468 y p. 817

⁸⁷ "El Golpe", *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 21

⁸⁸ Cuando hablamos de vaciamiento de sentido, lo hacemos sólo en referencia al sentido disruptor, cuya ilegibilidad es cubierta por el sentido dominante. "En el funcionamiento de una sociedad, nada es extraño al sentido; el sentido se encuentra en todas partes. Ahora bien, también lo ideológico y el poder se encuentran en todas partes. Dicho de otra manera: todo fenómeno social puede 'leerse' en relación con lo ideológico y en relación con el poder. Decir que lo ideológico, que el poder, se encuentra en todas, es afirmar un principio de lectura".

Verón Eliseo, *Semiosis de lo ideológico y del poder*, p. 14

⁸⁹ Aunque Guayaquil fue el centro del "caos", la prensa también alertó de su posible propagación a otras provincias costeñas. "Las provincias de Esmeraldas y El Oro se proclamaron ayer Estados federales" informaba *El Universo*. (febrero 7 1997)

dimensión con la presencia del propio presidente en el puerto principal. Entonces, "La tensión política se trasladó ayer a Guayaquil, Abdalá Bucaram comenzó a desarrollar una estrategia para prolongar la inestabilidad política y convertirse en un foco permanente de agitación". (*Hoy*, febrero 9 1997) Aunque provenían del presidente de la República, esos hechos sólo podían leerse como persistencia de actos marginales en el campo de la política.

Desde esa experiencia, en enero de 2000, la transmisión mediática esperaba también un golpe de Estado incruento, limpio, camino abierto hacia el consenso. Pero, para que esto se cumpliera, era necesario que el adversario derrotado, los rebeldes, fueran considerados como agresores. Eran ellos quienes estaban dispuestos a emplear la fuerza, jamás el gobernante vencedor. Una vez más, la paz debía nacer del ocultamiento de la guerra en la política.

Pero, el 21 de enero, los coroneles no portaban armas y los indígenas se enfrentaron con su sólo cuerpo. Sin embargo, entre el día 11 y el 21 —entre la instalación del Parlamento de los Pueblos y la rebelión—, transcurrieron diez días que sirvieron para identificar culpables. El crimen de los rebeldes no fue exigir la salida de un presidente caído, fue cuestionar las formas de reproducción institucional del poder. Y, esa es "Una ruptura irreversible", como anticipó el análisis de *El Comercio*, (enero 14 2000) "Los dirigentes indígenas y sociales han respondido cogiendo un atajo: han decidido jugar a ser un contrapoder [...] cortocircuitar los mecanismos actuales del Estado y poner a la sociedad, en su conjunto, ante una disyuntiva: o se cambia el modelo imperante o ellos ponen a funcionar su capacidad de bloqueo".

Nuevamente, se apela a la denuncia del "bloqueo", eufemismo con que *El Comercio* suele referirse a toda acción que dificulte la satisfacción de los apetitos de la élite. En esa ocasión, además, era un "bloqueo antidemocrático", ya que los indígenas "confían en la movilización y en su presencia y presión antes que en recursos tradicionales, como el voto". (*El Comercio*, enero 17 2000) Los subordinados, una vez más, fueron reos de pretender introducir lo profano en el campo de lo sacro.

Simultáneamente, la mirada sobre el movimiento indígena se desplazó de la imagen de colectivo sacrificado —hombre paciente que trabaja y sufre en silencio—, a la del agresor. Había perdido su halo romántico y el sitio históricamente cedido por la conmiseración. "Nos hemos convertido en un país sin mayoría gobernado por minorías que excluyen a quienes son disímiles", denunciaba *El Telégrafo*. (enero 22 2000) Al *atentar* contra el pueblo, los indígenas se diferenciaban de él y permitían que el pueblo conserve la posición de víctima, asignada por el guión dramático que afirma: "toda crisis siempre afecta a los más pobres".

Para el discurso moderno, el orden democrático presupone estabilidad. La crisis, la confrontación y la lucha han sido incautadas en aras del contrato; mantener la democracia es conservar la paz constreñida por el orden jurídico. Por ello, desde su difusión mediática, el 21 de enero sólo podía mirarse como una ruptura episódica de la normalidad estatuida.

El espectador legitima el derrocamiento

La transmisión en directo origina un espacio circunscrito al momento inmediato. El pasado y el futuro se disuelven en la sobresaturación del detalle presente. El ritmo de la prensa es el de la novedad diaria, el impreso no puede repetirse más allá de la jornada. El presente lo es todo y todo se disuelve en el momento. Sólo la novedad es apreciable por los mass-media y, en su búsqueda, la noticia diluye procesos sociales en acciones coyunturales, privilegiando el shock de la imagen catalizadora de emociones fuertes.

Estimulando la sensación de *anormalidad* en los sucesos del 21 de enero, los diarios diseñaron secciones especiales con nombres e iconografías específicas: "La Asonada", "Lo político", "La agitación", tituló *El Comercio* a sus nuevas páginas; "Primeros tiros de los golpistas", fue la oferta del suplemento especial de *Hoy*; y, "Ecuador en crisis", la novedad informativa de *El Universo*. De esta manera, la diagramación contribuyó a una lectura crispada del suceso.

Sin embargo, el peso informativo recayó en la televisión y la transmisión televisada impuso el criterio de lo real como lo filmable. Solo vivimos el presente y éste se muestra en un gran despliegue de imágenes, por eso suponemos conocerlo, aunque la información desordenada y fragmentadamente recibida devenga espejos que sumergen a la totalidad en la penumbra. En el mundo de lo visible, sólo lo particular puede ser conocido.

Una movilización de masas, una rebelión popular y dos golpes de Estado se transformaron en tempestades mediáticas, donde la sobre-información condujo a la desinformación. La avalancha noticiosa indiferenció, en un torrente único, lo trascendente y lo banal, histrionizando al receptor embebido en la ilusión de que se informaba, pero además, de que participaba. El espectador que ve con sus propios ojos cree asistir a los hechos,⁹⁰ los da por verdaderos, se transforma en testigo directo del acontecimiento. Así, el soporte tecnológico convirtió al televidente, primero en testigo y, finalmente, en actor.

El efecto de realidad se consolidó gracias a la propia transmisión, que aparece como garantía de autenticidad del suceso. El reportero es percibido como una prolongación de los sentidos del espectador, su cuerpo es un cuerpo virtual a través del cual el televidente se supone en el escenario mismo del acontecimiento y, por tanto, lo conoce. El desplazamiento de lo real por lo virtual fue tan poderoso, que "Por ahora, la ministra Fiscal, Mariana Yépez, amenazó con enjuiciar a todos quienes participaron en la asonada por conspirar en contra del orden constituido; para ello revisará las imágenes grabadas por los canales de televisión durante la jornada del viernes". (*Hoy*, enero 23 2000) No hay realidad fuera del enunciado, parece ser el nuevo lema de la justicia ecuatoriana, no solo politizada sino también *mass-mediatizada*.⁹¹

⁹⁰ De esta manera se consolida la verosimilitud del hecho. Como afirma Ramonet, "¿Qué es lo verdadero? ¿Las circunstancias que hacen que se produzca ese acontecimiento o las lágrimas que caen de mis ojos y que son, realmente, materiales y concretas? Y, además, como mis lágrimas son verdaderas yo creo que lo que he visto es verdadero".

Ramonet, Ignacio, *La tiranía de la comunicación*, p. 35

⁹¹ Esta orientación de la vindicta pública, tendente a admitir informaciones producidas por los mass-media como pruebas penales, tiene sus antecedentes inmediatos en el caso "gastos reservados" levantado contra el ex vicepresidente Dahik y, posteriormente, en varios juicios instaurados contra

Cuando el periodista mira a la cámara y da testimonio de lo que ve, realiza una función de mediación que distancia al medio del suceso, al tiempo que establece un espacio de complicidad con el espectador. Los media se asumen como representantes del público. "El país quiere saber", es el slogan que concretó la interfaz político-informativa, dando cuenta de un espectador que, implícitamente, delegaba su conocimiento en el reportero.

Esa interfaz, usualmente utilizada ante los gobernantes, durante la rebelión de enero se trasladó frente al colectivo movilizado. Entonces, "la ciudadanía quiere saber lo que harán los indígenas" afirmaba un periodista, construyendo un "nosotros" —periodista y receptor— estructurado en oposición a un "ellos" —el colectivo diferenciado—. Así, el espectador se individualizó y rompió con un colectivo del cual, en otras condiciones, pudo haberse sentido parte.

La ausencia de edición en la transmisión en vivo potencia el efecto de realidad. Se sugiere la posibilidad de imágenes y presencias distintas al discurso cotidiano del poder, en tanto la espontaneidad guía la cámara. Pero, es justamente en lo espontáneo donde priman las normas y criterios filmicos impuestos por el entrenamiento. Por ello, se puede hablar de la existencia de un guión cinematográfico que articula la semantización de los acontecimientos políticos.

Al margen de un trabajo de preparación consciente y previo de los reporteros que cubren el hecho, lo espontáneo no es otra cosa que el mundo de la vida compartido por periodista, camarógrafo y espectador. Las palabras que utilizará el reportero para relatar el suceso son tan predecibles como el ángulo y enfoque que conducirán la cámara.

El acontecimiento es inesperado, no así el discurso que lo volverá legible. Integrado a modelos precedentes, lo habitual en la forma discursiva se impone. Así lo demostró la transmisión de febrero del 97, ricamente descrita por el propio Abdalá Bucaram:

el ex presidente Bucaram.

Como en un partido de fútbol, las primeras imágenes correspondían a tomas en las sedes de los partidos involucrados en el golpe y en las casas de los políticos confabulados. Luego venían los videos de masas, rondas de comentarios delirantes y aspirantes a integrar las alineaciones de los equipos ministeriales del régimen que me sucedería. Y volvían al reprise insistente de masas. Después se dedicaron a entrevistar a los directores técnicos de la conspiración, León Febres Cordero, César Verduga, Heinz Moeller, Jaime Nebot, Fabián Alarcón. Cuando se dio el pitazo inicial, la transmisión tenía el vértigo de la narración de un partido de final de campeonato en la voz del periodista deportivo, Petronio Salazar.⁹²

La vorágine con que el espectáculo se despliega, atrapa a un público que percibe al lente de la cámara como prolongación de su propio cuerpo. El espectador se supone testigo y su visión se revierte en elemento legitimador del suceso comunicado. Finalmente, lo imaginario copa la única realidad socializada, pero además, contribuye a gestar esa realidad.

"A las 16:10, el ex mandatario abandonó el Palacio de Carondelet" según habría constatado el reportero que escribió la noticia (*El Comercio*, enero 22 2000), horas después de que "El Ministro de Defensa, Carlos Mendoza pidió públicamente, a través de una rueda de prensa, la renuncia del presidente Jamil Mahuad Witt" (*El Universo*, enero 22 2000). La tecnología de la comunicación de masas no sólo ha cambiado las formas de la política, sino que ha absorbido algunas de sus funciones.

El general Mendoza escogió a los medios de comunicación de masas como escenario apropiado para exigir al Presidente de la República que dimita. Y, desde el mismo escenario, contestó Mahuad: "El día de ayer para disfrazar el golpe militar que se fraguaba, un grupo de golpistas me pidió que renunciara y yo le dije en cadena de televisión que no podía renunciar". (*El Universo*, enero 23 2000). Es ocioso pensar que las cosas habrían sido diferentes sin la preponderancia de los media.

⁹² Bucaram, Abdalá, *Golpe de Estado*, p. 256

Esa información socializada, aquella que se comparte y crea un vínculo de comunidad, es la percepción social misma. Lo que queda fuera del espectro expositivo parecería no existir y así lo es, de hecho, para efectos de su reconocimiento. La palabra y la imagen comunicadas son asumidas como propias por el espectador. Por ello, *El Comercio* pudo declarar, el 22 de enero, que "La proclamación del triunvirato se dio mientras en el país crecía la reacción anti-golpistas, dirigidas en Guayaquil por dirigentes partidistas y relievada en Quito por manifestantes espontáneos". La primera referencia alude a León Febres Cordero y los líderes del PSC, la segunda a "cerca de 400 personas [que] iniciaban una vigilia 'democrática' en la tribuna de los Shyris", según la generosa contabilidad del mismo diario.

La batalla de los ejércitos virtuales

Gracias al efecto de realidad, el sujeto de la enunciación se diluye y la realidad se realiza en el enunciado. Los media se presentan como simples transmisores del hecho, al tiempo que la decisión de veracidad pasa al receptor. Sin embargo, momentos políticos como éste dejan sin piso el sobre utilizado argumento de que sólo "transparentan" los hechos y confirman que "es falso que la televisión se limite a reflejar los cambios que se están produciendo en la sociedad y en su cultura. En realidad, la televisión refleja los cambios que promueve e inspira a largo plazo".⁹³ Podemos ampliar esa aseveración a toda la atmósfera mediática.

Los media no generan el hecho, pero al enfocarlo, describirlo o interpretarlo de una manera determinada, producen el acontecimiento como un nuevo nivel de la realidad. El sensacionalismo de la información suscita reacciones que, a su vez, se convierten en sucesos noticiables. La noticia crea noticia, hay un efecto multiplicador, articulado por

⁹³ Que este aserto de Sartori sea válido para la acción de los media ecuatorianos, ratifica la determinación tecnológica en la comunicación de masas.

Sartori, Giovanni, *Homo videns: La sociedad teledirigida*, Taurus Pensamiento, Madrid, 1998, p. 72

la disputa del mercado y, como lo afirmara el director de un telediario, el 21 de enero la competencia fue feroz.

La altísima audiencia que la jornada proporcionaba, estimuló formas espectaculares que aseguraran el raiting para el momento y la publicidad para el futuro. La actividad fue altamente redituable, sobre todo para la televisión, pero su dinámica arrastró a la prensa escrita.

Un llamativo ejemplo lo proporcionó el noticiero de Telesistema. Deslizándose por el sendero de lo privado, las entrevistas realizadas por ese canal dieron al periodista la posibilidad de reemplazar al político y, lejos de desmarcarse de las posiciones vertidas por la televisión, las ediciones escritas reforzaron esa orientación. *El Universo* recogió la producción televisiva como una noticia más: "El pronunciamiento hecho por la totalidad de los jefes de reparto a Telesistema le quitó piso al movimiento y pesó de forma sustancial en la decisión del Comando Conjunto para posesionar a Gustavo Noboa Bejarano". (*El Universo*, enero 23 2000)

Cuando los media se citan unos a otros, refrendan su capacidad para generar consensos y consolidar memorias. Al mismo tiempo estimulan olvidos, como el detalle de que las entrevistas realizadas a los jefes de reparto fueron incentivadas por una declaración inicial del Ministerio de Defensa. Obviamente, el director del telediario debió considerar que esa era la fuente de mayor legitimidad y, por tanto, legitimadora de su propia visión noticiosa. El mundo de la vida se impuso en un periodista que, en medio de una rebelión, buscó en el Ministerio de Defensa la voz oficial, la única que él podía reconocer como objetiva.⁹⁴

La palabra del vocero legítimo, informando que la mayoría de repartos militares estaban contra el Triunvirato de Salvación Nacional, fue difundida desde el plató del estudio televisivo varias horas antes de que el Gral. Mendoza se uniera al Triunvirato.

⁹⁴ La objetividad en la comunicación es el reconocimiento de valores compartidos. "Reclamar de un medio la 'objetividad' consiste en pedirle que, de los acontecimientos de los cuales habla, haga la descripción que yo habría hecho si hubiese estado allí". Verón, Eliseo, *Efectos de agenda*, p. 105

El desplazamiento de las condiciones de enunciación volvió invisible el hábitus y el enunciado cobró capacidad performativa.

Las entrevistas pusieron en movimiento tanques y cañones virtuales, convirtiendo al hecho periodístico en una acción política más. La mutua audición de las declaraciones de los regimientos militares en la línea marcada por el Ministerio de Defensa, actuó como factor de inhibición para cualquier posición distinta. Quien se manifestase a favor de los rebeldes se sometía a la posible sanción que el mando había insinuado.

La difusión de esas posiciones fue juntando fuerzas que formaron un cerco social frente a los coroneles insurrectos. Ello, en circunstancias en que coroneles y generales discutían sus diferencias en Carondelet, configuró un nuevo elemento de presión que pudo contribuir a que el coronel Gutiérrez se subordinara a la dirección del general Mendoza. Desde ese momento, los rebeldes cedieron paso a los golpistas.

Finalmente, el dispositivo de la comunicación impidió mirar el contexto de la rebelión, aquello que le confería un destino político, sólo recuperable a partir del seguimiento del suceso social e históricamente concebido. Pero esa condición es ajena a la lógica de la información mediática, sobre todo en condiciones de transmisión en tiempo real.

Consensos mediáticos para la sucesión presidencial

También en el derrocamiento de Abdalá Bucaram, acciones y escenarios compusieron un mosaico excluyente del proceso social. Ideas y propuestas políticas pertenecen al campo de lo abstracto que, por carecer de imagen, queda fuera del interés de la producción mediática. En el lente periodístico, cada protagonista se redujo a su acción y su pensamiento, a la frase que ancla una fotografía. Así, la polisemia propia de la imagen fue restringida y el lector orientado hacia una comprensión unívoca.

Una buena muestra de esa retórica periodística fue la portada de *El Telégrafo* del 7 febrero del 97. Apoyados en la fotografía de cada actor, destellan titulares como: ¡Tres

Presidentes!", "Fuerzas Armadas no asumirán el poder del país", "Alarcón Presidente interino", "Abdalá desconoce lo actuado por el Congreso", "Rosalía se autodesignó como Presidenta de la República". Condensación que promueve, inevitablemente, extremos sin matices. Ese resultado, fue precedido por la polarización maniquea que construyó y deconstruyó legitimidades, apoyándose en canales de identificación y de rechazo reconocibles por el público.

Lo que la televisión filma y lo que la prensa fotografía forja una política altamente personalizada y allá se encaminaron los media, en búsqueda del respaldo de generadores de opinión reconocidos. "Personalidades del país descalifican a Bucaram", se tituló al arco iris formado por pronunciamientos como: "Es preocupante el grado de corrupción": Borja; "Gobierno corrupto debe terminar": Hurtado; "Hay que restaurar la paz y la dignidad: Durán Ballén; "Ecuador vive situación inaguantable": Nebot. Mientras el futuro mandatario anuncia su línea, "No se permitirá actos de violencia": Mahuad. (*El Telégrafo*, febrero 5 1997)

Gracias a *flashes*, donde la imagen se consolidó a través de la palabra impactante, *El Universo* y *El Telégrafo*, del 22 de enero, jerarquizaron títulos con frases de un tenor semejante. "País ha llegado a la anarquía": Hurtado; "Gobierno de Mahuad originó crisis": Borja; "Debe ser sensible y renunciar": Pons; "No al golpismo, sí a la renuncia de Jamil": Nebot. El propio Abdalá Bucaram se sumó al coro: "La justicia tarda pero no olvida". Y, en un caso de excepcional mala memoria, el ex presidente interino Fabián Alarcón sostuvo: "No hay derecho para que se pretenda romper orden constitucional".

La información troceada se inscribió en un contexto organizador de relevancias. Y la lectura parcial cobró significado desde una red de comprensión global auspiciadora de omisiones o abundancias en el detalle.

La ruptura de la cotidianidad también autorizó a la prensa escrita a actuar directamente en la política. Los editoriales rebasaron el discurso académico para convertirse en indicaciones dirigidas a la cúpula dirigente, de la cual la gran prensa forma parte. En esa línea, un hecho notable en la comunicación de masas en el país,

fueron las cartas abiertas que *El Comercio* dirigió tanto a Abdalá Bucaram como a Jamil Mahuad, poco antes de sus respectivos derrocamientos.

Visualmente, resulta aún más impactante que *El Universo* haya optado, el 8 de febrero del 97, por una portada íntegramente editorial. El propio diario justificó en la novedad del momento la abrupta ruptura de su diagramación: "La encrucijada político-jurídica que vive el país demanda el debate nacional extenso y claro. Lo que se expresa en esta página son pareceres de opinión que aspiramos sirvan para la discusión política que eventualmente —ojalá— contribuyan a hacer de esta una sociedad justa, solidaria y civilizada".

En la misma fecha, el editorial central del mayor matutino quiteño abrió los cauces para la búsqueda de una *solución consensuada*. Al gran titular: "El bloqueo político se afianzó ayer", le sigue la noticia-editorial titulada: "*El Comercio* pide que los tres renuncien". La exigencia del diario buscó su legitimación en la memoria dramática: "Las imágenes de televisión son sobrecogedoras, los gestos de violencia elocuentes, los discursos cada vez más incendiarios y las conductas más desafiantes".

Esa retórica amparó la actoría política explícita del medio y "Este diario, en su editorial, presenta una fórmula a la consideración de la nación. Lo que perseguimos es alejar al país del único escenario que en este momento se contempla, el enfrentamiento entre ecuatorianos. Un día perdido puede ser fatal". (*El Comercio*, febrero 8 1997) El dramatismo de la última frase recalca el imperativo de que la "fórmula" propuesta sea acatada por los actores en disputa.

Planteamientos periodísticos de ese tipo gestaron el escenario adecuado para que surgiera el proyecto de un "Nuevo Mandatario por consenso", propuesto por Sixto Durán Ballén y Osvaldo Hurtado, según titular de *El Universo*. (febrero 9 1997) El espacio en off incidió en la noticia, no se pregunta consenso entre quienes; la opinión dominante lo aporta como un supuesto de gobernabilidad. El consenso de las élites puede reemplazar al voto popular cuando éste demuestra que también "el pueblo se equivoca".

Pero arribar a un consenso no era una cuestión simple. Como *El Comercio* recordó en su edición del 17 de febrero, "el nombre de Alarcón no sedujo para nada a la DP, Verduga mismo se encargó de hacerlo saber. Ellos tenían como primera opción en su baraja a un costeño: Gustavo Noboa. Osvaldo Hurtado apoyaba ese nombre".⁹⁵ En todo caso, más vale tarde que nunca; el proverbio popular se cumplió dos años después.

La decisión del Congreso del 22 de enero de 2000 no tuvo en su haber los detalles épicos de la del 6 febrero de 1997. Entonces, como verdaderos cruzados por la democracia, los ex presidentes Rodrigo Borja y Osvaldo Hurtado rompieron "el impresionante cerco policial y militar dispuesto por el gobierno" e ingresaron en la sede del Congreso "para pedir la destitución de Bucaram". (*Hoy*, febrero 6 1997) Por ello, una vez que el Congreso cumplió con este mandato y, "Al conocerse la noticia, las campanas de la Catedral de Quito se hicieron escuchar y los vehículos hicieron sonar sus bocinas". (*Hoy*, febrero 7 1997).

Allí nació la célebre imagen de *La Camioneta*, surgida de la descripción del recién electo presidente interino, recorriendo "las calles de Quito junto a líderes políticos para reclamar la legitimidad de su nombramiento". (*El Telégrafo*, febrero 8 1997) Se confiaba en que el aplauso ciudadano restaurase la ruptura constitucional.

De la misma manera en que orienta la lectura de lo dicho, la normatividad del discurso insinúa la naturaleza de lo no-dicho. Lo oculto se inscribe en el mismo mundo de la vida, en la mismas reglas de lo visible, por ello, su visibilización es más cercana al sensacionalismo mediático que a la modificación de la naturaleza del proceso social. El lector no supone conocerlo todo, aunque cree tener acceso a lo relevante oficial, complementado por aquello que se difunde como rumor y que forma parte del mismo contexto.

⁹⁵ En forma más sutil, *Hoy* (febrero 6 1997) planteó: "Por lo pronto, cuatro nombres suenan para ocupar durante un semestre la posible vacante de Carondelet: Fabián Alarcón Rivera, Carlos Solórzano Constantine, Julio César Trujillo y Gustavo Noboa Bejarano". Es decir, el presidente del Congreso Nacional, el presidente de la Corte Suprema de Justicia, el dirigente propuesto por la Coordinadora de Movimientos Sociales y el futuro presidente Gustavo Noboa Bejarano.

Que no todo rumor responde a una cualidad subvertora, lo demuestra la mayoría consolidada alrededor del artículo 100 para cesar a Bucaram primero y a Mahuad después. Nacida como un rumor, se distribuyó socialmente como la única posibilidad de obviar el enjuiciamiento político.⁹⁶ La resolución de "abandono del cargo" ha demostrado una elasticidad a prueba de circunstancias. Pocos días antes del golpe del 97, el entonces diputado del Frente Nacional, César Verduga, anticipó que "si el presidente no suspende las medidas, se debe pensar un abandono del cargo". (*Hoy*, enero 30 1997)

Pero, el resquebrajamiento constitucional provocó temores que se traslucieron en la prensa. "Se ha designado un Presidente interino de la República con una disposición que nada autoriza al respecto", denunció *El Universo* en su portada-editorial del 8 de febrero. *Vistazo* retomó la preocupación, opinando que Bucaram había perdido "la legitimidad de su mandato. El Congreso Nacional debía revocárselo, pero al hacerlo optó por el camino indebido". La revista soportó esta afirmación en el en vivo y en directo: "La ilegalidad quedó descubierta a los ojos del país y el mundo, durante la transmisión televisada en directo de la sesión del seis de febrero".⁹⁷

Por supuesto, el culpable de la ruptura era el propio Bucaram. "La irresponsabilidad del presidente cesado no dio siquiera tiempo para que la renovación del Congreso permitiera reflejar allí el rechazo general", reclamó airado *Hoy* (febrero 10 1997). Una nueva elección parlamentaria hubiera aportado con los votos necesarios para el juicio político, pero Abdalá Bucaram no permitió que la oposición actuara constitucionalmente como, el diario sugiere, era su deseo —de la oposición y también del diario—. De allí, el temor de que "los vacíos constitucionales" y "las ambiciones políticas" pudieran llegar a "frustrar una movilización colectiva que terminó con un régimen cuestionado y forzó al Congreso y a las Fuerzas Armadas a actuar en beneficio de la democracia".

⁹⁶ Para censurar y destituir al primer mandatario se requiere 55 votos, mientras, para aplicar el Art. 100 de la Constitución, por el cual se declara vacante el cargo, se necesitan 42 votos. (Ver *El Telégrafo*, febrero 5 1997)

⁹⁷ "El país resistió el trauma", editorial central de *Vistazo*, N° 708, Guayaquil, febrero 20 1997, p. 6

(*Hoy*, febrero 10 1997)

La decisión del Parlamento y la cúpula castrense encontró otro factor de legitimación en la *decisión* de los manifestantes. "Mientras Bucaram se escondía en el Palacio de Carondelet", el diario recuerda que en la naturaleza de todo traidor siempre se encuentra el cobarde, "la magnitud de la marcha descontroló a los uniformados que desesperados lanzaron toda la dotación de gases lacrimógenos que tenían en ese momento. Una niña aproximadamente de cuatro años de edad resultó asfixiada", relató *Hoy*, (febrero 8 1997) relievando el carácter épico del paro.

Violencia, guerra y sangre son las tres dimensiones de la noticia que mayor rentabilidad producen a un medio. Alrededor de ellas, el discurso policial articula sentimientos de esperanza y de temor. También de la crónica roja, el discurso político obtuvo el indiscutido objetivo de defensa de la propiedad, que involucra desde la cartera hasta la vida.

Los indios son "vándalos", Bucaram era un "agresor". Frente a la violencia, política o anómica, surge un espacio de consenso que legitima la represión estatal. La violencia política puso en tensión a un colectivo que se creyó amenazado en su condición de tal. Con ese soporte, el proceso decantó a su resolución institucional y el Estado asumió su papel de protector de la sociedad a través de sus Fuerzas Armadas. Más que en la arbitrariedad antidemocrática de sus jefes, es en la organización del campo estatal donde se ubica el porqué de la dirimencia armada.

Por ello, cuando en febrero del 97, "el Consejo de Generales y Almirantes se negó a arribar hoy a una decisión que los convirtiera en jueces de la situación política", (*Hoy*, febrero 7 1997) la abstención indujo al mismo periódico a preguntar "¿Dónde está el héroe?" —referencia a Paco Moncayo y su participación en la Guerra del Cenepa—, demandando un arbitraje que pusiera fin a la "grave crisis institucional". Los precedentes volvieron natural que "Las Fuerzas Armadas prácticamente se convirtieron en una especie de 'árbitro' para dirimir esta situación. La población [léase los medios de comunicación] centró su atención en lo que debe decidir el 'pueblo armado'". (*El*

Telégrafo, febrero 8 1997)

El eufemismo "pueblo armado" revistió de civilismo a la cúpula militar y facilitó que la palabra del general José Grijalva fuera aceptada, como incuestionable, por los mismos que pedían una resolución estrictamente civil. Y Grijalva declaró: "El pueblo eligió a un presidente, pero el pueblo pidió también rotundamente que el presidente salga y pienso que el Congreso actuó como debía actuar, cumpliendo lógicamente el mandato del pueblo, y hasta ahí nomás. Lo que viene tendrán que las autoridades dirimir o determinar, si es que es o no legal". (*El Universo*, febrero 9 1997)

Lo que vino después fue la pugna por la Presidencia, que retrajo al país a la vorágine del *flash* informativo. Nuevamente grandes titulares, la realidad fragmentada en el espectáculo múltiple de una ruleta compuesta por rostros y nombres, el discurso político valorado por los dotes escénicos del protagonista. Volvió a reinar el mundo del carisma y así fue tratado por la prensa.

Los fantasmas del establecimiento

La caída de Jamil Mahuad no contó con una movilización épica. La aureola de triunfo popular de 1997, fue reemplazada, en enero del 2000, por una "pesadilla de horror y vergüenza", según declaró el presidente del Congreso también cuestionado por los rebeldes. (*El Telégrafo*, enero 20 2000) "Es un epílogo vergonzoso" fue la frase de Osvaldo Hurtado que recogió *Vistazo*⁹⁸ para añadir, de *motu proprio*, que "ese gobierno solo duró 180 minutos. Tres horas que intentaron borrar 20 años de aparente estabilidad democrática". El periodista intuyó que la política se realiza en las formas, por ello, el escarnio reside en la corta duración del Triunvirato y, ya que fracasó, sus protagonistas serían tratados como criminales.

La teoría política enseña que un golpe de Estado se convierte en delito solo cuando es derrotado, caso contrario, la victoria le aporta legitimidad. La cúpula soldó sus

⁹⁸ "El golpe", *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 16

diferencias con la asunción de quien representaba al poder y contaba con el apoyo de las armas. El 22 de enero, Gustavo Noboa fue investido como Presidente de la República por un general heredero del cargo de Ministro de Defensa.

La prensa resaltó la imagen de que "Un sereno y madrugador Gustavo Noboa asumió, ayer, la Presidencia de la República a las 7:30, en el edificio del Comando Conjunto de las FFAA, en Quito". (*Hoy*, enero 23 2000) El lugar símbolo de la fuerza legítima es, necesariamente, un escenario de alta legitimidad, aunque no haya sido previsto por la Constitución para investir presidentes. El desplazamiento de los espacios democráticos era secundario, en tanto "La sucesión trae tranquilidad al país", según tituló la portada de *El Comercio*. (enero 23 2000)

Las asunciones de ex vicepresidentes, en reemplazo de presidentes derrocados, parecen seguir guiones específicos. El 9 de febrero de 1997, también Arteaga fue posesionada por un heredero del Ministerio de Defensa, "En presencia de las Fuerzas Armadas y en ausencia de los legisladores" y de representantes de las otras funciones del Estado. "Rosalía Arteaga asumió la Presidencia a las 11h55 de ayer en el Salón Amarillo del Palacio de Carondelet, durante una ceremonia en la que estuvo presente el Alto Mando Militar, encabezado por el Jefe del Comando Conjunto y Ministro de Defensa, general Paco Moncayo". (*El Universo*, febrero 10 1997)

La legitimación de un acontecimiento proviene no sólo de su análisis posterior, sino de la emoción que se desata durante el conflicto. La atmósfera mediática garantiza la cohesión emocional de los receptores y, al hacerlo, impone un nuevo elemento con el que los protagonistas deberán contar. Sin embargo, la salida de Jamil Mahuad replanteó el mismo problema jurídico que el derrocamiento de Abdalá Bucaram.

Su enjuiciamiento estaba vedado, no tanto por falta de votos en el Congreso —debían existir, si consideramos la posición adoptada por la alianza de gobierno PSC-DP, desde el mes de diciembre, y los pronunciamientos de los demás partidos políticos— cuanto porque éste hubiera problematizado las políticas internacional y económica del gobierno. Elementos no cuestionados por la coalición que organizó la

sucesión de Noboa.

La victoria había aportado la legitimidad necesaria al nuevo presidente. "Lo que hasta la medianoche del viernes era la vuelta a una dictadura [...] al amanecer retomó nuevamente la vía democrática" señaló la *noticia* central de *El Universo*. (enero 23 2000) Sobre un hecho ya dado, en Guayaquil y varias horas después, el Congreso Nacional proporcionó una cobertura jurídica a la decisión de la cúpula militar.

El Legislativo se sometió a la batuta de León Febres Cordero, quien actuó como "jefe del bloque" mayoritario y "catalizador"⁹⁹ de la reunión. Como publicó *Hoy* en la misma fecha, "El Congreso Nacional declaró por mayoría de votos el abandono del cargo y 'cesación' de funciones de Jamil Mahuad".

Una vez más, se demostraba la elasticidad de la Constitución ecuatoriana, al punto en que el pasado se tornó difuso y, olvidando su propio protagonismo, el Congreso Nacional resolvió "condenar los golpes de Estado que han interrumpido el ordenamiento democrático de 1997 y 2000". (*El Universo*, enero 23 2000)

Pero, tampoco en enero de 2000 fue tarea fácil consolidar la imagen de una sucesión constitucional. En un primer momento, periódicos como *El Comercio* mantuvieron una imagen positiva de Jamil Mahuad, "fue respetable su decisión de no renunciar en defensa del orden constitucional". Aunque su insistencia en que "un presidente derrocado está derrocado, no renuncia, no abandona el cargo" se fue volviendo incómoda. (*El Comercio*, enero 23 2000) Posteriormente, cuando "dijo que los militares le botaron por haber hecho la paz con el Perú", el diario no dudó en afirmar que "Jamil Mahuad está afectando su logro histórico y al país". (*El Comercio*, enero 30 2000)

La fragilidad de la sucesión institucional se había tornado peligrosa, al punto que

⁹⁹ Es interesante ver el reconocimiento de la prensa al gran legitimador de la política nacional. No solo se considera natural la presencia del Alcalde de Guayaquil actuando como "jefe de bloque" en una reunión del Congreso, sino que resalta su derecho a actuar en casa propia, indiciando a los ausentes diputados Moncayo y Yandún como "una tarea de cobardes golpistas que debieron ser sancionados". Haciendo extensivo el escarnio, Febres Cordero afirmó que "Este es un Congreso castrado. Lo que provoca es darles garrote y ser pateados por el pueblo". (*Hoy*, enero 23 2000)

licenció a *Vistazo* a interrogarse si "¿Gutiérrez y su grupo fueron usados para dirigir un plan sainete que usando el movimiento de la Conaie llevó al derrocamiento de Mahuad?".¹⁰⁰ Afianzar los sucesos del 22 exigía volver la mirada exclusivamente al 21 y señalar culpables concretos. El camino lo abrió el especial de *El Comercio*. (enero 30 2000) A nombre de "muchacha gente", el diario cuestionó si "es legítimo y lícito para la democracia que los militares digan cuándo debe retirarse un Mandatario. Lo han hecho con Abdalá Bucaram y Jamil Mahuad".

El discurso —sobre todo el discurso del poder— se fundamenta en presuposiciones que fundan acciones. La declaración presidencial de que el orden se mantendría a cualquier precio, conjugó la promesa de tranquilidad para los buenos ciudadanos con la amenaza de sancionar a los malos. "Noboa es Presidente de la República", "Congreso legitimó a Noboa en el poder" y "Apresan a Crnl. Gutiérrez", fueron los tres titulares de una portada, (*El Telégrafo*, enero 23 2000) que se hizo eco de promesas y amenazas cumplidas. El contexto discursivo unificó la comprensión de su lectura.

Los otros derrotados, los indígenas, se retiraron exhibiendo su fracaso. Los simbolismos se amontonaron: "La retirada de Vargas. [...] salió del Ministerio de Defensa por la puerta trasera", "Un regreso entre la frustración y la ira", fueron algunos aportes de *El Comercio* (enero 23 2000). "Antonio Vargas: del éxtasis a la tristeza en menos de 24 horas", dijo *El Universo*. "Vargas se refugia en la Amazonía", pronosticó *Hoy*.

La información fragmentada estructuró una continuidad de discontinuos, donde lo importante no es la permanencia de cada elemento sino su rápida sustitución. Los árboles ocultaron el bosque. Gutiérrez, Vargas, Solórzano: los culpables se personalizaron.

Incluso Mendoza fue liberado de culpa. El discurso moral contribuyó a identificar la *democrática* actuación del general y la prensa recordó que, al renunciar al segundo Triunvirato, había dicho: "señores, me siento indigno de lo que ha pasado, hasta mi

¹⁰⁰ "Rebeldes con causa", *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 28

familia está indignada".

Pero, moral y familia no fueron sus únicos apoyos: "Mendoza reconoce que con Romero habló dos veces", reveló *Vistazo*.¹⁰¹ También *El Comercio* (enero 26 2000) insistió en que "La amenaza de los EEUU sí pesó, según el *New York Times*, tras la amenaza de aislar a Ecuador, los militares dejaron el poder en manos de un civil". El periódico volvió a recurrir a expresiones de una fuente extranjera a la que consideraba de indiscutible legitimidad.

No obstante, no todos los rebeldes fueron inculcados con igual responsabilidad. "La crisis institucional no la generan los indígenas. Estos hubieran sido incapaces, por sí solos, de crear un cambio de gobierno. La crisis se produjo como resultado de la ruptura que generaron las Fuerzas Armadas", sentenció el editorial central de *El Comercio*, (enero 22 2000) marcando el sendero por el cual la comprensión de los lectores debía caminar.

Desvincular a los indígenas de los militares rebeldes era la nueva tarea de la retórica política. Esa orientación la consolidó el propio presidente. "No justifico a los indígenas, pero el golpe de los coroneles es imperdonable [...] un coronel es de primera categoría", declaró el recién posesionado Gustavo Noboa a *Hoy*. (enero 30 2000) Si los coroneles son de primera categoría, los indígenas deben ser de segunda... afortunadamente, el mandatario olvidó el golpe de los generales.

Insistiendo en la gradación de responsabilidades, la prensa hizo suya la idea de "algunos analistas" e insistió en que "aquí no se puede hablar de traición a los indígenas y coroneles sino de engaño estratégico". (*El Comercio*, enero 23 2000) Más que estrategia, la estratagema reprodujo la fatalidad de quien se enfrenta al poder sin tener condiciones para sustituirlo.

Consumado el destino del débil, la élite victoriosa volvió realidad la previsión literaria: "Dahlamn se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera, que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma, en su mano

¹⁰¹ Información reproducida por "El golpe", *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 21

torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran".¹⁰²

Sin embargo, el Estado moderno no necesita castigar a través de la muerte, prefiere vigilar a través de la vida, sólo se excluye a los culpables para controlar mejor al resto. La democrática cacería se había iniciado, "El que la hace, debe pagarla", tituló *Hoy* su análisis del 2 de febrero, exigiendo castigar a los rebeldes.

Amalgamando sucesos de naturaleza distinta, la prensa contribuyó a sentenciar como golpe de Estado, una rebelión popular. Funcionó la misma lógica de 1997, "nociones ideológicas convenientes tejieron un velo a la realidad. Los hacedores ocultos de todos los golpes de Estado pusieron en marcha su constitucionalismo. [...] el presidente Mahuad fue el derrocado. Lo hicieron, pero se aterrorizaron con algunos movimientos y voces que utilizaron".¹⁰³

En los vencedores quedaba un sabor amargo. Es que "ese golpe, contrariamente al que sufrió Abdalá Bucaram, no salpicó únicamente al residente de Carondelet. De manera ostensible, las masas que participaron en él, señalaron a los tres poderes del Estado como ineficientes y corruptos". (*El Comercio*, febrero 6 2000). Mientras en 1997 se aclamó a Alarcón, en 2000 Vargas "desconoció públicamente la autoridad del presidente de la República, Dr. Gustavo Noboa Bejarano, y llamó a los agremiados en su organización a la desobediencia". (*El Telégrafo*, enero 23 2000).

De allí, la sensación de un proceso inconcluso, alimentado por el temor del opresor que reproduce el reportero: "Los indígenas en los exteriores del Palacio Legislativo guardaban en sus ponchos el sentimiento de la traición. ¡Nos traicionaron! ¡Fuera!, exclamó uno de ellos en tono agresivo y amenazante, aunque ya no tuvo la fuerza de otros días". (*El Universo*, enero 23 2000)

"Pero volveremos", es la frase que quedó suspendida en el aire. El miedo permanece latente, el regreso de los indígenas es uno de los fantasmas fundamentales del establecimiento en Ecuador. A diferencia de febrero del 97, en la rebelión de enero del

¹⁰² Borges, Jorge Luis, *Ficciones*, Editorial Oveja Negra, Buenos Aires, 1984, p. 170

¹⁰³ Este análisis, en contracorriente con la opinión dominante difundida por los media, corresponde a Castillo, Alfredo, "Los afanes ya no serán los mismos", *El Telégrafo*, enero 26 2000

2000, la idea de la trasgresión se hizo presente e individuos fortalecidos por su reconocimiento en el colectivo desafiaron el orden.

Por un instante, la integridad de la imagen construida, desde múltiples fragmentos, se había fisurado. Es la ruptura producida por quien no quiere —o no puede— indiferenciarse en el público orientado por los mass-media; es la prerrogativa del marginal. Momentáneamente, el ojo de Panoptes¹⁰⁴ perdió capacidad disuasiva y redescubrimos que "Las epopeyas populares siguen existiendo, y las astucias de la videopolítica son insuficientes para reducirlas a simulacro o extraviarlas en la vorágine de espectáculos deportivos, musicales y telenovelescos".¹⁰⁵ Pero, solo fue un instante.

La atmósfera mediática recuperó su predominio y, como para los mass-media todo siempre es nuevo, todo surge de repente y nada tiene pasado, la palabra volvió a gozar de la impunidad que el olvido garantiza. En la rápida rotación de novedades, se sepultó la experiencia de lo vivido y, de su huella, surgió una nueva fase de construcción del acontecimiento político: la memoria y la amnesia colectivas.

¹⁰⁴ El panóptico no solo castiga, fundamentalmente vigila. "El aparato disciplinario perfecto permitiría a una sola mirada verlo todo permanentemente. Un punto central sería a la vez fuente de luz que iluminará todo, y lugar de convergencia para todo lo que debe ser sabido: ojo perfecto al cual nada se sustrae y centro hacia el cual están vueltas todas las miradas".
Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión*, p. 178

¹⁰⁵ García-Canclini, Néstor, *Consumidores y Ciudadanos*, Grijalbo, México, p. 197

Capítulo IV

Y LOS VENCEDORES ESCRIBIERON LA HISTORIA

La información revelada reconstruye el acontecimiento

"Dar a la luz pública una versión de hechos sobre los cuales no se ha dicho la última palabra no es una tarea exenta de riesgos. Pero se trata de uno de los riesgos inherentes al oficio periodístico, no ese de reseña de hechos escuetos o de la simple recopilación de versiones, sino de ese otro de gran aliento [...] que quedará como parte sustancial de la historia ecuatoriana contemporánea". Esas frases introductorias de *21 de enero: la vorágine que acabó con Mahuad*, (El Comercio: 2000: 13) advierten del esfuerzo realizado por la prensa escrita para distanciarse del ritmo informativo que impuso la televisión durante la transmisión de la caída de Jamil Mahuad.

Junto a su antecedente, *Ecuador frente al vértigo fatal*, (El Comercio: 1997) los dos libros son la síntesis más lograda del trabajo a que se abocaron los periódicos en los días posteriores al derrocamiento de Jamil Mahuad y Abdalá Bucaram. Tras el apogeo de la información, basada en la potencia de la imagen, la prensa se desmarcó a través del "periodismo de revelación".¹⁰⁶

En el terreno de la recopilación, documentos y declaraciones con información supuestamente comprometedoras, aunque de escaso potencial gráfico, facilitaron a los periódicos retomar la iniciativa con producciones cuyo tono de verdad revelada parte de la dicotomía entre conocimiento e ignorancia, entre quien sabe y quien desconoce.

¹⁰⁶ El periodismo de revelación no debe confundirse con el de investigación, según diferencia Ramonet, Ignacio, *La tiranía de la comunicación*, p. 15

Amplios reportajes, análisis y resúmenes fueron los hitos de una relectura de los sucesos que permitió a la prensa escrita reconquistar su especificidad. Motivo suficiente para declarar que "ir más allá de la parte visible y fragmentaria de los acontecimientos es un verdadero reto periodístico". (El Comercio: 2000: 13)

El objetivo explicitado por el diario fue dar a conocer aquello que el desborde informativo no permitió aprehender en el momento de los hechos. El análisis devolvió especificidad al reportaje escrito, organizó la contextualización del suceso y estableció un espacio de reconocimiento colectivo. La información "revelada" reforzó la idea de un saber jerárquico, donde lo oculto define la importancia, es el saber válido, cuya publicación incorpora al lector al grupo privilegiado que tiene acceso al secreto.

En la búsqueda de esa verdad, la prensa validó fuentes usualmente despreciadas y "es que solo así —con testimonios o denuncias de gente poco recomendable— algunos países han logrado reconstituir parte de esas historias ocultas". (El Comercio: 2000: 114) Al permitir su difusión, el poder exhibió su *vocación democrática* y reafirmó la de los media.

Herederas de "los dueños de la letra",¹⁰⁷ la prensa escrita se considera depositaria de una supuesta conciencia pública y autorizada a diseñar modelos que orientan la comprensión social. Como sujeto privilegiado de enunciación, se asume poseedora de un conocimiento cuya emisión domina y, desde allí, justifica "su tarea esencial: informar con objetividad y contextualizando, revelar las partes no evidentes de la noticia y en las que sin embargo está su meollo, como un aporte mínimo para preservar los resquicios de institucionalidad". (El Comercio: 2000: 10)

A diferencia de la noticia —en su condición de primera narración del hecho—, la recopilación construye un segundo discurso, una narración de lo narrado que supera el ámbito del acontecimiento singular. Por ello, resúmenes y reportajes tienden a

¹⁰⁷ Como afirma Rama, desde la fundación de la República, "los dueños de la letra" demostraron su capacidad de institucionalización. Actualmente, sus funciones siguen estando ligadas a la producción de "modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas". Ver Rama Angel, *La ciudad letrada*, Ediciones del Norte, Hannover, 1984, p. 30

privilegiar los mecanismos retóricos del discurso académico, buscando recuperar, analizar y contextualizar el suceso. Producir los modelos a partir de los cuáles éste será reconocido e interpretado socialmente.

En su elaboración, se articulan el discurso descriptivo y el de opinión. Noticia y análisis se aúnan en la palabra didáctica organizada por una matriz racional, fundamentada en nociones de progreso y entendimiento. Esas raíces aproximan el discurso académico a otra instancia institucional mimada por los mass-media: la educación.

En el puente entre prensa y escuela, la palabra no es solo una forma de aprender o comunicar, ante todo, es una forma de imponer. Periodistas y profesores educan, acción que la modernidad traduce como homogenizar a la población en una comprensión única del movimiento social. El lenguaje oficial generaliza y tipifica lo diverso, conduciendo una comprensión simplificada y uniforme de lo real.

Orientar la comprensión de un acontecimiento político no es un acto exterior al suceso. Por el contrario, el discurso didáctico que valora contribuye a crear sentido y, al hacerlo, se incorpora como un vector más del propio acontecimiento. Así, las recopilaciones antes citadas no se redujeron a una síntesis de los golpes de Estado de 1997 y 2000, constituyen nuevas realidades gestadas a partir del hecho periodístico. De allí su capacidad para consagrar a la prensa escrita, cuando el en vivo y en directo de la transmisión televisiva ha concluido.

Siguiendo ese sendero, las publicaciones-resúmenes se incorporaron como otro factor organizativo de la espontaneidad política. El marco comunicacional determinó una forma específica de socialización del evento, a partir de las prioridades elaboradas por los media y su atención selectiva. Cumpliendo un papel protagónico en esa función, *El Comercio* resaltó la importancia de la acción, aunque limitó sus causas a "la aceptación del público y el premio con que la Sociedad Interamericana de Prensa galardonó ese trabajo de equipo", (*El Comercio*: 2000: 14) como afirmó orgullosamente el periódico, relevando el alcance de la publicación realizada en 1997.

Sin embargo, los arbitrios del discurso académico no siempre se logran con sobriedad. Cuando las formas de la publicidad se imponen, las pretensiones didácticas pueden verse oscurecidas por el lenguaje comercial. "Páginas de la Revuelta: El libro '¡Qué se vaya!' es muy esperado. Cómprelo el próximo miércoles", anunciaba *Hoy* pocos días después del golpe de febrero de 1997. Acto seguido, detallaba las virtudes del producto: "En 150 páginas los cronistas y columnistas de *Hoy* han elaborado un ágil informe del auge y la caída de Abdalá Bucaram Ortiz, de su gobierno y del grupo que lo acompañó en su discutible paso por el poder".

Finalmente, buscó refugio en la legitimación académica: "Sus páginas armonizan crónicas de los distintos episodios del polémico bucaramoto, con aspectos políticos, económicos, jurídicos de los hechos que condujeron al aparatoso final". (*Hoy*, 24 febrero 1997) Y, para cumplir el ofrecimiento de contextualizar los "hechos" y el "aparatoso final", recurrió al respaldo de modelos preexistentes.

El despliegue informativo actúa por acumulación, elemento central en la conformación de una audiencia cautiva. Esa fue la búsqueda de *El Comercio* cuando, tras el golpe del 97, "resolvió revivir esa memoria haciendo desfilar la cascada de hechos generados por Bucaram y las reflexiones que suscitó a nivel editorial. Con Bucaram, Ecuador vivió una tragicomedia. Ahora, si quiere aprender, debe considerar que el actor principal se marchó pero que el escenario sigue igual". (*El Comercio*: 1997: 17)

La permanencia del escenario conocido potencia la naturaleza interpretativa del modelo y, desde ella, el discurso académico desarrolla tres elementos básicos: descripción, evaluación y arbitraje. El tono descriptivo define el terreno legítimo del expositor, diferenciándose del discurso estrictamente informativo. El periodista ya no es el testigo directo, ahora mira más allá del momento, se sitúa por sobre el hecho y lo evalúa. Todo ello en medio de informaciones aparentemente contradictorias y de actores ubicados en posiciones distintas. El nivel de generalidad ubica al medio sobre los actores y sus *errores*, autorizándole a dictaminar sobre lo que debió hacerse o decirse.

El análisis informativo gestó un entorno vinculante del mundo de la política y el de la vida cotidiana, incorporando al individuo en un "nosotros" del cual la prensa forma parte. Después de cada golpe, la vigencia de ese colectivo fue asumida por la retórica periodística como "el reto de seguir vigilantes e imparciales, observando y criticando los errores, recogiendo y evaluando los anuncios de rectificación y también inquiriendo a la oposición alternativas". (El Comercio: 1997: 243) Desde una posición de superioridad, el periódico seguirá arbitrando y calificando a los protagonistas políticos y su palabra.

La comunicación de masas también toma del saber académico su pretensión excluyente y auto legitima su retórica noticiosa y analítica como discurso objetivo. La objetividad informativa se valida en el diagnóstico del especialista, del técnico, del estudioso que despliega una estrategia pedagógica propia de la retórica didáctica. La dicotomía entre quienes saben y los que ignoran, legitima acciones y conocimientos. No pueden existir dos saberes distintos sobre un hecho único —afirma el periodismo liberal— y un sólo saber legítimo admite sólo una acción susceptible de reconocimiento por los legitimadores oficiales.

Quienes actúan al margen de la concepción unificada, lo hacen por falta de conocimiento y hay que instruirlos, papel asignado a la élite cultural. Por ello, "¿cómo se pretende que los sindicalistas y los dirigentes sociales salgan de sus esquemas —algunos francamente maniqueos y anticuados— si los intelectuales y los universitarios no elaboran nuevos o no interactúan con los que están circulando en otros países?". (El Comercio, febrero 20 1997)

Lo que debe recordarse (u olvidarse) de un golpe de Estado

Aunque tras los dos golpes de Estado, todos los periódicos de difusión nacional acometieron tareas de recopilación y análisis, la continuidad lograda por las publicaciones de *El Comercio* ofrece interesantes diferencias en la manera de contextualizar ambos acontecimientos. Los titulares: *Ecuador frente al vértigo fatal* y *21*

de enero: la vorágine que acabó con Mahuad, dan cuenta de los criterios de selección y clasificación utilizados para cada suceso.

En 1997, "el vértigo fatal" a que se abocó el país fue originado por el gobierno roldosista, de allí que su memoria noticiosa se desplazara a lo largo de todo 1996 y los primeros meses del 97. Abarcó la candidatura de Abdalá Bucaram, su triunfo, presidencia, caída y sucesión. El protagonismo presidencial fue el imán que atrajo la evaluación del acontecimiento.

La segunda publicación se concentró en "la vorágine que acabó con Mahuad" y su recopilación se limitó a los meses de diciembre 1999 a marzo 2000. Quince meses de gobierno quedaron fuera del enfoque mediático, desplazado hacia el movimiento opositor organizado en las últimas semanas del 99, el derrocamiento de Jamil Mahuad y la posesión de Noboa.

Un enfoque distinto determinó agendas específicas para cada resumen. En general, los objetivos privilegiados fueron Bucaram, los indios y los militares. La difusión periodística centró el protagonismo en los elementos ajenos al orden estatuido; el gobierno de Mahuad nunca ingresó en el campo de lo disruptivo, por tanto, no necesitaba ser releído.

No obstante esas diferencias, ambas recopilaciones se inscribieron en un modelo único, cuya continuidad explicitó el propio diario: "Para aproximarse a los hechos que rodearon la asonada indígena-militar, un equipo periodístico de *El Comercio* reeditó el estilo de trabajo cuya eficacia ya fue probada respecto de otro episodio político relevante como fue la caída de Abdalá Bucaram". (El Comercio: 2000: 13)

La naturaleza del campo periodístico y su fuerza no se desarrollan tanto en el ocultamiento de lo que podría visibilizar, cuanto desde la manera en que lo muestra. Aunque parcial, la lectura inicial responde a una estructura construida por macro temas y, desde ahí, alimentó tendencias de opinión, formas de mirar compatibles con el contexto prescrito.

El campo mediático agota el espacio requerido por el suceso para su reproducción,

construyendo un universo auto referencial que otorga derechos a un medio para elaborar una relectura informativa que, en sí, constituye un nuevo suceso.

Cada recopilación reconstruyó los acontecimientos políticos, configurando un espacio informativo autosuficiente, donde la preeminencia del modelo tornó explícita la prerrogativa del vencedor de escribir la historia. A la legitimación de su triunfo responde el contexto y en él se rearticulaban los hechos, supliendo el sentido político del que fueron vaciados por la espectacularización impuesta en la transmisión del suceso.

La selección de extractos cronológicos, fotografías memorables¹⁰⁸ y posiciones editoriales construyó un nuevo enunciado totalizador. Y, en tanto cada edición abarca la totalidad, para el lector nada importante quedó fuera de lo publicado. Así, el modelo académico interpretativo antecedió al suceso, describió el acontecimiento al tiempo que insinuó causas y efectos, gestando una lógica expositiva que no necesariamente responde a la lógica de los hechos.

Ambos libros fueron antecidos por dos series particulares que *El Comercio* publicó en los días inmediatamente posteriores a cada golpe de Estado. Los reportajes se inscribieron en el periodismo de revelación y, con remembranzas del folletín, jugaron al suspenso de su propia continuidad, entremezclando elementos de reconocimiento, variación y reiteración.

Revelación y redundancia gestaron la retórica del "Especial" que circuló entre el 23 y el 28 de febrero de 2000. Seis "entregas" escalonaron la contextualización del acontecimiento: "De cómo un grupo de oficiales desató la marea..", "Mahuad vio su futuro en el pizarrón del Titanic..", "Y el Mando cortó la hierba bajo los pies del Presidente", "Y se habló de estirar la ley hasta el filo de la navaja..", "Aquel 21, Jamil Mahuad rompió el libreto militar..", "De cómo Mendoza deshizo el ovillo que él mismo creó".

¹⁰⁸ La estructuración del modelo no alcanza solo a la palabra, también involucra a la fotografía que se inscribe en unidades nacidas fuera de la imagen pero marcadas por un solo contexto. La connotación fotográfica también cumple una actividad institucional integradora y tranquilizadora del receptor.

La búsqueda de suspenso es ostensible en los titulares y a reforzarlo apuntaron los ganchos que, al final de cada entrega, capturaban la atención del lector para el siguiente capítulo: "Mañana: Jamil Mahuad sí sabía..", "La estrategia del vacío", "La boya que no funcionó..", "El paroxismo en Carondelet..", "Cómo se desarmó el triunvirato a la madrugada del 22... El telón cae". La repetitiva utilización de puntos suspensivos, tanto en los titulares como en los ganchos, es un mecanismo retórico que aludía a una narración inconclusa y, al mismo tiempo, suscitaba el interés por el conocimiento privilegiado que el diario prometía.

La oferta de revelar información inédita llegó al clímax en la última entrega, con la reproducción de "el facsímil de este Diario y el editorial que rechazaba el golpe. No llegaron a salir el 22 de enero porque los hechos cambiaron". (*El Comercio*, febrero 28 2000) El periódico supone que su publicación a posteriori es de interés para el público dado el grave *peligro* vivido por el país, según lo indica la titulación de la portada que no circuló: "Carlos Mendoza, Antonio Vargas y Carlos Solórzano asumieron; Mahuad no renunció. El golpe de Estado llegó a las 23:44". La "serie" se inscribió de lleno en el modelo interpretativo desarrollado para el golpe, de ahí su trascendencia para la memoria colectiva en construcción (o deconstrucción).

La entrega discontinua, espacial y temporalmente, no impidió que el lector se forje una comprensión coherente y global. El público se incorporó paulatinamente a una relectura de la caída de Mahuad, cuyos actores, acciones y escenarios no necesariamente ostentan el mismo privilegio que en las publicaciones editadas durante el primer momento.

A casi un mes del golpe, ni uno solo de los titulares de la serie arriba citada hizo referencia directa al movimiento indígena. El protagonismo se desplazó a los militares, a la "asonada" y las diferencias internas entre oficiales. Finalmente, la rebelión popular se diluyó en triquiñuelas de "inteligencia" y "libretos militares".

De esa manera, el modelo comunicativo restituyó a la percepción social el orden que la *irracional* espontaneidad de los actores subalternos amenazara con desorganizar. El

caos de las primeras noticias se encarriló gracias a la capacidad de la agenda mediática para definir los puntos a discutirse en la escena política —incluso por sobre la agenda gubernamental—, imponiendo los temas en que el lector había de pensar, sobre qué reflexionar y qué debía quedar fuera de todo análisis.

La publicación por entregas de 2000 también tuvo su antecedente en 1997. Entonces la serie se llamó "La caída" y abarcó cinco capítulos que circularon entre el 15 y el 20 de febrero, apenas una semana después del derrocamiento de Abdalá Bucaram. Los titulares centraron protagonismos y temáticas: "Carondelet o cómo Bucaram entró Presidente el 4 y salió cesado el 7", "Bucaram nunca supo ni cómo se cayó..", "El pueblo a la calle, los líderes a La Recoleta", "... Y los políticos se salieron con la suya", "La sociedad no cambió para seguir igual".

La experiencia enseña. En ese primer especial, el sentido del suspenso se insinúa con la misma timidez que los pocos puntos suspensivos. El tratamiento protagónico también difirió: Bucaram enfrentado al pueblo, la acción de la cúpula política y la militar. Los análisis estratégicos se concentraron exclusivamente en la dirección partidista. Pueblo y élite unidos por la salida de un presidente ajeno a todo lo que sucedía. En contraste con Mahuad, que en ningún momento se ubicó frente al pueblo y que con su conocimiento desafió las estratagemas militares.

Los ganchos para el capítulo siguiente se mostraron excesivamente explícitos, eran casi un resumen de lo que vendría. "Mañana: Ni Bucaram ni su entorno vieron lo que se les venía. Los secretos de cómo la clase política armó su salida". "Los secretos de cómo actuaron y qué calcularon los protagonistas del paro del 5 hasta la caída el 7". "Los militares propusieron un escenario: negociar. ¿Cómo y por qué Rosalía Arteaga complicó la salida?". "Las lecciones que dejó el despertar del país frente a un poder corrupto y sordo, hijo de un sistema que hizo crisis".

Su lectura ofrecía adentrarse en los laberintos de la intriga política, de la cual Abdalá Bucaram formó parte. Las razones del golpe, alusivas a la representación dominante, se difuminaron junto con los planteamientos de los sectores populares movilizados. Final

previsible si se toma en cuenta la superioridad ofrecida por la retórica académica que afloró pocos días antes: el culpable de todo fue el pueblo que equivocó su voto y "la Nación paga el costo por haber comprado sueños mentirosos". (*El Comercio*, enero 27 1997)

Sabor popular de una "caída" presidencial

Bucaram y Mahuad fueron derrocados en un ambiente de movilizaciones masivas. Pero no es esa la memoria que los vencedores procuran perennizar. Las publicaciones posteriores prefirieron protagonistas dominantes previamente constituidos, instituciones reconocidas, palabras legítimas. La presencia activa de los subordinados fue condición inevitable para el éxito de cada golpe de Estado pero, en la misma medida, su límite fue reclamado para la consolidación de los nuevos gobernantes.

Aunque la presencia popular fue orientada por las cúpulas dirigentes, cuando "la situación política había rebasado la legalidad, el pueblo estaba en las calles y eso era incómodo y peligroso para el país". (*El Comercio*, febrero 16 1997) A su desmovilización contribuyeron los mass-media, buscando recuperar los mecanismos del consenso, siempre más eficaces que los de la represión.

La distinta naturaleza de la movilización institucionalmente conservadora de 1997 y la rebelión popular de 2000, determinó caminos distintos en la legitimación de los gobiernos nacidos de los golpes del 6 de febrero y del 22 de enero. Pero, tanto en el derrocamiento de Bucaram, como en el de Mahuad, cobró vigencia el problema de la legitimidad en la representación del poder y su corolario, el derecho a la revuelta.

En ambos casos, el nodo central siguió siendo el orden y no cualquier orden, sólo aquel que reproduce al poder hegemónico. La irrupción marginal que atentó contra él fue marcada como un *sueño* de otro orden y relegada a una particularidad ajena al meta discurso racional.

A semejanza de dios padre, el poder previene y castiga a los mortales que se le

aproximan sin la necesaria consagración y, en una renovada Torre de Babel, los condena a no entenderse entre sí. Objetivo central del discurso difundido por la prensa fue mantener esa violencia simbólica, garante de un dominio incuestionado, meta solo realizable gracias a la permanente diferenciación de los dominados. Y, a lograr ese siempre inconcluso disgregamiento, se orientó la agenda mediática.

En una primera etapa, el pueblo se disoció del mandatario. Abdalá Bucaram fue electo con un gran apoyo popular, más de dos millones de votos lo ungieron presidente, por tanto, más de dos millones de movilizados debían derrocarlo.¹⁰⁹ Pero, además, debía ser una exigencia explícita.

La recopilación de 1997 de *El Comercio* reconoce que sólo en los días previos al 5 de febrero se llegó a pedir la destitución de Bucaram, "en un comienzo no era ese el espíritu del paro sino una marcha cívica en contra del paquete económico y contra actitudes arrogantes de la actual administración". (*El Comercio*: 1997: 243)

No obstante, para *Que se vaya: crónica del bucaramato*, (*Hoy*: 1997: 13) ya el 11 de enero, fecha en que el Frente Patriótico anunció el paro cívico, "sus exigencias no iban dirigidas al Gobierno, sino hacia el Congreso: destitución de Bucaram, instalación de un Gobierno interino, convocatoria a una Asamblea Constituyente que reforme la Constitución, adelanto de las elecciones y derogatoria de las medidas económicas".

Gracias a esa relectura, la inscripción de los sucesos en el modelo prescrito hizo tabla rasa del proceso vivido durante el mes de enero del 97. Y, cuando demanda gremial, destitución presidencial e interinazgo se volvieron uno, fue imposible identificar a los actores e intereses que condujeron la movilización popular y el derrocamiento de Bucaram. Se diluyó la responsabilidad de la élite política y se asignó a las organizaciones sociales, articuladas por el Frente Patriótico, la agencia del golpe de Estado.

A esta dinámica aportó la prolífica dramatización de eventos particulares: "La

¹⁰⁹ Causalidad más que casualidad, las cifras son casi exactas. El 7 de julio del 96, el conteo extraoficial arrojó 2'256.489 votos para el candidato triunfante. (*El Telégrafo*, julio 8 1996) El 5 de febrero, Cedatos contabilizó 2'200.000 movilizados (*Hoy*, febrero 6 1997)

ambulancia frenó a raya frente al Hospital Eugenio Espejo, en Quito. [...] Don Eduardo se levantó del puesto de teléfono, extendió su bastón blanco y, guiado por los gritos, llegó hasta la ambulancia. Era el quinto herido que traían esa tarde del 7 de febrero de 1997. 'Es mi hijo Lenin, ¿verdad?', preguntó don Eduardo". (Hoy: 1997: 13)

La extremadamente oportuna presencia del reportero en el *lugar del crimen*, ofreció a la recopilación un testimonio del sacrificio de los de abajo para dejar sin mando al presidente. Reforzando el antagonismo, el periodista recordó que, "mientras los médicos del 'Eugenio Espejo' luchaban por salvar la vida de Lenin Cabrera, Abdalá Bucaram huía del Palacio rumbo a Guayaquil". (Hoy: 1997: 18) No quedaba duda, el mandatario desmereció la lucha popular y así lo registró *Hoy* para las generaciones venideras.

Sin embargo, el modelo interpretativo antecedió al derrocamiento. Como el final de Bucaram era predecible, su registro antecedió a la caída. "Desde el primer día, sabíamos que sería un régimen marcado por las palabras y los gestos. Que detrás de ellos no habría nada nuevo. Nos propusimos, entonces, registrar, sábado a sábado el modo como [...] el régimen de Abdalá Bucaram se iría quedando solo y sin credibilidad alguna". (Hoy: 1997: 28)

La presunción de conocimiento proviene de la estructura relacional construida por la memoria de acontecimientos previos. El hecho se inscribe en modelos existentes y situaciones ya vividas, cuya repetición permite asimilar lo nuevo a partir del pasado. Así, lo conocido refuerza argumentos y conceptos familiares, alimenta estructuras y unidades temáticas, prima la continuidad.

Un gobierno que potenció el espectáculo carnavalesco debía caer también en medio de una fiesta. Que el golpe se diera justamente en los días de Carnaval constituyó algo más que una coincidencia simbólica. Y así lo resaltó el mandatario derrocado: "'Este es un carnavalazo', dijo Bucaram, asumiendo que la sucesión presidencial se había producido". (Hoy, febrero 9 1997)

Para garantizar la ruptura entre el presidente y sus electores, el derrocamiento de

Abdalá debía saber a triunfo popular. Demanda que rebasaba el terreno de la política y fue cubierta por experiencias diversas, abarcando inclusive al deporte: "es que, desde que Bucaram asumió la Presidencia, la selección de fútbol empezó a ceder en la tabla sudamericana. Y, apenas alejado del poder, Ecuador derrotaba arrolladoramente a su rival". (Hoy: 1997: 19) Así, la exitosa actuación de la selección ecuatoriana frente a Uruguay, se inscribió en la historia del golpe de Estado. Fue un sendero adecuado para que la retórica didáctica absorbiese a la expresión popular, subordinándola.

La misma sensación de triunfo festivo traslució en lecturas justificativas de la *venganza popular*: "Los roldosistas fueron sacados a empujones", resaltó *El Comercio*. (febrero 13 1997) "Una mezcla de revancha y jolgorio circuló ayer por la mayoría de edificios y oficinas públicas de Guayaquil. Empleados y ex empleados destituidos en el gobierno de Abdalá Bucaram celebraban el nuevo día desmontando de las paredes los cuadros del ex presidente, rompiéndolos, pisándolos y haciendo hogueras con ellos". Toda huella del intruso debía ser objeto de escarnio.

Bucaram violentó las formas de la dominación y, además, lo hizo desde un espacio de altísima representación; ante ello, la acusación de traición y cobardía era insuficiente. Para esterilizar la irrupción de un marginal en la Presidencia, fue necesario reducir la trasgresión simbólica a una ruptura individual de normas y reglamentos. Así, el statu quo lesionado repararía la norma vulnerada, revirtiendo la trascendencia de la lesión.

En una segunda etapa, bajo la bandera de la anticorrupción el régimen judicial transformó un fenómeno nacido en la ruptura del dominio simbólico, en un acto jurídico susceptible de resolución desde el veredicto de locura o corrupción. Como enemigo del pueblo y la moral, Bucaram no sería más el representante de mayoritarios intereses, sino un individuo sujeto a castigo por acciones culposas.

Aunque la excitativa penal no estuvo presente en la resolución del Congreso que destituyó al mandatario, ésta cobró peso a medida que pasaba el tiempo. Marcando el proceso, la prensa pidió explicaciones: "¿Y cómo así el ex presidente Bucaram tenía a su disposición una cantidad realmente desmesurada de fondos que los manejaba como

caja chica?" La angustiada pregunta era acicateada porque "Las informaciones coinciden en que esa situación estaba dando paso a irregularidades y abusos". (*El Comercio*, marzo 12 1997) Aunque "las informaciones" fueron novedades reveladas después del golpe, para el medio ya formaban parte de "el cuadro que tenía el público en su mente cuando salió a las calles en febrero". (*El Comercio*, marzo 21 1997)

Así, el modelo no solo reconstruyó el suceso en la memoria colectiva, sino que permitió a la reseña periodística desarrollar un discurso según el cual el hecho sólo existe si se inscribe en la norma establecida. Desde esa lógica, la agenda mediática rearticuló sus jerarquías y la imagen del presidente-delincuente se impuso. Pero, si bien ello bastaba para separar a Bucaram de los ciudadanos honrados y ordenados de los sectores medios, dejaba pendiente su representación de los sectores populares.

Entonces, se recurrió a otro estigma. Al conocerse los resultados de la primera vuelta electoral, en mayo de 1996, el ex presidente León Febres Cordero exclamó en una entrevista televisiva que "por Bucaram solo votan los ladrones y las prostitutas". Esa declaración, tendente a diferenciar pueblo de *delincuentes*, se convirtió en práctica gubernamental durante los meses que siguieron a la caída de Abdalá Bucaram.

La profusión de denuncias contra los funcionarios roldosistas, que caracterizó al interinazgo de Fabián Alarcón, dio paso en el gobierno de Mahuad a publicaciones cada vez más dramáticas de la crónica roja. Posteriormente, la exigencia de mayores recursos para la represión antidelinquencial y la adopción de estados de emergencia policial,¹¹⁰ se reflejaron en una creciente sensación de amenaza de los pobladores urbanos.

Finalmente, en respuesta al temor que ellos mismos contribuyeron a crear, los media urgieron consensos que abarcaron desde los gremios de la producción hasta el ciudadano cuya miseria hace suponer que nada tiene que defender. La defensa de la

¹¹⁰ Los últimos días de 1998 fueron testigos de una amplia difusión periodística sobre el riesgo en que la delincuencia había puesto a Guayaquil. La prensa se alineó militantemente en esta lucha, exhibiendo escenas de negocios atracados, asaltantes muertos y una anhelada presencia policial. No resulta extraño que, para los primeros días de enero de 1999, la provincia del Guayas haya sido declarada en emergencia. El temor a la delincuencia, distribuido entre la población, justificó más de un atropello a los derechos humanos, en nombre de impedir que "la impunidad campee en el Ecuador", según afirmó entonces el ya presidente Mahuad. (*El Universo*, enero 9 1999)

propiedad reivindicó el monopolio estatal del empleo legítimo de la violencia física y simbólica, incluso en sus excesos. En defensa del orden, el pueblo se reconstituyó como sujeto moral, en clara ruptura con delincuentes cargados de vicios y fuente permanente de peligro. Por último, los pobres rechazaron a los marginales.¹¹¹

De tu aliado sólo verás lo que te diferencia

Para asegurar su reproducción, el poder no sólo reprime o aísla, también induce y suscita. Por ello, al mismo tiempo que el discurso académico se revela como otro nivel de producción de realidades remozadas, la manera en que la información es, nuevamente, seleccionada, jerarquizada y sintetizada en resúmenes didácticos, llega a generar un déficit de realidad.

La "sepultura de la energía popular",¹¹² consecuencia del triunfo golpista en febrero del 1997 no duró largo tiempo, al menos en un sector de los marginados. La politización de la organización étnica, visible el 21 de enero, anunció otra incursión de los subordinados en el campo de la gran política, ajeno a su *naturaleza* prescrita, restringida a la lucha reivindicativa y gremial. Pero, por provenir de la frontera del Estado nacional,¹¹³ esa renovada agencia fue considerada un reto al orden.

Para esterilizar la nueva irrupción, los media dieron paso a una tercera etapa de disgregamiento de los dominados, en la cual el pueblo sería diferenciado de los indígenas. Un buen inicio fue la rutina matemática. La prensa aunó racismo y

¹¹¹ Sin embargo, esto no supone pureza en los sectores marginales. Al contrario, sujeto de dominación "esta plebe no proletarizada ha sido racista cuando fue colonizadora, ha sido nacionalista, chauvinista, cuando ha estado armada, ha sido fascista cuando ha sido policial". Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, p. 64

¹¹² En vísperas del paro, Abdalá Bucaram preguntaba a los movilizados: "¿Cuáles serían las consecuencias si triunfan los golpistas con supuestos gobiernos de transición nacidos de los grandes intereses de quienes han manejado 170 años el país?, 'sería una sola, la sepultura de la energía popular'". (*El Universo*, febrero 5 1997)

¹¹³ Su condición fronteriza se convierte en un peligro para la institucionalidad si, como afirma Ariruma Kowi, consideramos que "La plurinacionalidad no significa la creación de Estados paralelos pero cuestiona el carácter uninacional del Estado ecuatoriano porque éste se fundamenta en la homogeneidad, es decir, en la pretendida existencia de una sola cultura nacional". Citado por Walsh, Catherine, "La interculturalidad en el Ecuador: visión, principio y estrategia indígena para un nuevo país", *Identidades*, N° 20, IADAP, Quito, p. 138

regionalismo en búsqueda de respuestas genéticas para la reacción política y *descubrió* que "la población indígena oscila entre 1'000.000 y 1'500.000 habitantes. Frente a una población de 13'000.000 estamos hablando aproximadamente de una octava de la población ecuatoriana",¹¹⁴ señalaba el analista que, a continuación, "descartó de plano alguna responsabilidad de la Costa en torno a la histórica opresión y segregación indígena, pues —a su criterio— esta situación tiene sus orígenes en la Sierra". Minoría decreciente y exclusivamente serrana, la lucha indígena no concierne al conjunto de la nación ecuatoriana.

A continuación, la discusión giró en torno a los límites en que debe mantenerse su organización. En portada de *El Universo*, "Experto advierte peligro de una maoización: Preocupa poder indio". El temor responde a que el movimiento indígena "poco a poco va tomando más poder y sienta a negociar al propio Presidente de la República".¹¹⁵ Y no sólo eso, "El movimiento va a llegar a que la próxima vez le pidan la renuncia a Clinton y la disolución del Fondo Monetario porque ya no se puede ir mas lejos".

La cotidiana presencia de banqueros y empresarios negociando con el "propio presidente" no conlleva extrañeza para el experto. Pero el subordinado carece de derechos para actuar en esos escenarios, ha revertido su naturaleza antes de construir las legitimidades que permitirían discutir a los indígenas con los representantes nacionales del poder o —menos aún— cuestionar la representación del imperio, ni en su presidente y tampoco en su aparato financiero.

Desde la opinión publicada se trazaron rutas sutiles que buscaban causales encubiertas para la rebelión de enero. Tras *contabilizar* a 15 mil indígenas en la toma de Quito, un medio escrito recuperó la información de que "en medios militares calculaban que movilizarlos costó unos cuatro mil millones de sucres. ¿Quién pagó? Se dice que posiblemente hubo un samaritano financista político, dineros de fundaciones, de la misma Conaie y de sus comunidades".¹¹⁶ Desde el espacio en off, el rumor entró en

¹¹⁴ Análisis de Juan José Illingworth, publicado por *El Telégrafo*, febrero 27 2000

¹¹⁵ Análisis de Diego Iturralde, publicado por *El Universo*, febrero 20 2000

¹¹⁶ Neira, Mariana, "Rebeldes con causa", *Vistazo*, N° 779, Guayaquil, febrero 3 2000, p. 22

funcionamiento y se pensaron acciones, vínculos e intereses que, por ocultos, debían ser repudiables.

En febrero de 1997, los periódicos quiteños resaltaron una presencia en las calles superior a los dos millones de personas. Si movilizar 15.000 indígenas cuesta cuatro mil millones de sucres, ¿cuál sería el costo de una congregación 15 veces mayor? Pero esa pregunta no pertenece al ámbito del rumor sino al de lo impensable.

Según el saber oficial, los movimientos populares surgen del hambre o el desempleo, "nunca como una lucha por el poder, como si las masas pudiesen soñar con comer bien pero no con ejercer el poder".¹¹⁷ Por ello, si el cambio se limita al pedido de sustitución de un gobernante —como en febrero del 97— la movilización hasta puede ser estimulada. Pero, una incursión étnica politizada, que rebasaba la exigencia reivindicativa, no podía ser asimilada por el establecimiento.

El 21 de enero, la Conaie formuló un objetivo transformador de la naturaleza misma del Estado ecuatoriano. El conflicto se volvió insalvable ante el germen de un contrapoder con pretensiones de sustentar una nueva hegemonía, donde la diversidad étnico-cultural sustituyese a la ideología homogenizadora de la nación.

Para la élite política y sus voceros esa visión del Estado y el poder resultó incomprensible. "De aquí que los actores de esta cultura política no aceptan que los indios cuestionen y pretendan cambiar el sistema político creado por ellos. Esto explica la fervorosa acusación de 'indios golpistas'. ¿No es una evidencia desbordante del agotamiento del actual modelo estatal?",¹¹⁸ se preguntaba Viteri Gualinga, recuperando el derecho del movimiento indígena a construir un poder alternativo.

En esas condiciones, la "defensa de la democracia" fue otro escenario de diferenciación entre pueblo e indios. La prensa dio paso a la transformación de una aplaudida sucesión democrática en estigmatizada acción golpista. "Quieren sacralizar el golpe del 21, y el vergonzoso 'triumvirato' de tres horas echando mano a una institución

¹¹⁷ Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, p. 32

¹¹⁸ Viteri Gualinga, Carlos, "Derecho de buscar la felicidad", *Hoy*, enero 30 2000

democrática (consulta popular)", rechazaba airado *Hoy*. (febrero 1 2000) Juntando estigmas, el periódico aunó los calificativos de golpistas, populistas, "sindicalistas de izquierda".

La argumentación auspiciaba una nueva separación: los indígenas "estrangulan a los blanco-mestizos con la culpa histórica, en su condición de indios; desconocen los poderes estatales como 'partido' de izquierda radical no legalizado". Desde semejante comprensión, los sectores mestizos no deberían volver a mirarse en su raíz india.

Acto seguido, el discurso dominante recordó que la democracia es perfectible, pero sólo desde su interior. Pueden haber problemas de ilegitimidad, porque el sistema no ha respondido a los más pobres, pero eso no justifica la búsqueda de caminos ajenos a la institucionalidad. El presidente Gustavo Noboa intuyó el peligro y denunció que "Ahora no se escucha a los dirigentes indígenas hablar de reivindicaciones étnicas. Quieren intervención política y yo les he dicho que vayan a las elecciones".¹¹⁹ El mandatario exige que la salida se mantenga al interior del sistema cuestionado: los marginales deben subordinarse a un proceso electoral garante del establecimiento político.

En ese modelo se inscribieron los análisis de varios politólogos relievados por la prensa escrita: "El problema no es la lucha indígena, absolutamente legítima y necesaria; el problema es hacia qué formas políticas, hacia qué concepciones del poder, y de la misma democracia, evoluciona la dirigencia indígena".¹²⁰ Más tarde, el mismo analista amplió su posición y denunció la orientación de la rebelión indígena que "no busca profundizar el espacio representativo en el marco de una visión democrática de la política. Al contrario, apunta a su clausura, a su monopolización".¹²¹

Resuelta la diferenciación con los *demócratas*, la siguiente etapa exigió sindicarse a los golpistas, recuperando el viejo antagonismo civil-militar. A los ecuatorianos nos resulta extraño el protagonismo político de los indígenas, pero nos es familiar que los militares incursionen periódicamente en los espacios de la política nacional, incluida la

¹¹⁹ Entrevista a *El Comercio* de Lima, reproducida por *El Comercio* de Quito, junio 10 2000

¹²⁰ Burbano de Lara, Felipe, "Solórzano, los indios y la democracia", *Hoy*, febrero 1 2000

¹²¹ Burbano de Lara, Felipe, "Cuando todos deciden saltar al vacío", p. 11

Presidencia de la República. El sueño momentáneo de un poder distinto, fue leído apenas como "el desbordamiento a partir de propuestas mesiánicas desde una dirigencia indígena [...] sumadas a un voluntarismo de unos oficiales que entendieron que tenían que inclinar el fiel de la balanza y erigirse en árbitros políticos". (*El Comercio*: 2000: 10)

La inculpación solo podía cobrar peso frente a un "salvador" no consagrado, caso de una Junta de Salvación Nacional —la primera, integrada por oficiales de baja graduación— que pretendió salvar al país *a su manera*, y esa manera no había sido aprobada por los legitimadores oficiales.

Por ese resquicio, también ingresó la ruptura entre indígenas y militares. Los media propagaron una limitada aceptación de la participación indígena en la vida política "frente a un sistema en el que impera la corrupción y la marginación"; campo del que se excluye tajantemente a las Fuerzas Armadas. "Los militares, que tienen el monopolio de las armas, en cambio, no tienen la posibilidad de incursionar en ese debate en ningún país democrático", reclamaría *Hoy*. (febrero 2 2000) La dominación siempre prefirió un soldado carente de reflexión y ausente de su origen popular.

Sin embargo, primó la visión triunfalista: "no corrió sangre de los ecuatorianos. Las FFAA no se desmembraron. El territorio no se dividió. El mundo no aisló al Ecuador. La democracia no se perdió". (*El Comercio*, enero 30 2000) Lo trascendente era garantizar la permanencia del sistema estatuido y a ello coadyuvó el discurso periodístico. "En principio es saludable que en la escena pública aparezcan nuevos actores. Pero poco ayudará si el libreto dicta como condición el desplome del escenario". (*Hoy*, febrero 1 2000)

Es el temor que esporádicamente revive la presencia del subalterno y que permitió a *El Comercio* (febrero 13 2000) recordar que "el 21 de enero, esas dirigencias nacionales no solo supieron que el país profundo les había señalado su fracaso, sino también su posible destino: ser reemplazados por franjas de la población hundidas en la miseria y sin mayores miramientos por la Constitución".

Por ese peligro, cuya latencia reconocen los mass-media, el protagonista-representante de los subalternos, tiende a ser acallado o estigmatizado, acusado de ocultar su verdadera naturaleza. Vargas es "capaz de controlar sus emociones", además, "con su facha de obrero ha entrado a la Presidencia de la República a las reuniones con ministros, empresarios y banqueros". (*El Universo*, enero 21 2000) Pero, ni siquiera ha cursado una formación como dirigente, como sí lo han hecho "otros líderes de la sierra", afirmó el periódico iniciando un nuevo momento que apunta a diferenciar a los líderes indígenas entre sí y respecto a sus bases.

Algo semejante se dirá de los militares rebeldes; revelaciones y argumentos se unieron en el proceso. El día anterior al golpe, "por poco se convierte en el campanazo de los capitanes, pues Sandino Torres y César Díaz, apremiados por Antonio Vargas, le dijeron a Gutiérrez: 'O va usted mi coronel o vamos nosotros'". (*El Comercio*, marzo 19 2000)

Después se buscó reducir el movimiento a "una rebelión de la 'intelectualidad' de las FFAA, cuyos exponentes, hasta antes de los sucesos del 21 de enero habían demostrado un acentuado respeto por el orden democrático". La ruptura se complementó con dispositivos de rechazo: "En el Batallón de Apoyo Logístico los insurrectos amenazaron a sus compañeros, e incluso, al parecer, sabían que sanciones imponer a quienes no estuvieran de acuerdo con ellos". (*Hoy*, febrero 5 2000) Finalmente, los avatares de la amnistía profundizarían esas rupturas.

Cada diferenciación fue vitoreada por la misma prensa que la propició: pueblo contra presidente, honrados contra delincuentes, mestizos contra indígenas, civiles contra militares, indígenas de base contra líderes *dorados*¹²² y generales democráticos contra coroneles golpistas. El súbdito moderno sólo realiza su identidad en el aislamiento.

Toda unidad o alianza entre distintos es vetada por el Estado panóptico. Los medios de comunicación de masas se adhieren a esa lógica y la impulsan hasta el cenit, no es

¹²² A pocos meses del golpe del 2000, proliferaron las denuncias de supuestos actos de corrupción contra dirigentes indígenas y ONG's vinculadas al sector. La difusión que la prensa dio a estas acusaciones se sintetizó en el nuevo estigma de *los ponchos dorados*.

suficiente separar al sujeto de todo reconocimiento en el colectivo, hay que fraccionar su propia individualidad.

Arribamos al reino de la esquizofrenia.¹²³ En el caso de Bucaram, la locura se evidenciaba en "un rasgo contradictorio de la personalidad de Abdalá: se encaja en el populismo y vive como un hombre adinerado". (*El Comercio*, abril 30 1996) El antecedente justifica la conclusión: "Abdalá no controló a Bucaram y, desde antes de su posesión, el uno se convirtió en el mejor enemigo del otro". (*El Comercio*: 1997: 13)

También fue razón para el segundo golpe de Estado: "era Jamil... Y se volvió Mahuad". El politólogo suplió al periodista: "Jamil era uno de Nosotros. El doctor Mahuad es uno de Ellos".¹²⁴ La nostalgia por Jamil parecería responder a que un sector de la intelectualidad solo se despidió del "doctor Mahuad".

Defensores de la Constitución ¿o guardianes de la institución?

Cuando un Estado se siente amenazado por enemigos externos que discuten sus facultades, declara la guerra y exige la defensa de sus súbditos; como heredero del derecho soberano de vida y muerte, considera lícito exponer sus vidas. Pero cuando la amenaza surge desde dentro, ese mismo Estado castiga al sublevado ejerciendo su potencial represivo. En ambos casos, se preserva el orden.

Una acción política colectiva, desviada de la norma establecida, puede llegar a cuestionar el sistema institucional. No así, la infracción individualmente imputable; la moral y el derecho encauzan el conflicto, protegiendo la integración social del mundo de la vida. Ubicar culpables individuales de transgresiones colectivas restituye la normalidad del sistema, sancionando al inculpado.

Un argumento circular semejante, transformó al derrocamiento de Bucaram y

¹²³ En la narración de *El extraño caso del Dr. Kekyll y Mr. Hyde*, la creatividad literaria de Robert Louis Stevenson hace responsable a una pócima mágica de la transformación del científico honrado en peligroso criminal. Con mayor imaginación, la prensa ecuatoriana asigna este poder maléfico a la banda que reza "Mi poder en la Constitución".

¹²⁴ Saad Herrería, Pedro, *La Caída de Mahuad*, El Conejo, Quito, 2000, p. 26

Mahuad en un castigo a quienes, por no renunciar, *obligaron* a la ruptura constitucional. En 1997, *El Comercio* señaló la responsabilidad culposa de Bucaram y los suyos por exceder "la capacidad de sorpresa y de aguante del país. Y solo ellos son responsables de haber suscitado, el 5 de febrero, un hecho político de tal magnitud que desbordó los marcos jurídicos constitucionales". (*El Comercio*, febrero 20 1997)

En el 2000, "La ruptura tantas veces temida, se dio ayer en el Ecuador. Ruptura de la institucionalidad y del sistema democrático". (*El Comercio*, enero 22 2000) También en esta ocasión, por el empecinamiento del presidente "La salida se reveló inviable. La decisión de Mahuad de no renunciar forzó algunos hechos".

Mahuad era culpable, la prensa así lo sentenció. Pero no por haber expropiado los ahorros de los ecuatorianos o por haber suprimido la soberanía monetaria, ni siquiera por entregar el territorio a fuerzas militares extranjeras. Fue culpable por no responder a la exigencia que un año antes le hiciera el mismo medio: "firmar un nuevo contrato con la nación que debe quedar refrendado por ese acuerdo nacional que le pidieron los participantes a Cusín y que este Diario, como otras instituciones, preconiza desde hace años". (*El Comercio*, febrero 3 1999)

Mahuad, como en su momento Bucaram, fueron reos de sordera ante la palabra de los media. Es que la gran prensa es una institución y se vanagloria de serlo, allí reside su derecho a conducir una lectura particular de los hechos y a incidir en ellos. En 1997, *El Comercio* recalcaba: "Este Diario, con el respaldo de sus 91 años de vida y de su independencia y con su anhelo de seguir contribuyendo al progreso nacional y a la superación de los problemas, ha procurado dar su aporte". (*El Comercio*: 1997: 249)

Ese razonamiento también volvió inadmisibles la distancia adoptada por el gobierno roldosista frente a los media. "Allí se escondía una tesis que, más tarde, se evidenció en todas las esferas del Estado; el desconocimiento total por los mediadores sociales. El pueblo no necesitaba a otros representantes por fuera de Bucaram y sus amigos", (*El Comercio*: 1997: 14) denunciaba el periódico, consolidando ante el lector su posición de mediador reconocido entre Estado y ciudadanos. Pueblo y presidente no deben

relacionarse directamente, esa es una prerrogativa de los mass-media que aporta a la interfaz periodística una condición de agencia política.

El argumento también sustentó el reclamo diferenciador que la prensa dirigió a la pantalla chica, acusándola de haberse dejado utilizar por Abdalá Bucaram "para cortocircuitar a los intermediarios entre él y la nación. Se puso en escena a diario y la mayoría de noticieros se lo agradecieron. En ese sentido, la TV. le rindió un homenaje al rating y un magro servicio a la comunidad". (El Comercio: 1997: 16) Queda claro que la "comunidad" perjudicada por la liviandad televisiva eran los "intermediarios cortocircuitados", la prensa escrita autora de la exigencia.

El sobrentendido libera al enunciador de responsabilidad sobre cualquier lectura *equivocada* de lo dicho. Sin embargo, la *libertad de prensa* se alimenta en la utopía de la responsabilidad, comprendida como equilibrio entre intereses políticos y empresariales. Desde allí, el campo periodístico reclama autonomía respecto del de la política. En esa pretensión se inscribió el ilustrativo ejemplo de "la parodia [que] fue canción: El noticiero La Clave puso música a las noticias. 18 temas populares se ajustaron a la realidad política del país". No obstante, su conductor aseguró que "nuestra intención no fue que las canciones derroquen a un gobierno, sencillamente porque con el arte y las palabras no se hace absolutamente nada". (El Comercio, febrero 14 1997)

Al productor radial le tomó por sorpresa constatar la incidencia de los media en la movilización y en el golpe de Estado, asombro comprensible si consideramos que ser una "institución independiente" se asume como categorización natural para un medio de comunicación.

Elevar la autonomía periodística supondría diferenciarse de los campos político y económico. Pero, la institucionalización de los media y su subordinación a la normatividad establecida impone características específicas al discurso publicado. Al mismo tiempo que la temporalidad de la elaboración informativa responde a la del consumo comercial, aunando el interés económico al efecto simbólico.

En circunstancias consideradas *normales*, esa profunda interrelación del discurso periodístico con las demandas políticas y económicas de la élite dominante suele pasar desapercibida. Para reforzar la aquiescencia del subordinado al statu-quo basta la retórica académica que remarca en una población pauperizada, que debería ser el fin último del Estado, como sujeto de necesidades y aspiraciones alcanzables desde la intervención gubernamental. Así, se asegura que los dominados podrán ser conscientes de lo que esperan de las élites, mas no de los mecanismos que limitan esa esperanza.

Pero cuando esa *normalidad* hace crisis, la "independencia" de la prensa se torna insostenible. Y como defensora del orden actuó tanto en 1997 como en 2000. En el primer golpe, el origen del conflicto se ubicó en la marginalidad de Bucaram. Desde Carondelet se atentaba contra la institucionalidad del Estado ecuatoriano y en su defensa la prensa llegó —en forma estrictamente temporal— a desembozar su condición de actor político, posicionado en una trinchera revestida de interés general.

Fue tan importante esa acción de los media como actores políticos directos que el ex presidente Bucaram llegó a afirmar: "El golpe de Estado no pudo darse sin ese concurso, a tal punto que podríamos definirlo como la irrupción de los grupos poderosos de los medios de comunicación colectiva en defensa de sus intereses, en el campo político, económico, social y comunicacional".¹²⁵

Los objetivos en 2000 fueron similares, pero las circunstancias eran otras; el atentado contra la institucionalidad surgió desde abajo. Sin necesidad de llamados al orden, la autocensura vigente en la prensa escrita cohesionó a los hacedores de opinión en torno al restablecimiento de la norma. Y el sistema jurídico aportó a la construcción de nuevos consensos, como fuente legítima de poder que cristaliza la dominación política desde el derecho, activó procedimientos de sometimiento en la persecución a los "golpistas".

En la memoria reconstruida queda la condena que hace leña del árbol caído, sea éste un mandatario o una carta constitucional. El régimen ecuatoriano es un sistema político

¹²⁵ Bucaram, Abdalá, *Golpe de Estado*, p. 351

"devorador de presidentes", afirmó *El Universo*, (enero 30 2000) inscribiéndose en la noción de que "a la luz de lo que se ha venido viviendo, lo único seguro es que se debe cambiar la Constitución". (*El Comercio*, enero 30 2000) Institución por sobre Constitución es la táctica de las élites y a ella obedecieron los mayores periódicos nacionales.

Cerrando filas ante una institucionalidad suplantadora de la constitucionalidad resquebrajada por las sucesiones presidenciales, tras el "viernes negro" de 2000, se exigió a los militares circunscribirse a su papel obediente y no deliberante, respetar las instituciones y el régimen democrático, subordinándose a la autoridad civil. Igual lógica funcionó en 1997. Entonces, enfrentando al presidente Bucaram y a su ministro de Defensa, *El Comercio* (enero 24 1997) dictaminó que "no conviene utilizar a las FFAA por fuera del papel que les otorgan las instituciones".

Pero, pese al esfuerzo por dar un aire democrático al golpe, la forma en que se concretó el derrocamiento obligó al medio a reconocer que "la salida de la crisis no se dio en un marco constitucional sino político". No obstante, el nodo del problema se mantuvo en la gobernabilidad: "¡Qué país! En 7 días botó un Presidente, civiles y militares forcejearon alrededor de la Constitución y los políticos confiscaron la esperanza". (*El Comercio*, febrero 19 1997)

En enero de 2000, la agenda mediática contribuyó a la defensa del orden institucional reforzando la exigencia de "agarrar al ladrón", al tiempo que garantizaba la inocencia de los perseguidores. A ello aludió Miguel Llucó, al insistir en que "son muchos los golpistas, pero los medios prefieren no mostrarlos". Lo cual tiene una razón de ser, "el nuevo gobierno entró por la puerta de atrás. Lo lógico hubiera sido que el Congreso ratifique a Mahuad si no quería ratificar el golpe de Estado de la cúpula militar y sumarse al golpe".¹²⁶

Pero restituir a Mahuad nunca estuvo en la mira de la cúpula dirigente. Como lo revela *El Comercio*, (febrero 27 2000) "En el Ministerio de Defensa, los análisis de los

¹²⁶ Citado por Lucas, Kinto, *La rebelión de los indios*, Abya-yala, Quito, 2000, p. 181

generales los llevaron a una conclusión: asumir el control de la situación 'hasta alcanzar las condiciones ideales' para la sucesión. [...] se analizó qué sucedería en ese momento si se anunciaba que asumiría el poder el Vicepresidente. Conclusión: su nombre no sería aceptado y se cerraría la salida legal".

La estratagema habría obedecido también al imperativo nacido en la Alcaldía de Guayaquil,¹²⁷ lo que volvió imposible restringir la culpa a los militares. Entonces, el periódico amplió el círculo de responsables y reclamó porque "Las élites del país siguen sin saber a qué santo encomendarse. Con una perplejidad que las paraliza se dan cuenta de que el campanazo del 21 de enero —similar al sufrido cuando ganó Abdalá Bucaram— no ha producido lecciones". (*El Comercio*, enero 28 2000)

Tras el derrocamiento de Abdalá Bucaram, el medio aceptó que "El Congreso ha hecho lo que debía hacer, rescatar su respetabilidad y convertirse en un auténtico poder del Estado". (*El Telégrafo*, febrero 7 1997) La resolución era legítima, en tanto el Parlamento "tuvo que cumplir con el resultado del 'plebiscito' que se expresó en las calles". (*El Comercio*, febrero 16 1997)

La lógica que revistió de constitucionalista el golpe de febrero de 1997, denunció como golpe a la rebelión del 21 de enero de 2000. El estigma fue el mecanismo elegido: "Un golpe de tres horas faltaba en el catálogo de pequeñas miserias y grandes males por los que el país es conocido en el exterior". (*El Comercio*, enero 23 2000) De esa manera, se ofreció constitucionalidad a la sucesión lograda en la madrugada del 22, al tiempo que se liberó al sucesor de todo compromiso con los intereses populares que se mezclaron en la noche del 21.

Mantener la institucionalidad exige de una memoria común, pero también de una amnesia colectiva, y en ambos escenarios se legitiman los mass-media. El discurso

¹²⁷ "Antes de la medianoche, Febres Cordero llamó al vicealmirante Fernando Donoso, jefe de la Primera Zona Naval, y al general Oswaldo Jarrín, Jefe de Zona Militar para decirles que 'defiendan a Guayaquil, porque no voy a permitir el rompimiento de la democracia'. Les pidió que dijeran a sus mandos que iba a haber un 'derramamiento de sangre si se rompía la democracia'. Y que Guayaquil se declarará independiente. Por eso hubo alivio cuando se supo que Gustavo Noboa estaba listo a posesionarse". (*El Comercio*, febrero 28 2000)

periodístico parece absorber toda la información posible en el horizonte de la comunicación y, sin embargo, como la acción popular demuestra, los subalternos no limitan su conocimiento a la fuente del lenguaje oficial.

La irrupción política del subordinado sigue siendo la del malo y "hay aspectos en el mal que tienen tal poder de contagio, tal fuerza de escándalo, que cualquier tipo de publicidad los multiplicaría al infinito. Sólo el olvido puede suprimirlos",¹²⁸ dice Foucault, precisando por qué la memoria colectiva, igual que la individual, impone una amnesia para sucesos cuyo sólo recuerdo atenta contra el dominio establecido.

En esa forma, el establecimiento se recrea a sí mismo. El suceso mediático socializado como información primaria, con el paso del tiempo, se convierte en fuente historiográfica, cuya utilización debería advertir la huella del poder en su producción. El discurso que no forma parte de esa realidad ingresa en el olvido; lo que hoy no es dicho inevitablemente será sepultado, salvo en aquellos nodos de resistencia que escapan a la forma discursiva de los medios de comunicación de masas.

Lo que hoy se socializa como el único discurso posible, mañana será la única memoria disponible. Son senderos que reproducen la palabra del poder y, en ese proceso, el prestigio del lenguaje técnico, administrativo y académico hace de la distinción otro camino de sumisión.

Finalmente, al legitimar el orden institucional la prensa se institucionaliza a sí misma y devela al actor final de lo publicado: quién enfoca es el poder, del cual la gran prensa forma parte. Una vez más, se devela que el poder de los medios surge de su condición de medios del poder.¹²⁹

¹²⁸ Foucault, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*, Fondo de Cultura Económica, México, p. 227

¹²⁹ Ver Briguet, Daniel, "El poder de los medios: Los medios del poder", p. 3

Conclusiones

DE MEDIADORES A PARTIDO DEL ORDEN

Tras victoriosas certezas...

En 1997, "todos votamos a Bucaram", no hubo golpe de Estado. En 2000, la democrática Fuente Ovejuna se tornó policíaca. "Los golpistas" votaron a Mahuad, pero "los demócratas" preservaron la institucionalidad. Tampoco hubo golpe de Estado.

Son dos victorias de la democracia que se inscriben en el largo camino de éxitos del pueblo ecuatoriano. Venció a Bucaram, triunfó sobre indios y militares golpistas, cotidianamente derrota a la corrupción, a la delincuencia, a la subversión; la crisis económica está casi ganada, la paz internacional conquistada. Ecuador vive su destino de victoria en victoria.

¿Errores? ¿engaños? ¿mentiras? No, simplemente realidades comunicacionalmente producidas. Realidades que nacieron imbricadas en los hechos y se construyeron partir de la socialización de cada acontecimiento. Aunque los mass-media no determinaron el derrocamiento de Jamil Mahuad ni el de Abdalá Bucaram, sí incidieron en ellos y, sobre todo, definieron las formas de su percepción social, a las que hoy recurre la memoria colectiva transformándolas en verdades históricas.

En esas condiciones, el objetivo de investigación ya no puede ser —quizás jamás lo fue— redescubrir al hecho denotado y liberarlo de sus connotadores. Pero sí reconocer el palimpsesto en que la comunicación reconstruyó los derrocamientos de Mahuad y Bucaram. Ninguna escritura más real que otra, en su conjunto son el suceso mismo y en él desembocaron los productos mediáticos.

Describir hechos, suscitar emociones, analizar sucesos y demarcar su sentido son funciones que la prensa realizó en cada noticia publicada, titular resaltado, fotografía editada y editorial institucionalizado durante ambas caídas presidenciales. En esa dinámica, la retórica periodística plasmó su capacidad persuasiva en productos que excedieron la particularidad informativa y se incorporaron como factores del proceso político. Lo simbólico se integró a la realidad.

Es por ello que las cartas abiertas enviadas por *El Comercio* a los presidentes Bucaram y Mahuad fueran aceptadas por sus destinatarios como actos políticos de pleno derecho. Que opiniones editoriales de *El Universo* fueran reproducidas por Abdalá Bucaram, en su libro, como expresiones de un sector social a ser considerado. Que Jamil Mahuad recurriera a la memoria de sus exitosas reuniones con los directores de varios periódicos para justificar medidas económicas que impidiesen "el hundimiento del Titanic". Que las organizaciones indígenas tomaran las antenas repetidoras ubicadas en el monte Pilishurco para exigir que la televisión difunda sus demandas. Que Gustavo Noboa afirme que la economía ecuatoriana se reactiva, porque así lo publicitan diariamente los principales periódicos del país.

Tanto en 1997 como en 2000, la producción periodística se orientó a preservar las formas en que movilizaciones populares y golpes de Estado debían ser re-conocidos, aquellas que demandaba la continuidad del establecimiento. Continuidad en la cual se recreó la percepción de un triunfo que consagró al vencedor, garantizando la reproducción de la élite dominante.

La victoria aportó legitimación a las sucesiones presidenciales, al tiempo que el estigma a los vencidos aseguraba el olvido de su irrupción. En ambos casos, la marginalidad de los agentes —del presidente derrocado o de la rebelión sofocada— definió su culpabilidad y la derrota santificó a los sucesores.

En medio de esa lucha entre buenos y malos, la elaboración mediática mantuvo —como si de una gran película se tratara— el suspenso y la expectativa por un final feliz. La derrota de los subordinados fue celebrada como victoria por un espectador

atrapado en la euforia de la **transmisión periodística**. La visión optimista precauteló la apromaticidad del statu-quo y "el de abajo" —constreñido a la condición de público— aceptó la continuidad de la dominación como si de su propia batalla ganada se tratase.

Al reconocerse como miembro de la comunidad vencedora, volvió a someterse a la violencia simbólica que, por un instante, fuera resquebrajada por la incursión de elementos marginales en los escenarios privilegiados de la política ecuatoriana. Embebido en la sensación del triunfo, el subordinado va dejando la memoria de sus pérdidas, la huella de dolores pasados, el recuerdo de una libertad pretérita e incluso el de la esclavitud presente.

A través de mecanismos como éstos la palabra publicada se encarga de que no quede fantasma que escape a la racionalización del discurso del orden, pérdida que no sea transformable en éxito, conocimiento que no pueda ser recolonizado.

El poder de los media

El discurso encarnado por los mass-media es una cosa más que se agrega el mundo. Como tal, no sólo forma parte de la realidad sino que posee capacidad para transformarla. Probablemente desde décadas anteriores, pero ostensiblemente a partir de 1995, los medios de comunicación de masas ecuatorianos han exhibido esa facultad. La persecución al entonces vicepresidente Alberto Dahik, acusado de malversación de gastos reservados, fue el primer escenario de una mutación que llegó a su cenit en los golpes de Estado de 2000 y 1997.

En el último quinquenio, y cada vez con mayor frecuencia, informar ha sido coartada para orientar, dictaminar y exigir. Actores de pleno derecho, actualmente los periodistas son reconocidos como excepcionales testigos de cargo. Una noticia publicada, una entrevista concedida e, inclusive, un editorial reproducido, son aceptados como pruebas plenas por la justicia ecuatoriana.

Los juicios contra Abdalá Bucaram abundan en ejemplos de esa remozada funcionalidad del periodismo. Acusaciones que tienen por todo fundamento opiniones de columnistas de la prensa escrita, videos con entrevistas televisivas a presuntos testigos, noticias que supuestamente informan de actos delictivos.

Los media han asumido funciones de acusadores, testigos, jurados y jueces. Todo ello en procesos más cercanos a la reproducción del prejuicio —que ellos mismos contribuyen a desatar— que a la normatividad jurídica de la República. Esa forma asumida por la vindicta pública es la que vuelto lugar común la aseveración de que en Ecuador "todos son culpables mientras no demuestren su inocencia".

Una vez dictada la sentencia —basta para ello un amplio titular en un periódico de circulación nacional—, los media se encargan también de su ejecución. Entonces, vemos a expeditivos reporteros alertando a la Policía que el derrocado presidente Abdalá Bucaram viaja a Panamá; persiguiendo al roldosista Villón en la frontera con Perú, porque llevaba "encima" tres millones de dólares; desenmascarando pretensiones electorales del dirigente indígena Antonio Vargas; estableciendo nexos ocultos entre el coronel Lucio Gutiérrez y el presidente Hugo Chávez...

Pero no concluyen aquí las novedosas funciones de los comunicadores. Se ha impuesto, además, una modificación en los escenarios políticos. El plató televisivo o el consejo editorial de un periódico hoy son reconocidos como espacios naturales para exigir o negar renuncias presidenciales, llegar a acuerdos partidarios, firmar convenios e, inclusive, realizar conteos electorales.

Desde 1996 —año que se dirimió la Presidencia de la República entre Abdalá Bucaram y el socialcristiano Jaime Nebot— hasta la elección de Jamil Mahuad en 1998, más de un ganador fue proclamado en un estudio de televisión. Y, una vez gestado el clima de opinión correspondiente, los resultados oficiales debieron adaptarse a los exit-poll precedentes. Así, los media se potenciaron como supremos electores.

Algo más. Entrevistas en vivo y transmisiones en directo evidencian que la tecnología ha resuelto el problema de la ubicuidad del protagonista, pero también la de

las armas. El 21 de enero de 2000, tropas, tanques y cañones acantonados a centenares de kilómetros de Quito fueron transportados a la capital en el tiempo de un discado telefónico. Transformada en soldado colectivo, la televisión proporcionó armas virtuales a los generales golpistas, contribuyendo a aislar a la rebelión popular.

Desde su origen los media han sido educadores, homogenizadores y cohesionadores del movimiento social. Ahora, también son jueces, pesquisas, gran electores, soldados virtuales. ¿Hay alguna manifestación de violencia simbólica que escape a la acción mediática contemporánea?

La política ecuatoriana de fines de siglo ha proporcionado ocasiones favorables para que los mass-media aporten nuevos servicios al establecimiento. Y, además, durante los dos últimos golpes de Estado se exhibió un renovado momento en la naturaleza de la mediación.

Una sociedad no puede polarizar sus diferencias sin correr el riesgo de mostrarlas irreconciliables. De allí la importancia de los mediadores y, en los sucesos en estudio, los mass-media lo fueron por partida doble.

Entre 1996 y 2000, ante la amenaza creciente de subordinados irrumpiendo en espacios representativos del poder, la función de la comunicación de masas no se limitó a confiar en la eficacia de la notoriedad del representante constituido. Ni siquiera en la aclamación que estimula en una población que, usualmente, es políticamente indiferente.

En esos momentos cumbres de la política, la gran prensa se mostró como actor político directo y asumió el papel de interlocutor privilegiado entre Estado y ciudadanía. El periodismo de élite se convocó a sí mismo para actuar como el fiel de la balanza que equilibra las exigencias de "los de arriba y los de abajo", evitando que la confrontación rebase los límites que el orden puede asimilar.

Informar es mediar entre la realidad y su textualización. Pero, a esa primera naturaleza, los medios de comunicación colectiva suman una función política de mediación entre ciudadanía y Estado. Plano en el que llegan a presentarse como un

tercero ubicado al margen de los actores en conflicto.

Esa pretensión no es nueva. La idea de mediar entre "los de arriba y los de abajo" ha sido sofisticadamente desarrollada por la función judicial. La justicia se considera por sobre los bandos en pugna y, al ser superior a quienes se enfrentan, está autorizada para dirimir.

Desde una lógica semejante, frente a cada movimiento disruptivo el discurso periodístico estimuló la noción de que gobernantes y subalternos deben ceder en sus posiciones y alcanzar puntos de consenso. Retórica que presupone protagonistas en condiciones de igualdad, opacando el contexto de dominación en que se inscriben ellos y sus acciones.

Al canalizar las formas de visibilización con que debe mirarse al subordinado, un sector del periodismo está dispuesto incluso a recordar que los pobres, los indígenas, los desamparados deben ser considerados, que los oprimidos también tienen palabra y la prensa debe propender a que ésta sea escuchada.

Sin embargo, cuando los intereses de esos actores marginales logran expresarse, el viejo temor resurge y el orden alerta que "no se puede volver el mundo al revés sin que se rompan cosas".¹³⁰ Entonces, también en esos medios, la palabra y la visibilidad de los subordinados se reduce a un mínimo propio de sucesos aislados, de tragedias individuales que no llegan a cualificar la vida de la población ecuatoriana.

Sólo en las ocasiones excepcionales en que el dominio no puede ocultar sus fisuras, el interés marginal llega a cobrar voz y su acción rebasa los canales establecidos. Son momentos en los cuales los media dejan de lado su papel de mediadores y advierten del peligro que nace cuando los subordinados dejan de preocuparse por el peso de cada platillo de la balanza, para —como afirma Foucault— simplemente reconocer que, "Sobre todo, hay que romper la balanza..".¹³¹

No obstante, el hábitus se encarga de que ese planteamiento no ingrese al discurso

¹³⁰ Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, p. 71

¹³¹ *Ibíd.*

socializado. Si el poder de los medios proviene de su naturaleza de medios del poder —nuevamente, recurrimos a Briguet¹³²—, no cabe imaginarlos como un escenario en el cual actores dominantes y dominados luchan por posicionarse para difundir sus intereses y su interpretación de los acontecimientos y la dinámica social.

La Asociación Ecuatoriana de Periódicos exige permanentemente que el gobierno de turno garantice la libertad de prensa. Sin embargo, nada es más libre que el poder, éste es quizás es único libre en una sociedad escindida por la dominación. Y los media responden a él.

Un claro ejemplo de cómo se utiliza esa amplia libertad de prensa, lo tuvimos el 21 de enero: Repudio a indígenas y militares rebeldes. Llamados al orden y la institucionalidad. Exigencia de castigo a los insubordinados. Legitimación a los vencedores. Aclamación de los sucesores.

Exigidos por el anhelo de recuperar la normalidad resquebrajada, los media reprodujeron, reinterpretaron y relativizaron la palabra de los dirigentes políticos y sus organizaciones. Y, al hacerlo, se consolidaron como mediadores de las formas de comprensión social. Buscando la anuencia del débil, la retórica periodística desmovilizó y estigmatizó la acción del subordinado. Es decir, cumplieron un papel gestor de ideologías, donde la mediación institucionalizada se revela como un nuevo acto de violencia simbólica.

Ello explica también por qué se han olvidado ciertos sucesos y discursos. Como ejemplo basta anotar el silencio construido alrededor de las palabras que el líder indígena Antonio Vargas pronunciara desde el balcón de Carondelet, la madrugada del 21 al 22 de enero.

Un discurso proclamado en idioma quichua, desde el mayor escenario del poder en Ecuador, por un subalterno que en ese momento se proclamaba miembro de una

¹³² Como afirma Briguet, "Los medios masivos pueden ser más o menos poderosos pero sólo y en tanto reproducen el poder de quienes los controlan. Son, en el mejor de los casos, poderosos instrumentos del Poder".
Ver Briguet, Daniel, "El poder de los medios: Los medios del poder", p. 3

triunfante Junta de Gobierno, era en sí un acto subversivo. No podía ser recogido por la prensa, jamás sería traducido ni siquiera debería recordarse que existió. Es que el mediador institucionalizado solo puede ver y oír aquello que el tablero del orden permite.

¿Qué necesidad tiene el poder de coartar una palabra incapaz de mirar más allá de la puesta en escena? Una vez más, el control no reside en el ocultamiento ni en lo no-dicho, basta la obsecuente reproducción del mundo de la vida que el periodismo realiza cotidianamente.

Los media del poder

No concluyen allí las novedosas funciones de estos remozados comunicadores. Es práctica, cada vez más frecuente, de diarios como *El Comercio* convocar a discusiones públicas para resolver el destino de país, exigir medidas políticas y económicas al gobierno, hacer llamados de atención al Congreso o reconvenir a los magistrados judiciales, tanto por sus decisiones como por su desidia.

También rebasan el ámbito del periodismo tradicional publicaciones como las de *Hoy*, impulsoras de movilizaciones sociales que van desde derrocar a un presidente hasta exigir la privatización de un recurso estatal. Pero ésa es una retórica de efectos claramente delimitados, cada estado de ánimo movilizador debe encontrar un freno que desmovilice a las masas convocadas.

Sin embargo, el control coyuntural no basta. Los sectores movilizados deben institucionalizarse, así se asegura tanto su movilización futura como que ésta se realice sólo por aquellas causas que el establecimiento demande. Entonces, periódicos como *El Universo* claman por el robustecimiento de las instituciones y su permanencia más allá de sus representantes temporales.

Esos son algunos ejemplos del potencial que los periódicos ecuatorianos han perfeccionando para producir climas de opinión, simplificar la diversidad de intereses

sociales normalizando la visión de la sociedad, estimular la participación política de sectores subordinados, al tiempo que tienden a su institucionalización propiciando estados de ánimos desmovilizadores.

En esos efectos se sintetizan los productos últimos gestados, entre 1996-97, por publicaciones de prensa que desconocían el derecho de Abdalá Bucaram a ejercer la Presidencia de la República, pese a haber sido constitucionalmente electo. De opiniones y editoriales que acicateaban la movilización social para derrocar a un presidente previamente marcado como ilegítimo. De noticias y comentarios que resaltaban la necesidad de que esos sectores movilizados adscribiesen a la sucesión resuelta por las élites dominantes y su Congreso, aunque ésta fuese de cuestionable legalidad.

El proceso se reprodujo en 1999-2000. Luego de ungir a Jamil Mahuad como exitoso candidato a la representación del poder, la prensa debió incorporarse al cuestionamiento a su mandato y, finalmente, a la deconstrucción de su imagen. Construido el clima de opinión que pedía la renuncia del presidente, abrió un limitado espacio para la movilización social que catalizó el derrocamiento. Por último, amedrentada por las dimensiones que adquirió la rebelión popular, clamó por la acción institucional que mantuviese el orden. Una vez más, restó importancia a la dudosa constitucionalidad de las formas que revistió la sucesión resuelta por la élite.

Deconstrucción de la representación, estímulo a la movilización, invocación a su institucionalidad, legitimación de la sucesión. Cuatro funciones básicas satisfechas por los mass-media durante los golpes de Estado de febrero de 1997 y enero de 2000, que dieron paso a nuevas construcciones de protagonismos reconocidos bajo los mandatos de Fabián Alarcón y Gustavo Noboa.

En esa múltiple funcionalidad se concretó el paso de los media, de "independientes transmisores" de la realidad social, a actores directos capaces de cumplir con algunas actividades consideradas específicas de un partido político del orden.¹³³

¹³³ Polítólogos clásicos consideran que reducir la complejidad de intereses sociales, estimular la participación e institucionalizar a los sectores movilizados, son funciones que caracterizan a un sistema de partidos. Esa noción parte del supuesto de que "La estabilidad de cualquier sistema de

En su condición de aspirantes a la representación del poder, los partidos políticos se reconocieron en esa dinámica institucionalizadora y terminaron aceptando a los comunicadores como moderadores de la participación de masas, a la vez que canalizadores de la socialización de los intereses de la cúpula dominante.

La prensa institucionalizada confirmó la autoridad exigida por el orden público. El campo convirtió al periodista, que volitivamente puede responder al interés del marginal, en árbitro que se supedita a la victoria del de arriba. La legitimación del discurso del orden se consolidó desde esa mutua aceptación entre protagonistas oficiales y periodistas de élite, que consagraron su condición de actores políticos. Y allí encontró su límite la noción de un periodismo mediador entre ciudadanía y Estado.

El establecimiento reclama de los media su contribución al mantenimiento de la estabilidad social y, al hacerlo, eleva el papel de los comunicadores como pilares del statu-quo. Las instituciones aceptan la institucionalidad de la gran prensa, representantes estatales y partidarios los aplauden como "mediadores sociales" y a ellos se subordinan, en tanto aportan a la reproducción del establecimiento que las cúpulas dirigen.

No obstante, la imagen de medios "independientes" aún se mantiene y los periodistas todavía se vanaglorian de ella. Su institucionalidad ha adquirido ribetes de tal naturalidad que se asume como un hecho aproblemático. Preservar el aureola de neutralidad con que el liberalismo ha revestido a sus instituciones, garantiza la reproducción de la violencia simbólica.

En ese sentido, la situación de la prensa ecuatoriana no difiere mucho de la que cumple la Función Judicial o las Fuerzas Armadas. Como colectivo, ni periodistas ni jueces ni militares pueden representar un interés distinto al dominante, a menos que

gobierno depende de la relación que existe entre el nivel de participación y el de institucionalización políticas".

Ver Huntington, Samuel, *El orden político en las sociedades en cambio*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1968, p. 80

antes se haya configurado una posición con fuerza suficiente para cuestionar la hegemonía imperante.

Allí se advierte un límite proveniente de la propia naturaleza de los mass-media. Anhelan la institucionalización de las masas a quienes ellos han ayudado a movilizar, pero no pueden rebasar el escenario de la retórica. Por sí solos, no son espacio de incorporación organizada de sectores sociales y, al suplantar a los partidos políticos en sus funciones, contribuyen a debilitar al sistema partidario en su conjunto. Y, al hacerlo, terminan obstaculizando el proceso de institucionalización que ambas instancias promueven.

Es que nadie comparte una naturaleza cualificante sin perder su identidad específica. El espacio abierto por el debilitamiento partidario es asumido parcialmente por los grandes medios de comunicación de masas, de allí que el establecimiento acepte su rol de jueces, de voceros de intereses y demandas de sectores económicos y sociales. Pero, esa misma aceptación se revierte en un incremento de la fragilidad del sistema de partidos y, con ello, de su capacidad institucionalizadora.

Convertido en círculo vicioso, el proceso explica el creciente temor que, desde el análisis de la comunicación, se observa por el destino de las estructuras oficiales de la política ecuatoriana. Un buen ejemplo es la preocupación manifiesta por Sánchez-Parga cuando afirma que "a la progresiva despolitización mediática de la política ha correspondido la creciente politización de los mass-media, los cuales han abandonado su condición y modo de funcionamiento de 'contra-poder' para convertirse en un poder, que usurpa competencias políticas pero sin asumir las responsabilidades del poder político".¹³⁴

Ese discurso nos remite a otro fetiche acuñado por el periodismo, su condición de "contra-poder". Mediar entre Estado y ciudadanía-espectador da pie a la creencia de que los comunicadores constituyen una avanzadilla de los sectores dominados, capaces de

¹³⁴ Sánchez-Parga, José, "Los mass-media contra la opinión pública", *Ecuador Debate*, N° 46, CAAP, Quito, abril 1999, p. 73

"desenmascarar" al poder, revelar sus ocultos secretos y, por tanto, sus perversiones.

La idea se alimenta en el criterio nunca probado de que un poder alternativo puede construirse a partir de la misma lógica del poder constituido. Pero, además, exhibe otra interesante semejanza entre la gran prensa y los partidos del orden. Parece ser que jugar a ser, simultáneamente, gobierno y oposición no es prerrogativa exclusiva de estos últimos.

El discurso periodístico navega entre dos aguas: mediar entre "los de arriba y los de abajo" y, por otra parte, tomar partido por "los más pobres". Los comunicadores se consideran a sí mismos capaces de superar la determinación dominante, aunque valoran a su condición de elemento subordinado en el campo del poder.

En la comunicación de masas no existen lugares neutros ni espacios para otra presencia política que no sea la tendente a posibilitar compromisos entre las élites dominantes, es decir, a garantizar la gobernabilidad de un país. En esas condiciones, ¿de qué autonomía del campo periodístico se puede hablar?

Los media no son, en sí mismos, armas en la lucha contra el poder, menos aún un poder paralelo o un "cuarto poder" —como gustan llamarse—. No son herramientas ni instrumentos. Son una institución y toda institución mantiene correspondencia con un tipo de orden. Son espacios de reproducción del poder desde la subordinación y el dominio.

Mas allá de la mediación institucionalizada

Momentos excepcionales para la comunicación de masas en Ecuador, tanto en febrero de 1997 como en enero de 2000, los comunicadores de oficio se encargaron de que la verdad estatuida no fuera cuestionada. Acto de fe, dudar es el origen del error pero, sobre todo, del pecado. Toda sospecha que cuestione al establecimiento debía ser vencida. Y así se lo hizo. Quienes se atrevieron a dudar perecieron entre las filas de los derrotados y la certeza triunfante legitimó, una vez más, a los vencedores. Anulado el

espacio de la duda, la verdad victoriosa se mantuvo única e inmutable.

Sin embargo, la verdad mediatizada no llega a suprimir la presencia de lo real. El carácter connotado, fragmentario y espectacularizado de la comunicación de masas no agota lo denotado y el hecho puede ser rastreado en la información socializada del suceso.

Por ello, volver a mirar la producción periodística, esta vez desde sus efectos, aporta un ángulo particular de acercamiento al sujeto de la enunciación. Es indiscutible que quien enfoca a personajes y acontecimientos es el periodista y el medio. Sin embargo, en su conjunto, ello nos revierte al poder y a su palabra, fuente última de todo enunciado institucionalizado.

Un protagonista o una comprensión acceden al enfoque de los media porque son poder y nada es más material que su ejercicio. De manera inevitable, en toda noticia está presente la huella del dominio, no como un hecho dado sino como un proceso productor y reproductor en permanente circulación. Sin embargo, todo sendero posee un doble sentido, como se construye también puede deconstruirse. Por tanto, si la información es un espacio de producción del poder, también debe serlo de deconstrucción.

Eso puede explicar hechos que demuestran que la dinámica social es más fuerte que la mediación industrializada y que la fuerza de los mass-media es insuficiente para homogenizar las formas de recepción de la información y su creciente diferenciación.

Es que en el público aún se encuentra el pueblo y, por eso, en el acontecimiento mediático, junto a la huella del poder puede presentirse aquello que se niega a reproducir la opinión dominante. En la diversidad resurgen zonas de resistencia donde la marginalidad reconquista un espacio para una nueva (i)legitimidad en construcción. Escenarios con agencia creciente, las formas de comunicación que se reproducen al margen de los medios de comunicación de masas podrían dar cuenta de procesos políticos que rebasan la mediación institucionalizada.¹³⁵

¹³⁵ Estos procesos parecen confirmar la hipótesis más "vertiginosa" de Baudrillard: "Las masas

Como lo demostró la rebelión del 21 de enero, y también la presidencia de Abdalá Bucaram, la utopía en que se anticipa la irrupción del marginal no tiene capacidad de realización. No obstante, aunque el interés carente de condiciones para disputar la hegemonía del poder no logró visibilidad, fue capaz de infiltrarse en lo dicho, abriendo intersticios, fisurándolo, exhibiendo sus contradicciones. Preludió lo impensable desde lo imaginable: el caos, la violencia, el des-orden. La incursión de los subordinados prefiguró la liberación de los cuerpos dominados, inclusive a costa de la destrucción de las almas que los aprisionan.

Un marginal en la Presidencia de la República o indígenas exigiendo la conducción del Estado, son actos disruptivos en los que el asalto del borde a los espacios centrales tornó corpórea la puesta en escena del discurso oficial. Por breves instantes, lo impensable marcó el límite de lo visible. Todavía surge como imagen ausente, no es lo que falta a lo dicho, tampoco lo complementa, perfecciona o da nueva vida. Por el contrario, descubre su finitud, su naturaleza mortal.

El Otro supera deconstruyendo. No precisa de mediadores ni de consensos, sino de la formación de un nuevo orden. No inclina el platillo en el otro sentido, suprime la balanza. Su discurso anticipa la muerte del mundo de la vida y, por ello, pertenece al mundo de lo impensable. Sin embargo, convertido en contrapoder, podría modificar la naturaleza de la comunicación mediática, volviendo visibles sus constitutivos y problematizándolos.

Asegura Foucault que una condición necesaria para proteger al pensamiento de los efectos unificadores de la palabra dominante es restituir al discurso su carácter de acontecimiento, poniendo en duda la voluntad de verdad.¹³⁶ El intelectual debe navegar contra corriente para arribar a lo que el pueblo realiza desde otra lógica cognitiva. Pero,

despolitizadas no estarían más acá sino más allá de lo político. Lo privado, lo innombrable, lo cotidiano, lo insignificante, las pequeñas trampas, las pequeñas perversiones, etc., no estarían más acá sino más allá de la representación".

Ver Baudrillard, Jean, *Cultura y simulacro*, Editorial Kairos, Barcelona, 1993, p. 145

¹³⁶ Foucault, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets Editores, Barcelona, 1980, pp. 42-43

aunque el sistema de poder ha distanciado, negándolo, ese discurso y ese saber, máscaras y simulaciones siguen preservando la reconstitución de identidades subalternas.

Por ello, pese a la inmensa capacidad desplegada por los media para unificar la comprensión social en los modelos que el orden requiere, la sospecha defiende su derecho a ser y la resistencia despliega formas particulares de comunicación. Es esa fragilidad en la capacidad de resolución institucional, la que nos obliga a evidenciar los límites de las certezas que el pensamiento académico provee y recupera las dudas que la verdad mediáticamente construida no logra vencer:

¿Por qué ganó Abdalá Bucaram, pese a la abierta oposición de los mass-media ecuatorianos? ¿Por qué Jamil Mahuad, candidato ungido por los media, tuvo que imponer su Presidencia desde una mayoría en los Tribunales Electorales distinta al voto mayoritario? ¿Por qué los sectores marginales cuestionaron la legitimidad de un Mahuad mediáticamente aclamado? ¿Por qué aún se impugna la continuidad de la política económica e internacional del gobierno Mahuad-Noboa?

O, desde la generalidad de la teoría de la comunicación: ¿Qué lógicas de recepción inmunizan a los de abajo frente a la información distribuida industrialmente por los media? ¿De qué manera la diversidad se reproduce a pesar del dominio homogenizador? ¿Cómo sobreviven entre los subordinados formas de comunicación que responden a una lógica de resistencia? ¿Por qué los mass-media no logran garantizar a la hegemonía en el poder la absorción de los bordes sociales?

Desde esta investigación quedan sin respuesta esas y muchas otras interrogantes. Es posible que la teoría deba esperar a que nuevas incursiones de los marginales en los grandes escenarios de la política convoquen a la ruptura del orden y su dominio. Para entonces, lo indecible habrá cobrado voz y, al hacerlo, no sólo habrá desnudado la naturaleza del poder que hoy conduce a las instituciones mediáticas, sino también la del estatuto de verdad desde el cual se socializa la realidad.

Bibliografía

- Abril, Gonzalo. *Teoría general de la información: datos, relatos y ritos*. Cátedra. Madrid. 1997
- Alsina, Miguel Rodrigo. *La construcción de la noticia*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1989
- Bajtín, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*. Alianza Editorial. México. 1993
- Barthes, Roland. *La aventura semiológica*. Paidós Comunicación. Barcelona. 1993
- Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Editorial Kairos. Barcelona. 1993
- Baudrillard, Jean. *El crimen perfecto*. Editorial Anagrama. Barcelona. 1996
- Bourdieu, Pierre. *El sentido práctico*. Taurus Humanidades. Madrid. 1991
- Bourdieu, Pierre. *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Taurus Humanidades. Madrid. 1991
- Bourdieu, Pierre. *Las Reglas del Arte. Génesis y Estructura del campo literario*. Editorial Anagrama. Madrid. 1995
- Bourdieu, Pierre. *Sobre la televisión*. Editorial Anagrama. Barcelona. 1996
- Briguet, Daniel. "El poder de los medios: Los medios del poder". *Anuario*. Dpto. de Ciencias de la Comunicación Social. UNR. Rosario. 1998
- Bucaram, Abdalá. *Golpe de Estado*. Predicciones. Ecuador. 1998
- Cervantes, Cecilia. "Construcción primaria del acontecer y planeación de la cobertura informativa". *Comunicación y sociedad*. Nº 28. DECS. Guadalajara. 1996
- Echeverría, Julio. *La democracia bloqueada*. Letras. Quito. 1997
- El Comercio. *Ecuador frente al vértigo fatal*. El Comercio. Quito. 1997

- El Comercio. *21 de enero: la vorágine que acabó con Mahuad*. El Comercio. Quito. 2000
- Fabbri, Paolo. *Tácticas de los signos*. Gedisa. Barcelona. 1995
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Tusques Editores. Barcelona. 1980
- Foucault, Michel. *Microfísica del poder*. La Piqueta. Madrid. 1979
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. Madrid. Siglo XXI. 1994
- Gubern, Román. *La mirada opulenta*. GG MassMedia. Barcelona. 1987
- Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública*. REI. México. 1989
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la Acción Comunicativa*. REI. México. 1993
- Hoy. *Que se vaya: crónica del bucamamoto*. Edimpres. Quito. 1997
- Jensen, KB y Jankowski, NW. *Metodologías cualitativas de investigación en comunicación de masas*. Bosch Comunicación. Barcelona. 1991
- Lozano, Jorge. Cristina Peña-Marín y Gonzalo Abril. *Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual*. Cátedra. Madrid. 1989
- Lucas, Kinto. *La rebelión de los indios*. Abya-Yala. Quito. 2000
- Martín-Barbero. Jesús. *Comunicación y ciudad: entre medios y miedos*. Centro de Educación y Comunicación. Boletín ILLA N° 11. Bogotá. Febrero 1992.
- Martín-Barbero. Jesús. *De los medios a las mediaciones*. GG Mass Media. México. 1991
- Martín-Barbero. Jesús. *Televisión y melodrama*. Tercer Mundo Editores. Bogotá. 1992
- Moreno Sardá, Amparo. *La mirada informativa*. Bosch Comunicación. Barcelona. 1998
- Noëlle-Neumann, Elisabeth. *La espiral del silencio: opinión pública nuestra piel social*. Ediciones Paidós. Buenos Aires. 1995
- Ramonet, Ignacio. *La tiranía de la comunicación*. Edición Debate. Madrid. 1998
- Saad Herrería, Pedro. *La caída de Abdalá*. Editorial El Conejo. Quito. 1997
- Saad Herrería, Pedro. *La caída de Mahuad*. Editorial El Conejo. Quito. 2000

- Sánchez-Parga, José. "Los mass-media contra la opinión pública". *Ecuador Debate* 46.
Opinión Pública. CAAP. Quito. 1999
- Sartori, Giovanni. *Homo videns: La sociedad teledirigida*. Taurus. Madrid. 1998
- Tuchman, G.. *La producción de la noticia*. GG Mass Media. Barcelona. 1983
- Van Dijk, Teun A.. *La noticia como discurso: comprensión, estructura y producción de la información*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1990
- Verón, Eliseo. *Construir el acontecimiento*. Gedisa. Barcelona. 1995
- Verón, Eliseo. *Efectos de agenda*. Gedisa. Barcelona. 1999
- Verón, Eliseo. *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*. Gedisa. Barcelona. 1993
- Verón, Eliseo. *Lenguaje y comunicación social*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. 1971
- Verón, Eliseo. *Semiosis de lo ideológico y del poder*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires. 1995
- Veyrat-Masson, Isabel y Daniel Dayan (comp.). *Espacios públicos en imágenes*. Gedisa. Barcelona. 1997
- Vilches, Lorenzo. *Teoría de la imagen periodística*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1993
- Wolf, Mauro. *La investigación de la comunicación de masas: crítica y perspectivas*. Ediciones Paidós. Buenos Aires. 1991
- Wolf, Mauro. *Los efectos sociales de los media*. Ediciones Paidós. Barcelona. 1994
- Wolton, Dominique y otros. *El nuevo espacio público*. Gedisa. Barcelona. 1995